
HARRY LORAYNE
Como adquirir una
SUPERMEMORIA
INSTRUMENTO INFALIBLE PARA
ALCANZAR EL EXITO PROFESIONAL
BRUGUERA LIBRO AMIGO * TEMAS * TEMAS GENERALES
eb

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA

HARRY LORAINE

Título original:
How to develop a Super Power Memory
Traducción:
Baldomero Porta

A Renée,

Cuyo amor, asistencia, devoción, estímulo,
confianza y fidelidad son tales
que no necesito una memoria cultivada
para recordarlos.

PRÓLOGO

A Mark Twain se le atribuye la frase de que «todo el mundo habla del tiempo, pero nadie hace nada por mejorarlo». De parecido modo, todo el mundo se lamenta o se vanagloria de su mala memoria, pero pocas personas hacen nunca nada por mejorarla. Miremos los hechos cara a cara: uno no puede hacer mucho por mejorar el tiempo, pero sí puede hacer mucho por mejorar su mala memoria.

Muchas personas me han dicho que «darían un millón de dólares» por adquirir una memoria como la mía. No, no me interprete mal; si usted me ofreciese un millón de dólares no los desdeñaría; pero, en realidad, todo lo que usted tiene que desembolsar es el precio del presente libro.

Bueno, lo que acabo de decir no es completamente exacto; usted tiene que invertir también en ello un poquitín de su tiempo, y un pequeño esfuerzo para poner su cerebro en actividad. Y en cuanto se haya iniciado en mi sistema se maravillará, probablemente, al observar cuan sencillo y efectivo resulta.

Pero si usted compró la presente obra prometiéndose una arenga teórica recamada de términos técnicos, está condenado a sufrir una desilusión. He procurado exponer mi sistema como si me encontrara sentado con usted en el saloncito de su casa y se lo explicase personalmente.

Si bien para llegar a la composición de mi método fueron necesarios ciertos trabajos de investigación, he desechado la mayoría de conceptos y expresiones técnicas porque a mí mismo me resultaron difíciles de comprender y de aplicar. Yo me dedico a entretener al público con un espectáculo consistente en exhibiciones de memoria; no soy siquiera médico, y no he creído necesario ponerme a explicar cómo funciona el cerebro humano, ni referirme al trabajo íntimo de la memoria en términos de células, curvas, impresiones, etcétera.

Así, pues, usted verá que todos los métodos que contiene este libro son los mismos que yo empleo, por lo cual los creo adecuados para enseñárselos a usted.

Psicólogos y educadores han dicho y repetido que sólo utilizamos un pequeño porcentaje de la potencia de nuestro cerebro; yo creo que el sistema aquí prescrito le pondrá a usted en condiciones de aprovecharla un poco más que el común de las gentes. De modo que si al igual que de otras cosas, usted se ha jactado alguna vez de su mala memoria, creo que después de haber leído la presente obra seguirá jactándose de su memoria, pero en un sentido totalmente opuesto. ¡Ahora podrá mostrarse orgulloso de poseer una memoria con una capacidad de retención y una fidelidad maravillosas!

1
¿CUAN FINA ES SU FACULTAD DE OBSERVACIÓN?

> ¿Qué luz es la que está encima de todas en los semáforos de la circulación? ¿Es la roja o la verde? En el primer momento quizá le parezca a usted que es fácil contestar esta pregunta. Pero imagínese la siguiente situación: usted está tomando parte en una de esas competiciones de «lo toma o lo deja», en la cual unas respuestas acertadas pueden proporcionarle un montón de dinero. Usted debe contestar sin error esta pregunta para ganar el premio mayor. Diga, pues, ahora, ¿qué luz es la que está arriba, la roja o la verde?

Si usted ha sabido representarse en la mencionada situación, es muy probable que ahora esté vacilando, porque en realidad no está seguro de cuál es la luz que se encuentra arriba de todo, ¿verdad que no? Si está seguro, entonces usted pertenece a una minoría de personas que ha observado lo - que la mayoría solamente ve. Entre ver y observar existe un universo de diferencia, y como prueba de ello está el hecho de que la mayoría de las personas a las cuales hice yo la pregunta anterior, o me dieron una respuesta equivocada o no estaban seguras. ¡Esto a pesar de que ven las luces reguladoras de la circulación innumerables veces al día!

Digamos de paso que la luz que está más arriba es siempre la roja, y la que está más abajo, es siempre la verde. Si existe un tercer color es el amarillo, pidiendo precaución, y éste se encuentra invariablemente en medio. En el caso de que usted estuviera perfectamente seguro de que la contestación acertada era «la roja», déjeme que pruebe a modificar un poco su orgullo con otra prueba relativa a su capacidad de observación.

¡No dirija una mirada a su reloj de pulsera! No dirija una mirada a su reloj de pulsera y conteste a esta pregunta: en la esfera de su reloj, ¿qué hay? ¿La cifra arábiga 6 o las cifras romanas VI? Piénselo un momento antes de fijar la mirada en su reloj. Decida la respuesta como si tuviera una importancia grande el acertarla. Usted se encuentra otra vez en un concurso de «lo toma o lo deja», y la respuesta puede valerle una buena cantidad de dinero.

De acuerdo, pues, ¿ha decidido ya qué respuesta debe dar? Ahora sí, mire el reloj y vea si ha acertado. ¿Acertó? ¿O acaso se ha equivocado lo mismo si dio una respuesta que la contraria, porque en la esfera de su reloj no hay ningún seis? En la mayoría de los relojes modernos, el sitio del seis suele estar ocupado por la esferita que señala los segundos.

¿Ha contestado la pregunta correctamente? Bien, tanto si es que sí como si es que no, ha tenido que mirar el reloj para comprobarlo. ¿Puede decirme ahora la hora exacta que señalaba? ¡Probablemente no, y el caso es que no hace sino un segundo que lo ha visto! Una vez más usted ha visto, pero no ha observado.

Haga la misma prueba con sus amigos. Aunque la gente fija la vista en su

reloj varias veces al día, pocos podrán contestarle correctamente acerca del número seis.

He ahí otra prueba a que puede someter a sus amigos; pero mejor será que vea primero si usted sabe contestar. Si usted suele fumar cigarrillos, habrá visto un timbre azul en el paquete cada vez que lo saca del bolsillo para encender uno. En ese timbre de impuestos hay un retrato, y debajo del retrato el nombre del personaje.

¡Se trata de conquistar la más alta recompensa en nuestra competición imaginaria de «lo toma o lo deja»; diga el nombre de ese personaje! Me figuro que tendrá que marcharse con un premio de consolación, nada más. Lo digo tan convencido porque únicamente dos o tres de las muchísimas personas que he sometido a esta prueba han contestado correctamente. ¡El hombre del retrato en el timbre es De Witt Clinton! Compruébelo. No quiero que me tomen por machacón, pero si usted acaba de mirar el timbre y el retrato de De Witt Clinton, habrá visto lo que hace con la mano izquierda. También habrá visto, probablemente, cuatro letras, dos en la parte superior izquierda y dos en la parte superior derecha del timbre. Digo que habrá visto estas cosas; no creo que las haya observado. De ser así, debería poder explicar ahora, inmediatamente, qué hace De Witt Clinton con la mano izquierda, y nombrar además las cuatro letras.

Ha tenido que mirar otra vez, ¿verdad? Ahora ha observado que tiene la mano izquierda en la sien, como si estuviese pensando, y que las cuatro letras son: U. S. I. R., iniciales de United States Internal Revenue[*].

No se sienta demasiado deprimido si no ha sabido contestar a ninguna de las anteriores preguntas; como le dije antes, la mayoría de personas se encuentran en el mismo caso. Quizá recuerde usted una película rodada hace unos años en la que interpretaban los primeros papeles Ronald Colman, Celeste Holm y Art Linkletter. Se titulaba *Champaña para César,* y representaba a un individuo que no dejaba una sola pregunta por contestar. El film terminaba con la última pregunta de la serie, acertando la cual ganaba varios millones de dólares. Para ganar aquellos millones le pidieron a Ronald Colman que diese su número de afiliado a la Seguridad Social. Por supuesto, ¡no lo sabía! El detalle me interesó y me divirtió, porque en verdad daba en el blanco. ¿Verdad que demuestra que la gente ve pero no observa? Y de paso, ¿usted conoce su propio número de afiliado a la Seguridad Social? ¿O, simplemente, el de su carnet de identidad?

Si bien los sistemas y métodos contenidos en este libro hacen que usted se vuelva observador automáticamente, en otro capítulo encontrará interesantes ejercicios de observación. Además, mi sistema hará que usted se sirva de su imaginación con mucha mayor soltura que antes.

He dedicado tiempo y espacio a hablar de la observación porque es uno de los factores importantes para el cultivo de la memoria. El otro y más importante factor es la asociación. Nos es imposible recordar nada que no

[*] Dejamos este ejemplo tal como está en el original, porque creemos que el lector apreciará su valor de ejemplo y comprenderá que es cierto, aun en el caso de que no tenga ocasión de comprobarlo. Y de paso, si el lector fuma Bisonte, ¿nos diría qué dicen las letras impresas en la parte inferior derecha de la figura del bisonte? ¿Sabía, al menos, que hay unas letras? Si las lee, se enterará de adonde fueron a buscar el modelo para dicha figura. (*N. del T.*)

hayamos observado. Pero luego que hemos observado algo, para poderlo recordar hemos de asociarlo mentalmente con algo que ya conocemos o recordamos.

Y puesto que cuando emplee mi sistema usted observará de un modo automático, ahora nos ocuparemos principalmente de la asociación.

En lo que afecta a la memoria, asociar significa, sencillamente, conectar o atar una con otra dos o más cosas. Siempre que usted ha tratado de recordar algo, o ha conseguido recordarlo, lo ha asociado subconscientemente con alguna otra cosa.

«Mi sol siempre reluce fastuoso.» Si usted no sabe nada de música y quiere aprender, quizá le conviniera recordar bien esta corta frase. No encontraría en ello ninguna dificultad. Es una frase con un sentido claro, y con cierto énfasis. Y recordando esta frase no se produciría jamás ninguna confusión con las notas correspondientes —en clave de sol— a las rayas del pentagrama. Las primeras letras de cada palabra se las darían: mi, sol, si, re, fa. Pero estas cinco sílabas por sí solas no tienen significado alguno; es difícil recordarlas, y en este orden precisamente. En cambio, la frase «mi sol siempre reluce fastuoso» es algo que usted conoce y entiende. Y de este modo confía a la memoria un elemento nuevo, asociándolo con algo que ya sabía. Se trata de un proceso que había realizado usted otras veces sin darse cuenta; el de confiar algo a la memoria valiéndose de asociaciones conscientes.

El mismo sistema podría seguir para recordar las notas correspondientes a los espacios. La frase «fabricando la dorada miel» le daría de una vez y para siempre las notas en cuestión, ordenadas de una manera perfecta. «Mi sol siempre reluce fastuoso, fabricando la dorada miel.»

Ya tiene usted rayas y espacios en la memoria. Más adelante verá el sistema de grabarlos en ella tan profundamente que no se borren jamás. Por supuesto, si las iniciales de las notas formasen una o varias palabras con un sentido perfecto —y ello tomándolas precisamente en el orden adecuado—, podríamos abreviar el procedimiento confiando a la memoria las palabras en cuestión. El fundamento sería el mismo: pasar de lo desconocido a lo conocido.

Hace muchos años, probablemente, que aprendió usted el estribillo: «Treinta días tiene noviembre, con abril, junio y septiembre; veintiocho tiene uno, y los demás treinta y uno.» ¡Y cuántas veces habrá recurrido a él cuando le ha convenido recordar el número de días de un determinado mes!

Si le hubieran hecho aprender a usted la palabra sin sentido «raavaiv» o el nombre —que podría imaginarse como perteneciente a una divinidad antigua— «Ra Ava Iv», recordaría bien los colores del espectro: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo, violeta. También esto sería utilizar el sistema de las asociaciones y de las iniciales de las palabras. -

Estoy seguro de que usted ha visto u oído muchas veces alguna cosa que le ha hecho chascar los dedos y exclamar: «¡Ah!, esto me recuerda...» Lo que ha visto u oído le ha hecho recordar otra cosa, sin que, por lo común, se aprecie la menor relación entre lo visto u oído y lo recordado. Y, sin embargo, en su mente las dos cosas están unidas por algún lazo.

Esto es una asociación subconsciente. En estos momentos yo le hacía notar a usted cómo actúan algunas asociaciones conscientes; unas asociaciones de efectos perfectamente visibles. Las personas que en sus primeros años de

estudio aprendieron las rayas y los espacios del pentagrama, habrán olvidado muchísimas cosas que aprendieron, pero las rayas y los espacios del pentagrama todavía los recuerda. Y si usted ha leído hasta aquí fijándose bien en lo que íbamos diciendo, debería recordarlos ahora perfectamente, aun en el caso de que jamás haya estudiado música.

Otro ejemplo de la utilidad de estos procedimientos lo proporciona la retención de las reglas de ortografía. Algunas veces, una persona se habitúa de tal modo a pronunciar o escribir de determinada manera una o varias palabras que le resulta muy difícil corregir ese vicio. Algunos han descubierto por propia iniciativa que el mejor recurso consistía en formar una frase, que pronto se les grabó en la memoria, que les sirviera para corregir en todo momento su tendencia al error. Así, un estudiante conocido mío no lograba acostumbrarse a escribir «humo» y «hortelano» con «h». Hasta que un profesor le «fabricó» la siguiente frase: «Al hortelano le molesta el humo porque trae H.» El efecto fue radical, el estudiante no volvió a descuidar la letrita en cuestión en aquellas dos palabras.

¿Sabría usted dibujar de memoria algo que se parezca al mapa de Inglaterra? ¿Y los de China, Japón y Checoslovaquia? Es muy probable que no se atreviese usted a dibujar ninguno de ellos. Pero si hubiese nombrado Italia, existe un noventa por ciento de probabilidades de que usted vea mentalmente la figura de una bota. ¿No es cierto? Si la vio y si ha dibujado una bota, tiene usted la silueta aproximada del mapa de Italia.

¿Por qué ha aparecido esa imagen en su mente? Sólo porque en alguna ocasión, quizá muchos años atrás, le dijeron, o notó usted mismo, que el mapa de Italia se parecía a una bota.

Naturalmente, la forma de Italia era la cosa nueva que había de recordar; la bota era aquello que ya conocíamos y recordábamos.

Ya ve usted que unas asociaciones conscientes, sencillas, le han ayudado a memorizar con toda facilidad informaciones abstractas, como los ejemplos dados más arriba.

El sistema de las iniciales, mencionado antes, puede servir para ayudarnos a recordar muchas cosas. Por ejemplo, si usted quisiera recordar bien los nombres de las cuatro naciones de Europa que no tocan en absoluto el mar, podría probar a recordar la -palabra «huchas». Esto le ayudaría a recordar que los nombres de dichas naciones son: Hungría, Checoslovaquia, Austria y Suiza.

La cosa no tiene sino un inconveniente por el momento, y es que nada le hace recordar a usted que la palabra «huchas» esté relacionada con las naciones de la Europa Central que no tocan el mar, o viceversa.

Si usted recordase la palabra, bien; entonces conocería probablemente los nombres de los mencionados países; pero ¿cómo recordar la palabra? En capítulos venideros le enseñaremos la manera de conseguirlo.

Los sistemas y métodos contenidos en este libro le demostrarán cómo los principios y los procedimientos de las asociaciones conscientes sencillas pueden aplicarse a recordarlo todo. Sí, efectivamente, a recordarlo todo: nombres y caras, asuntos, objetos, hechos, números, discursos, etc. En otras palabras, los sistemas y métodos que aprenderá en este libro pueden aplicarse a todas y cada una de las contingencias de la vida cotidiana de relación o de los negocios.

2
EL HÁBITO ES MEMORIA

> Estoy seguro de que el olvido absoluto no existe; las huellas impresas en la memoria son indestructibles.
>
> Thomas de Quincey

Una memoria fiel y retentiva es la base de todos los éxitos profesionales. En último análisis, todos nuestros conocimientos descansan en la memoria. Platón lo expresó de este modo: «Todo conocimiento no es otra cosa que recuerdo»; y, por su parte, Cicerón dijo de la memoria que «es el tesoro y el guardián de todas las cosas». Un ejemplo contundente debería bastar por el momento: ¡usted no podría leer este libro en estos momentos si no recordase los sonidos de las treinta letras del alfabeto[*]!

Acaso el ejemplo le parezca un poco forzado; pero ello no impide que sea muy cierto y elocuente. En realidad, si en un momento dado perdiese usted la memoria por completo, tendría que volver a empezar a aprenderlo todo desde los comienzos, exactamente igual que un recién nacido. No sabría usted vestirse, ni afeitarse, ni —si es una señora— aplicarse el maquillaje, ni guiar el coche, ni servirse del cuchillo y el tenedor, etc. Vea usted, todo lo que atribuimos al hábito deberíamos atribuirlo a la memoria. El hábito es memoria.

La nemónica, que juega un papel principalísimo en una memoria cultivada, no es una cosa nueva ni rara. Lo cierto es que la palabra «nemónica» deriva del nombre de una diosa griega, Nemosina; y los sistemas de cultivo de la memoria fueron utilizados ya en tiempos de los griegos antiguos. Lo raro es que los sistemas para entrenar la memoria no sean conocidos y puestos en práctica por muchas más personas. La mayoría de los que han aprendido el secreto de la nemónica han quedado pasmados no solamente por la enorme facultad de recordar que han adquirido, sino por los tributos que recibían de sus familiares y amigos.

Algunos decidieron que esa facultad era una cosa demasiado buena para hacer participar de ella a nadie más. ¿Por qué no ser el único empleado de la oficina capaz de recordar el número de catálogo de una pieza y su precio? ¿Por qué no ser el único que pudiera ponerse en pie, en una fiesta, y dar una demostración que dejase maravillado a todo el mundo?

Yo, en cambio, opino que conviene que haya muchas memorias entrenadas; y a este fin dedico el presente libro. Aunque quizá muchos de ustedes me conozcan como un profesional dedicado a divertir al público, no me

---

[*] Usted habrá leído, quizá, que tenemos 28 letras. Lo dicen porque la W no es propiamente una letra española y porque no hay ninguna palabra que empiece por RR. Lo cierto es que no se consideraría que uno supiese leer si no conociera el signo W y el signo RR, tanto si se considera que una es extranjera como que la otra no está en principio de palabra. *(N. del T.)*

propongo, claro está, enseñarles habilidades memorísticas para espectáculo. No tengo el menor deseo de subirlos a ustedes a un escenario. Lo que quiero es manifestarles las magníficas aplicaciones prácticas de una memoria bien entrenada. Aunque, sí, este libro enseña varias habilidades en el campo de la memoria que podrá usted utilizar para brillar delante de sus amigos. Pero lo que importa es que dichas habilidades constituyen excelentes ejercicios para el cultivo de la facultad que nos ocupa, y los principios en que se basan pueden ser aplicados para efectos prácticos.

La pregunta que la gente me hace más a menudo es: «El recordar demasiado ¿no produce confusiones?» Yo respondo sin vacilar: «¡No!» No existe límite alguno para la capacidad de la memoria. Lucio Scopion recordaba los nombres de todos los ciudadanos de Roma; Ciro podía llamar a todos los soldados de su ejército por su nombre, y Séneca era capaz de memorizar y repetir dos mil palabras después de haberlas oído una sola vez.

Yo creo que cuanto más recuerda uno, más puede recordar. En muchos aspectos, la memoria es como un músculo. Al músculo hay que ejercitarlo y desarrollarlo para que preste un buen servicio; con la memoria ocurre igual. La diferencia está en que un músculo puede hipertrofiarse o agarrotarse, mientras que la memoria no. A uno pueden enseñarle a tener buena memoria del mismo modo que le enseñan cualquier otra cosa. Y la realidad es que resulta mucho más sencillo aprender a tener memoria que, por ejemplo, a tocar un instrumento musical. Si usted sabe leer y escribir y posee una dosis normal de sentido común, y si lee y estudia este libro, habrá adquirido también, probablemente, un mayor poder de concentración, un sentido más fino para la observación y, quizás, una imaginación más poderosa.

¡Recuerde, por favor, que no existe eso que llaman mala memoria! Esto quizá deje aturdidos a aquellos que se han escudado durante años en su respuesta «mala» memoria. Lo repito, no existen malas memorias. Existen únicamente memorias entrenadas y memorias no entrenadas. Casi todas las memorias no cultivadas muestran desarrollos unilaterales. Es decir, las personas que saben recordar nombres y caras no son capaces de recordar números de teléfono, y las personas que recuerdan los números de teléfono no recordarían, ni que les fuese la vida en ello, los nombres de aquellos a quienes desearían llamar.

Hay personas que poseen una memoria retentiva excelente, pero de una penosa lentitud para asimilar; e igualmente personas que, de momento, recuerdan con mucha rapidez, pero no tienen el recuerdo mucho tiempo. Si usted aplica los sistemas y métodos enseñados en este libro, le garantizo una memoria a la vez rápida y retentiva para casi todo.

Según he mencionado en el capítulo anterior, todo lo que usted desee recordar debe ser asociado mentalmente, sea como fuere, a algo que usted ya sabe o recuerda. Por supuesto, la mayoría de ustedes afirmarían que han recordado y recuerdan muchas cosas sin asociarlas a ninguna otra. ¡Muy cierto, en apariencia! Porque si hubieran realizado las asociaciones advirtiéndolo, entonces poseerían ya los fundamentos de una memoria entrenada. Lo que hay es que la mayoría de cosas que han recordado a lo largo de sus vidas fueron asociadas subconscientemente a alguna otra cosa que ya sabían o recordaban.

Aquí la palabra importante, el secreto, es «subconscientemente». Ustedes no se dan cuenta de lo que ocurre en su subconsciente; si nos diésemos cuenta,

la mayoría nos asustaríamos. Aquello que, en el subconsciente, se asoció con fuerza a otra cosa quedará en la memoria; aquello que no se asoció con fuerza será olvidado. Pero dado que esa asociación tiene lugar sin que nos demos cuenta, no podemos hacer nada para estimularla o aminorarla.

Ahí está el quid de la cuestión, ¡yo le enseñaré a asociar todo lo que le interese conscientemente! Cuando lo haya aprendido, poseerá usted una memoria entrenada.

No pierda de vista que el sistema que enseño en este libro es una ayuda para su memoria normal o verdadera. Porque siempre es la memoria verdadera la que realiza el trabajo, tanto si uno se da cuenta como si no. Entre la memoria normal, o verdadera, y la memoria adquirida por entrenamiento, existe una muy estrecha línea de separación, y a medida que uno sigue utilizando el sistema contenido en la presente obra, esa línea empieza a borrarse.

Y ése es el detalle más preciado de todos; después de emplear mi sistema de un modo consciente durante un tiempo, ¡se hace automático y uno empieza a utilizarlo casi inconscientemente!

3
SOMETA SU MEMORIA A PRUEBA

> Unos estudiantes de segunda enseñanza estaban sufriendo un examen antes de empezar las vacaciones de Navidad. Se trataba de un examen para el cual se habían preparado muy poco, a pesar de saber que sería difícil. ¡Lo fue, efectivamente!
>
> Uno de los estudiantes entregó su papel con el siguiente comentario: «Sólo Dios conoce las respuestas a estas preguntas. ¡Felices Navidades!».
>
> El profesor calificó las pruebas y las devolvió a los estudiantes. En una de ellas había este mensaje: «Un aprobado para el Señor y un suspenso para usted. ¡Próspero Año Nuevo!»

No creo que usted encuentre mayor dificultad en las pruebas que le propone el presente capítulo. Y en el caso de que la encontrase, no importaría, pues nadie ha de saber si sale más o menos airoso de ellas. En un capítulo anterior le he ofrecido unos ejemplos demostrativos de cuánto pueden ayudar las asociaciones conscientes para recordar cualquier cosa. ¡Qué auxilio tan sencillo para nuestras memorias y, no obstante, cuan efectivo! El hecho de que los que aprendieron el estribillo «Treinta días tiene noviembre, etc.» jamás han tenido que buscar mucho para averiguar los días de determinado mes, demuestra su eficacia. El hecho, todavía más importante, de que uno sea capaz de retener esas asociaciones sencillas por un largo período de años, lo demuestra más indiscutiblemente aún.

Yo sostengo la teoría de que si uno puede recordar o retener una cosa mediante una asociación consciente, puede recordar, del mismo modo, otra cosa cualquiera. Ésa es mi teoría y pretendo valerme de usted para demostrarla. En cuanto haya aprendido los métodos, estoy seguro de que reconocerá que las asociaciones conscientes le serán mucho más útiles y valiosas de lo que jamás pudo imaginar. Si le asegurase ahora que después de leer y estudiar el sistema contenido en estas páginas usted sabrá recordar hasta cincuenta números distintos y retenerlos cuanto tiempo le plazca con sólo verlos una vez, usted me creería loco.

Si le dijese que será capaz de memorizar el orden de los cincuenta y dos naipes de la baraja del póquer, después de bien barajados, con sólo oírlos nombrar una vez, ¡me creería usted loco! Si afirmase que jamás volverá a tener dificultad alguna por haber olvidado nombres o caras, que recordará una lista de compras compuesta por cincuenta artículos distintos, o que sabrá memorizar el contenido de toda una revista, o recordar precios y números de teléfono importantes, o conocer en qué día de la semana caerá una fecha determinada, usted pensaría sin duda que me paso de listo. ¡Pero lea y estudie este libro y lo verá por sí mismo!

Me figuro que la mejor manera de demostrarle lo antedicho consistirá en

hacer de modo que usted pueda comprobar sus propios progresos. Para ello, lo primero que debo hacer es poner en evidencia cuan pobre resulta su memoria actualmente, desprovista de entrenamiento. En consecuencia, dedique más adelanté unos minutos a establecer la puntuación que le corresponde en las pruebas después de haber leído unos capítulos más, y a comparar los resultados.

A mí se me antoja que esas pruebas son muy importantes. Dado que su memoria mejorará casi con cada capítulo que lea, quiero que vea usted mismo los progresos conseguidos. Esto le dará confianza, factor importantísimo para una memoria cultivada. Después de cada prueba hallará un espacio donde anotar la puntuación conseguida ahora y otro espacio para la puntuación que consiga luego de haber leído cierto número de capítulos.

Una advertencia importante, antes de pasar a las mencionadas pruebas: no se ponga a hojear el libro y a leer únicamente los capítulos que crea le interesan más. Todos ellos le serán muy útiles, y será mucho mejor que los lea uno por uno, ordenadamente. ¡No quiera adelantarse a mí, ni a usted mismo!

Prueba 1

Lea la siguiente lista de quince objetos una sola vez; puede invertir en ello un par de minutos. Luego trate de escribirlos —sin mirar el libro, naturalmente— exactamente en el mismo orden que aparecen aquí. Al puntuarse recuerde que, si olvida un nombre, todos los que sigan estarán equivocados, puesto que habrán perdido el orden que les correspondía. Luego de haber leído el capítulo 5, le recordaré que vuelva a someterse a la presente prueba. Concédase 5 puntos por cada objeto anotado en su lugar correspondiente.

Libro, cenicero, vaca, chaqueta, cerilla, navaja, manzana, bolsa, persiana, sartén, reloj, gafas, asa, botella, gusano.

Anote aquí la puntuación.....

Puntuación obtenida después de leer el capítulo 5 ...

Prueba 2

Invierta unos tres minutos intentando aprender de memoria los veinte objetos de la lista que sigue con el número que llevan. Luego pruebe a escribirlos en lista sin mirar al libro. No sólo debe recordar el objeto, sino su número de orden. Le recordaré que repita otra vez la prueba después de haber leído el capítulo 6. Concédase 5 puntos por cada objeto que anote con su número de orden acertado.

1. Radio.	6. Teléfono	11. Vestido.	16. Pan.
2. Aeroplano.	7. Silla.	12. Flor.	17. Lápiz.
3. Lámpara.	8. Caballo.	13. Ventana.	18. Cortina.
4. Cigarrillo.	9. Huevo.	14. Perfume.	19. Vaso.
5. Cuadro.	10. Taza.	15. Libro.	20. Sombrero.

Anote aquí su puntuación ......

Ídem después de leer el capítulo 6 ......

Prueba 3

Mire este número de veinte cifras durante unos dos minutos y medio, luego coja un trozo de papel y trate de escribirlo de memoria. Concédase 5 puntos por cada cifra que coloque en su lugar y orden adecuado. Comprenda, por favor, que aquí lo importante es la retentiva, y no podrá comprobarla hasta que haya leído el capítulo 11.

72443278622173987651

Anote aquí su puntuación ......

ídem una vez leído el capítulo 11 ......

Prueba 4

Imagínese que alguien ha quitado cinco naipes de una baraja de póquer bien revuelta. Ahora le van nombrando a usted, una sola vez, los otros cuarenta y siete naipes. ¿Podría usted identificar de memoria cuáles son los cinco que quedan sin nombrar, es decir, que faltan? Probemos. Lea la siguiente lista de cuarenta y siete naipes una sola vez. Después de haberla leído, coja usted un lápiz y trate de anotar los cinco que faltan. Claro, no debe mirar el libro mientras vaya escribiendo. Le rogaré que se someta de nuevo a esta prueba cuando haya leído y estudiado el capítulo 10. Concédase 20 puntos por cada naipe que falte si lo anota usted correctamente.

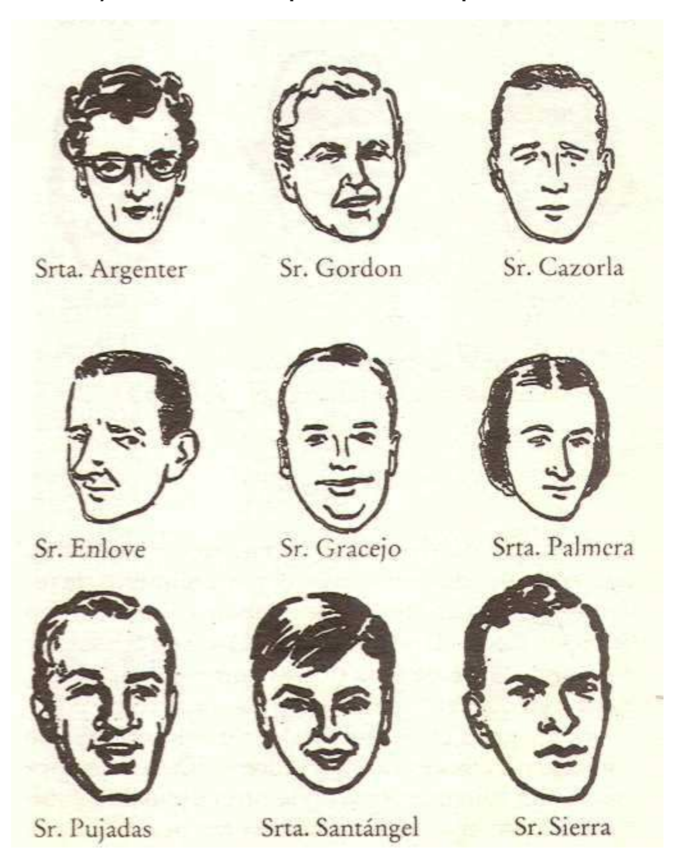
Sota de corazones.
As de diamantes.
Rey de diamantes.
Siete de diamantes.
Diez de palos (o tré boles)
Sota de espadas.
Tres de espadas.
Nueve de corazones.
Siete de corazones.
Reina de corazones.
Tres de diamantes.
Dos de espadas.
As de palos.
Nueve de espadas.
Cuatro de palos.
Cinco de corazones.
Tres de corazones.
Nueve de palos.
Diez de diamantes.
Ocho de espadas.
Cinco de espadas.
As de espadas.
Seis de diamantes.
Sota de diamantes.
Ocho de palos
Reina de palos
Siete de espadas.
Siete de palos
Dos de diamantes.
Rey de palos.
Ocho de corazones.
Seis de espadas.
Cuatro de espadas.
Reina de espadas.
Tres de palos.
Sota de palos.
Seis de corazones.
Cuatro de corazones.
Diez de espadas.
Rey de diamantes.
Diez de corazones.
Reina de diamantes.
Ocho de diamantes.
Cinco de palos.
Dos de palos.
Cinco de diamantes.
Doce de corazones.

Anote aquí su puntuación ......

ídem después de estudiar el capítulo 10 ......

Prueba 5

Pase seis o siete minutos fijándose en las quince caras y sus correspondientes nombres. Hacia el final del presente capítulo volverá a encontrar las mismas caras colocadas en un orden distinto, y sin los nombres. Vea entonces si logra asignar el nombre correspondiente a cada uno de los rostros. Yo le recordaré que vuelva a someterse a la misma prueba después de haber leído por completo el capítulo 17. Concédase 5 puntos por cada nombre que sepa escribir debajo de la cara que le corresponde.





Anote aquí su puntuación ......

Igualmente después de leer el capítulo 17 ......

Prueba 6

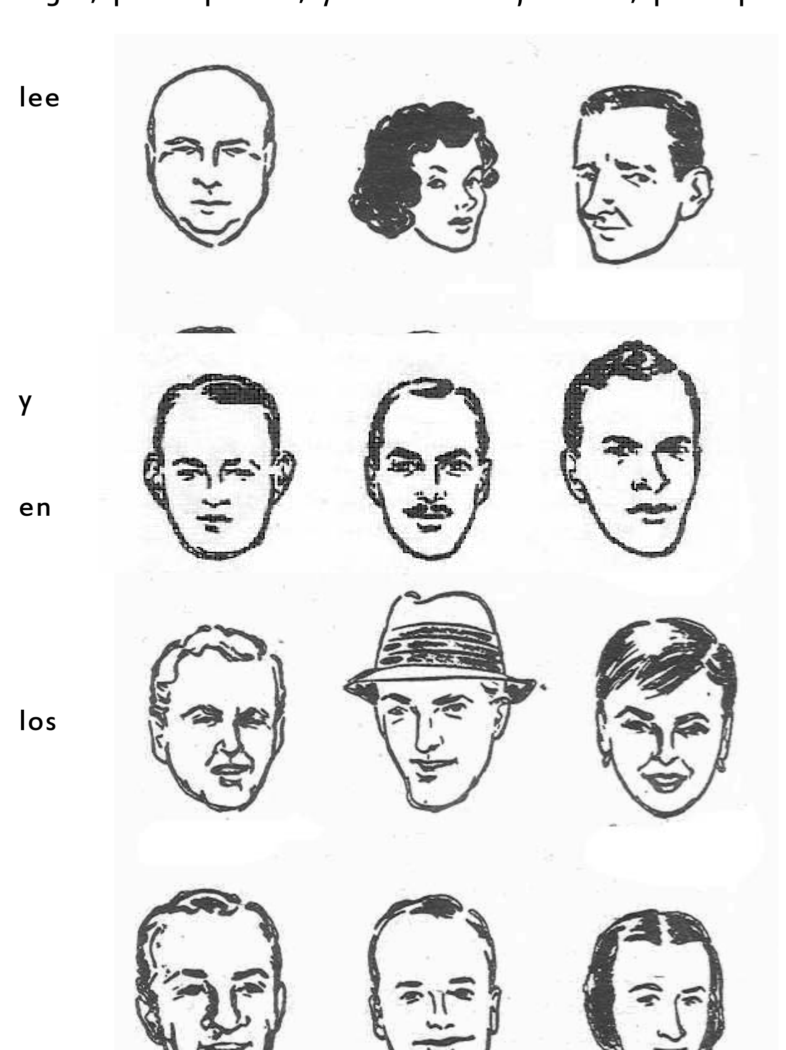
Dedique de siete a nueve minutos a repasar la siguiente lista de diez personas y sus números de teléfono. Luego anote las diez personas en un trozo de papel, cierre el libro y vea si es capaz de escribir de memoria al lado de cada una su número de teléfono. Recuerde que, aunque en todo un número no equivoque sino una cifra, en el caso de que lo marcase no conseguiría comunicar con quien le interesaría; por tanto, con sólo que equivoque una cifra habrá equivocado todo el número, y no le corresponde ningún punto por él. Yo le recomendaré que haga la prueba nuevamente después de haber leído el capítulo 19. Concédase 10 puntos por cada número de teléfono que anote bien.

Panadero — 227684	Banquero — 295762
Sastre — 287546	Sr. Gracia — 256694
Zapatero — 234337	Médico — 283451
Dentista — 210054	Sr. Silvestre — 268309
Sr. Jaén — 236680	Sr. López — 204557

Anote aquí su puntuación ......

ídem después de leer el capítulo 19 ......

No se desanime si en las pruebas anteriores ha logrado éxitos muy mezquinos. Le he presentado estas pruebas con un propósito concreto. En primer lugar, por supuesto, y tal como dije antes, para que usted pueda apreciar los progresos que va realizando a medida que lee este libro; y, en segundo lugar, para poner de manifiesto cuan poca confianza merece una memoria huérfana de entrenamiento.



No se precisa una gran cantidad de trabajo y de estudio para conseguir la máxima puntuación —el 100 %— en todas las pruebas anteriores. ¡A mí me gusta referirme al sistema expuesto en el presente libro como la manera de recordar de los «perezosos»!

4
EL INTERÉS Y LA MEMORIA

El verdadero arte de la memoria es el arte de la atención.

Samuel Johnson

Le ruego haga el favor de leer con atención el texto siguiente:

Usted guía un autobús en el que viajan cincuenta personas. El autobús se detiene en una parada y bajan diez personas, al paso que otras tres suben. En la parada siguiente siete personas bajan del autobús y dos personas suben.

Todavía paran en otras dos paradas, en cada una de las cuales bajan cuatro personas, mientras que en una de las paradas suben tres y en la otra ninguna. En este punto el autobús tiene que parar por avería en el motor. Algunos viajeros llevan mucha prisa y deciden seguir andando. Por ello, ocho personas saltan del autobús. Reparada la avería, el autobús llega a la última parada, y el resto de los viajeros desciende del vehículo.

Ahora, sin volver a releer el párrafo, vea si logra contestar acertadamente a dos preguntas relativas al mismo. Estoy perfectamente seguro de que si le preguntase cuántas personas quedaban en el autobús, es decir, cuántas bajaron en la última parada, usted me contestaría bien inmediatamente. Sin embargo, una de las preguntas que quería hacerle es la siguiente: ¿cuántas paradas hizo el autobús en total?

Quizá me equivoque, pero no creo que sean muchos los que sepan contestar esta pregunta. El motivo, por supuesto, está en que todos ustedes creían que después de haber leído el párrafo les preguntaría acerca del número de personas. En consecuencia, fijaron su atención en el número de personas que subían y bajaban del autobús. Ustedes se interesaron por el número de personas. En resumen, querían saber y recordar cuántos viajeros quedaban en el vehículo. Y como no creían que el número de paradas tuviera ninguna importancia, no prestaron mucha atención a las mismas. Y como no se interesaron por el número de paradas, éstas no quedaron registradas en sus mentes ni por azar, y ahora no las han recordado. Sin embargo, si a alguno de ustedes se le ha ocurrido que el número de paradas pudiera tener importancia o si se ha hecho la idea de que le preguntarían sobre este punto particular, ha recordado el número de veces que paró el autobús. Y también ahora se ha debido a que ha puesto interés en enterarse de esta información particular.

Si por azar usted se siente entusiasmado por haber acertado con la respuesta exacta a mi pregunta, cálmese un poco. Porque dudo que sea capaz de contestar la segunda. Un buen amigo mío, empleado en el Grossingers, un gran hotel para viajeros, en el cual actúa con mucha frecuencia, suele echar mano de la misma treta en las sesiones de preguntas que organiza por la tarde. Sé que son muy pocos los huéspedes que responden acertadamente, si es que responde alguno. Sin volver a mirar al párrafo en cuestión, usted debe contestar la siguiente pregunta: «¿Cómo se llama el conductor del autobús?»

Ya lo dije, dudo de que alguno sepa responder correctamente, acaso

nadie sepa. En realidad, se trata más bien de una pregunta dirigida a comprobar el poder de observación que de una prueba de memoria. Y si la utilizo aquí es sólo para encarecer ante usted la importancia del interés en la memoria. Si antes de leer el cuentecito sobre el autobús le hubiese dicho que le preguntaría el nombre del conductor, usted hubiera procurado saberlo, habría fijado en ello su interés. Habría querido enterarse y recordarlo.

Pero aun así, tratándose como se trata de una pregunta astuta, quizá no hubiera sido usted lo bastante observador para responderla. Digamos de paso que se funda en un principio que muchos «magos» profesionales han utilizado desde hace muchos años. Se llama «desorientar». Significa sencillamente que en un relato se mantiene el punto verdaderamente importante, aquel que constituye en verdad el «modus operandi», en un segundo término. O se cubre con otro punto que no tiene nada que ver con el primero, pero que le induce a usted a creer que es el que verdaderamente importa. Este es el que usted sigue, observa y recuerda; el que sirve de fundamento a la treta pasa completamente desapercibido, y he ahí por qué uno queda completamente engañado. Muchas personas, cuando describen las mañas de «mago», presentan el efecto tan imposible que si el mago en persona las estuviera escuchando no podría creerlo. Ello es debido a que en su narración se olvidan de mencionar el punto verdaderamente importante. Si dejamos aparte los juegos de «caja», o sea 103 juegos, o tretas, que funcionan por sí mismos, de un modo mecánico, los magos las pasarían muy mal para engañar al público si no existiera el arte de «desorientar».

Pues bien, yo le he «desorientado» a usted induciéndole a pensar que iba a preguntarle una cosa, y luego preguntándole otra en la cual usted no se había fijado. Creo, empero, que hace ya bastante rato que le tengo intrigado. Acaso sienta curiosidad por saber la respuesta acertada a mi segunda pregunta. Bien, la primera palabra del parrafito le dice quién era el conductor. La primera palabra es «usted». La respuesta que tenía que dar a la pregunta: «¿Cómo se llama el conductor del autobús?», ¡consistía en decir su propio nombre! Era usted quien guiaba el vehículo. . Pruebe esta estratagema con algunos amigos y verá cuan pocos son los que contestan bien.

Como dije ya, ésta es una prueba que da más importancia a la finura de observación que a la fidelidad de la memoria. Pero el caso es que memoria y observación se dan la mano. Es imposible recordar nada que uno no haya observado; y es extremadamente difícil observar o recordar algo que uno no quiera recordar, o no esté interesado en retener en la memoria.

De ahí se deduce inmediatamente una norma indiscutible para mejorar la memoria. Si usted quiere que su memoria mejore inmediatamente exíjase la voluntad de querer recordar. Fuércese a sentir el interés necesario para observar detenidamente todo lo que quiera recordar y retener. Digo «exíjase» porque al principio quizá le sea preciso realizar un pequeño esfuerzo; no obstante, en un tiempo pasmosamente corto, verá usted que ya no tiene necesidad de realizar ningún esfuerzo para querer recordarlo todo. El hecho de que usted esté leyendo este libro representa el primer paso adelante que da. Si no quisiera recordar, si no sintiese el afán de mejorar su memoria, no lo leería. «Sin una motivación, difícilmente existirá recuerdo alguno.»

Aparte de tener la intención de recordar, también la confianza en que uno recordará ayuda mucho. Si usted enfoca cualquier cuestión referente a la

memoria diciéndose convencido: «Lo recordaré», la mayor parte de las veces, efectivamente, lo recordará. Debe usted imaginarse su memoria como un tamiz. Cada vez que usted dice o piensa «Tengo una memoria lamentable», o «Esto no lo recordaré jamás», practica otro agujero en el tamiz. En cambio, cada vez que dice: «Tengo una memoria maravillosa», o «Esto lo recordaré fácilmente», tapa usted uno de aquellos agujeros.

Muchos conocidos míos me han preguntado por qué no consiguen recordar una cosa, aun anotando todo lo que desean conservar en la memoria. Es lo mismo que preguntarme por qué no puede nadar bien uno que se ate un peso de diez kilos alrededor del cuello. Muy probablemente la causa misma de que olviden está en el hecho de haber anotado lo que decían querer recordar; o, por lo menos, de que no lo recuerden inmediatamente. Por lo que a mí se refiere, la frase «he olvidado» debería borrarse del lenguaje. Habría que reemplazarla por: «No he recordado ahora, inmediatamente.»

Es imposible olvidar de veras nada que uno haya recordado alguna vez. Si usted se anotara las cosas con la intención de ayudar a su memoria, o con el pensamiento consciente y concreto de asegurarse mejor de la exactitud de aquellos datos, el procedimiento sería excelente. Sin embargo, el utilizar el lápiz y el papel como sustitutos de la memoria (que es lo que hace la mayoría de personas) no servirá, en verdad, para mejorar ésta. Acaso mejore su caligrafía o la rapidez en escribir, pero la memoria saldrá perjudicada por el desvío y la falta de ejercicio consiguiente. ¿Me comprende? Por lo común, usted toma nota de las cosas porque rechaza, aconsejado por la pereza, el pequeño esfuerzo de voluntad de querer recordar. Oliver Wendell Holmes lo expresó de este modo: «Para poder olvidar una cosa, es preciso primero hacerla entrar en la memoria.»

Tenga presente, por favor, que a la memoria le gusta que le tengan confianza. Cuanta más confianza, más segura y útil se volverá. El anotarlo todo en un papel sin esforzarse por recordarlo va contra todas las reglas fundamentales para poseer una memoria mejor y más poderosa. Usted no confía en su memoria, no se fía de ella, no la ejercita y no se interesa bastante por lo que debería recordar, puesto que lo traslada al papel. Tenga presente que siempre está expuesto a perder el papel o el cuaderno de notas, pero no la cabeza. Si se me permite una ligera incursión en el campo del humorismo, diré que si uno pierde la cabeza, no importa mucho que recuerde o no recuerde, ¿no es cierto?

En serio, si uno tiene interés en recordar y confianza en que recordará, no es preciso que lo anote todo por escrito. ¿Cuántos serán los padres que se quejan continuamente de la pésima memoria de sus hijos, los cuales no se acuerdan de sus deberes escolares y consiguen notas muy menguadas? Sin embargo, algunos de esos mismos hijos saben todo lo referente a los goles que ha marcado cada uno de los jugadores de Primera División en el Campeonato de Liga. Conocen el reglamento del fútbol, y quién ha tenido años atrás una actuación destacada y en qué equipos. Si son capaces de recordar tan bien tales hechos, números y personajes, ¿por qué no recordarán las lecciones de colegio? Únicamente porque se interesan más por el deporte que por el álgebra, la historia, la geografía y otras asignaturas de sus estudios.

El problema no está en su memoria, sino en su falta de interés. Una prueba más en este sentido la tenemos en el hecho de que la mayoría de chiquillos sobresalen por lo menos en una asignatura determinada, aun cuando

obtengan malas notas en todas las demás. Si un estudiante tiene buena memoria para una materia, es en aquella asignatura un buen estudiante. Si no recuerda, si sobre aquella materia tiene mala memoria, resultará un mal estudiante. Vean si es sencilla la cuestión. De todos modos, esto demuestra que el estudiante posee buena memoria para las cosas que le gustan y en las que fija su interés.

Muchos de los que entre ustedes cursaron estudios superiores hubieron de estudiar una o dos lenguas extranjeras. ¿Las recuerdan todavía? Lo dudo. Si se han encontrado de viaje en aquellos países o en otros lugares donde se hablen las lenguas en cuestión, han deseado muchas veces haberles concedido más atención en el colegio. Por supuesto, si entonces hubieran sabido que tendrían que recorrer dichos países hubieran tenido más interés en aprender sus lenguas; su voluntad habría tomado una resolución en este sentido. Y habrían quedado pasmados al ver de qué modo mejoraban sus notas. En mi caso, es esto muy cierto; me consta. Si entonces hubiese sabido que en tiempos venideros desearía conocer aquellas lenguas, las habría aprendido y recordado con mayor facilidad. Desgraciadamente, entonces no poseía una memoria entrenada.

Muchas mujeres se quejan de tener una memoria atroz y de no ser capaces de recordar nada. Esas mismas mujeres le describirán al detalle el vestido que llevaba una amiga suya un día que se encontraron, hace ya varias semanas. Generalmente son capaces de fijarse en una señora sentada dentro de un coche que corre a más de sesenta kilómetros por hora, y le dirán lo que lleva; el color de las prendas, su estilo de peinado, si el cabello es natural o teñido, ¡y hasta su edad aproximada!

Quizás hasta adivinarían cuánto dinero tiene. Esto, naturalmente, se sale ya de los dominios de la memoria e invade el campo de ciertas potencias psíquicas. Pero el detalle importante, lo que he querido encarecer a lo largo del presente capítulo, sigue siendo que el interés tiene una importancia primordial para la memoria. Si uno es capaz de recordar con tanta fidelidad las cosas que le interesan, ello demuestra que posee una memoria buena. Demuestra, además, que si se interesase en el mismo grado por otras cosas, las recordaría igualmente bien.

Lo que hay que hacer es tomar la decisión de interesarse por recordar nombres, caras, fechas, números, hechos..., todo, en fin, y la de tener confianza en la propia capacidad para retenerlos. Esto solo, hasta sin los sistemas concretos y los métodos de asociación del presente libro, mejoraría la memoria de usted en un grado notable. Con los sistemas de asociación corriendo en ayuda de su memoria normal, o verdadera, usted poseerá una capacidad de recuerdo y retención pasmosa. Desde el capítulo siguiente podrá demostrárselo por sí mismo.

5
EL MÉTODO DE LA CADENA PARA LA MEMORIA

El verdadero bien de un hombre es la memoria, y En ninguna otra cosa es rico, en ninguna otra cosa: es pobre.

Alexander Smith

Quiero demostrarle ahora que puede usted empezar, inmediatamente, a recordar como no haya recordado nunca. No creo que nadie con una memoria privada de entrenamiento pueda recordar veinte objetos no asociados, por orden, después de haberlos visto u oído nombrar una sola vez. Y aunque usted quizá no crea posible ni lo uno ni lo otro, será capaz de realizar esa hazaña precisamente si lee y estudia el presente capítulo.

Antes de entrar en la tarea misma de memorizar, debo explicarle a usted que el recurso para entrenar la memoria consiste en apoyarla casi por completo en representaciones o imágenes mentales. Esas representaciones mentales se recuerdan tanto mejor cuanto más estrambóticas es capaz uno de construírselas. A continuación tiene usted una lista de veinte objetos que será capaz de memorizar en un tiempo sorprendentemente corto.

Alfombra, papel, botella, cama, pescado, silla, ventana, teléfono, cigarrillo, clavo, máquina de escribir, zapato, micrófono, pluma, televisor, plato, coco, coche, cafetera, ladrillo.

Un hombre famoso dijo cierta vez que el método es la madre de la memoria. Por lo tanto, voy a enseñarle a usted ahora lo que yo llamo el *método de la cadena* para la memoria. Le he dicho ya que su memoria entrenada se valdrá principalmente de imágenes mentales estrambóticas, ¡construyamos, pues, imágenes de esta clase con los veinte objetos antes mencionados! ¡No se alarme! Es un juego de niños; sí, ciertamente, ni más ni menos que un juego.

Lo primero que debe usted hacer es representarse una imagen del primer objeto, «alfombra», en la mente. Todos ustedes saben lo que es una alfombra; véanla, pues, con los ojos de la imaginación. No vean la palabra «alfombra», sino realmente, por un segundo, vean bien una alfombra cualquiera, bien una determinada; una que tienen en casa, por ejemplo, por lo cual les resulta muy conocida. Les he dicho ya que para recordar algo hay que asociarlo de algún modo con otra cosa que uno ya conozca o recuerde. Eso haremos ahora, y los mismos objetos que queremos recordar nos servirán como cosas que ya recordamos. La cosa que ahora ustedes conocen ya y recuerdan es el objeto «alfombra». La cosa nueva, la que quieren recordar, será el segundo objeto, «papel».

He aquí que van a dar ustedes el primer y más importante paso hacia la consecución de una memoria entrenada. Deben asociar, o encadenar, alfombra con papel. Y la asociación ha de ser lo más estrambótica posible. Por ejemplo, pueden representarse una alfombra en su casa hecha de papel. Véanse andando sobre ella y oyendo el crujir del papel debajo de los pies. O imagínense

escribiendo en una alfombra en lugar de hacerlo sobre papel. Cada una de las dos mencionadas es una imagen o asociación estrambótica. Una hoja de papel reposando sobre una alfombra no resultaría una asociación adecuada. ¡Sería demasiado lógica! La imagen mental ha de ser estrambótica e ilógica. Puede creerme si le digo que cuando la imagen que se represente sea lógica no la recordará. Quiero insistir sobre el punto que habré de recordarle a todo lo largo de este libro. Es preciso ver realmente la imagen estrambótica por una fracción de segundo, con los ojos de la mente. Por favor, no se limite a ver las palabras, vea el cuadro que ha escogido. Cierre los ojos por un segundo; de este modo le será más fácil, al principio, ver el cuadro. En cuanto lo haya visto, deje de pensar en él, y dé otro paso. Lo que ahora ustedes ya conocen o recuerdan es «papel»; por tanto, el paso siguiente consiste en asociarlo o encadenarlo con el objeto que viene a continuación en la lista, que es «botella». En este punto no se presta ya ninguna atención a la «alfombra». Constrúyase una imagen estrambótica, completamente nueva con o entre botella y papel. Pueden verse ustedes leyendo una botella enorme en vez de un periódico, o escribiendo en una botella en lugar de hacerlo en un papel. O podrían representarse una botella de la que, en lugar de salir líquido, sale papel; o una botella hecha de papel en vez de vidrio. Escojan la asociación que se les antoje más estrambótica y véanla por un momento con los ojos de la mente.

Nunca insistiré demasiado en la necesidad de ver efectivamente esta imagen con los ojos de la mente, y en la de procurar que la imagen resulte lo más rara posible. De todos modos, no es preciso que uno se pase quince minutos buscando la asociación más ilógica; la primera que nos viene a la mente suele ser la mejor. Yo le daré dos o más formas de construir imágenes con cada par de los veinte objetos. Usted es quien ha de escoger la que le parezca más estrambótica, u otra que se le haya ocurrido a usted, y emplearla.

Hemos encadenado ya alfombra con papel, y luego papel con botella. Damos ahora con el objeto siguiente, que es «cama». Es preciso formar una asociación rara entre botella y cama. Una botella tendida en una cama, o cosa por el estilo, resultaría una imagen demasiado lógica. Véase, pues, durmiendo en una gran botella en lugar de una cama, o imagínese tomando un sorbo de una cama en vez de beber de una botella. (A mí se me ocurren imágenes realmente estrambóticas.) Contemple por un momento una de estas imágenes en la mente, y luego deje de pensar en ella.

Por supuesto, usted ha notado ya que cada vez encadenamos el objeto anterior con el que le sigue. Dado que ya hemos utilizado «cama», éste es el anterior, aquello que ya conocemos y recordamos. El que sigue, el elemento nuevo que queremos recordar es «pescado». Forjemos pues una asociación estrambótica entre cama y pescado. Podría usted «ver» un pescado gigantesco durmiendo en su cama, o una cama hecha de un pescado colosal. «Vea» el cuadro que le parezca más ilógico.



Ahora «pescado» y «silla». Vea el pescado sentado en una silla, o un pescado grande utilizado como asiento. O bien usted está pescando y en lugar de sacar peces saca sillas.

«Silla» y «ventana»... Véase sentado en

un cristal de ventana, puesto de canto (y sintiendo dolor), en lugar de sentarse en una silla. También podría verse arrojando sillas violentamente por una ventana cerrada. Vea ese cuadro antes de pasar al siguiente.

«Ventana» y «teléfono». Véase contestando por teléfono, pero al acercarse el aparato al oído no es un teléfono lo que tiene en la mano, sino una ventana. O podría ver también una ventana de su vivienda como un enorme disco de teléfono, y para mirar a la calle tiene que hacer girar el disco. O podría verse rompiendo con el puño el cristal de la ventana para coger el teléfono. Vea el cuadro que le parezca más idiota, durante un momento.

«Teléfono» y «cigarrillo». Usted está fumando un teléfono, en vez de un cigarrillo; o se lleva un cigarrillo monumental a la oreja y habla como si lo hiciera por teléfono. O podría verse cogiendo el teléfono, cuando de pronto salen del micrófono millares de cigarrillos golpeándole el rostro.

«Cigarrillo» y «clavo». Usted se fuma un clavo; o intenta clavar en la pared, a martillazos, un cigarrillo encendido.

«Clavo» y «máquina de escribir». Clava un clavo colosal en su máquina de escribir; o bien todas las teclas de su máquina son clavos en los que se pincha los dedos.

«Máquina de escribir» y «zapato». Véase calzado con máquinas de escribir en lugar de zapatos, o escribiendo con los zapatos. Acaso prefiera ver un zapato muy grande, con teclado, y verse escribiendo con ese instrumento.

«Zapato» y «micrófono». Usted lleva micrófonos en lugar de zapatos, habla por radio con unos zapatos por micrófono.

«Micrófono» y «pluma». Escribe con un micrófono, o habla ante una pluma gigante, como si fuera un micrófono.

«Pluma» y «televisor». Podría usted ver un millón de plumas saliendo a chorro de la pantalla de un aparato de televisión; o unas cuantas plumas haciendo de personajes de un espectáculo de la televisión; o una pluma gigante con una pantalla y cómo la tinta de la pluma se derrama formando figuras en la pantalla.

«Televisor» y «plato». Figúrese que la pantalla de su aparato de televisión es un plato de cocina; o véase comiendo en la pantalla en vez de hacerlo en un plato; o figúrese comiendo en un plato en cuyo fondo sigue al mismo tiempo un programa de televisión. «Plato» y «coco». Imagínese mordiendo un coco, pero se le hace trozos en la boca, porque es un plato. O véase mientras le sirven la comida en una gran cáscara de coco en vez de plato.

«Coco» y «automóvil». Puede ver un coco muy grande guiando un automóvil; o usted guiando un coco enorme a guisa de coche.

«Automóvil» y «cafetera». Una gran cafetera va al volante de un coche; o usted utiliza como automóvil una cafetera. También podría representarse su coche —o el de un amigo— sobre la estufa, lleno de café hirviendo.

«Cafetera» y «ladrillo». Usted echa café con un ladrillo, o maneja una cafetera que da ladrillos en lugar de café. ¡Ya está! Si usted ha visto realmente las anteriores representaciones mentales con los ojos de la imaginación, no tendrá trabajo alguno en recordar los veinte objetos por orden, desde «alfombra» hasta «ladrillo». Por supuesto, se necesita muchísimo más tiempo

para explicar este procedimiento que para emplearlo, puesto que cada asociación mental debe verse solamente durante una fracción de segundo, antes de pasar a la siguiente.

Veamos ahora si ha recordado todos los objetos. Si empezase «viendo» una alfombra, ¿qué le traerá ésta en seguida a su mente? Papel, por supuesto. Usted se vería escribiendo en una alfombra en vez de hacerlo sobre un papel. Ahora el papel le trae a la mente la botella, porque usted ve una botella hecha de papel. Luego se ve durmiendo en una descomunal botella, que le sirve de cama; pescando, y en vez de picar peces pican sillas, las que luego arroja por una ventana cerrada, ¡pruébelo! Verá que puede enumerar todos los objetos sin cambiar ninguno.

¿Fantástico? ¿Increíble? ¡Sí! Pero, como puede ver, enteramente plausible y posible. ¿Por qué no prueba a hacerse una lista de objetos y los memoriza del modo que acaba de aprender?

Me doy cuenta, claro está, de que a todos nos han enseñado a pensar con lógica, y ahora aquí salgo yo, pidiéndole, que se construya cuadros o imágenes ilógicas y estrambóticas. Sé que para algunos constituirá al principio un pequeño problema. Acaso le cueste alguna dificultad imaginarse esos cuadros. Sin embargo, luego de un corto tiempo de práctica, la primera representación que le acuda a la mente será una imagen ridícula e ilógica. Hasta que ocurra esto, aquí tiene unas normas sencillas que le ayudarán.

1. Píntese los objetos desproporcionados. En otras palabras, excesivamente grandes. En las asociaciones de muestra que acabo de darle he usado a menudo los adjetivos «gigante», «enorme», «colosal». Lo hice para inducirle a figurarse aquellos objetos desproporcionados.

2. Siempre que le sea posible, vea las cosas en acción. Por desgracia, las escenas que más recordamos son las violentas y embarazosas, mucho más que las cosas agradables. Si se ha encontrado usted en un verdadero aprieto, o ha sufrido un accidente, aunque haga de ello muchos años, no necesita una memoria entrenada para recordarlo nítidamente. Usted todavía se revuelve un poco cuando se acuerda de aquel enojoso incidente que ocurrió hace varios años, y quizá todavía pueda describir con exactitud los detalles del accidente que sufrió otro día. Por lo tanto, siempre que le sea posible, imagínese los cuadros en acción, y en acción violenta.

3. Exagere la cantidad de objetos. En mi asociación entre teléfono y cigarrillo le he dicho que podía ver millones de cigarrillos saltando del aparato y golpeándole la cara. Si además ve usted los cigarrillos encendidos y los siente quemándole la cara, tendrá a la vez acción y exageración en su cuadro.

4. Substituya una cosa por otra. Éste es el recurso que yo, por mi parte, utilizo más a menudo. Consiste en representarse una cosa en función de otra. Por ejemplo, fumarse un clavo en vez de un cigarrillo.

1. Desproporción. 2. Acción. 3. Exageración. 4. Sustitución.

Trate de introducir uno o más de estos cuatro elementos en sus representaciones y, con un poco de práctica, verá que al instante acude a su mente una imagen estrambótica relacionando cualquier pareja de objetos. Los objetos que uno debe recordar quedan así unidos, formando un encadenamiento; por eso a este método para recordar lo llamo *método de la cadena.* Todo el método entero se resume en lo siguiente: asociar el primer

objeto con el segundo, el segundo con el tercero, etc. Formar esas asociaciones valiéndose de imágenes mentales lo más estrambóticas e ilógicas que sea posible y —detalle de suma importancia— ver con los ojos de la mente los cuadros imaginados.

En capítulos posteriores aprenderá usted algunas aplicaciones prácticas del sistema de la cadena: de qué modo puede ayudarle a recordar el horario a que debe someterse un día determinado o las diligencias que debe realizar, y cómo puede utilizarlo para recordar los discursos que ha de pronunciar. Se emplea también para memorizar números largos y muchas otras cosas. De todos modos, no quiera correr más de la cuenta, y de momento no se preocupe de todo eso.

Naturalmente, puede utilizar en seguida el método para ayudarse a recordar la lista de la compra, o para dejar admiradas a sus amistades. Si quiere ensayar esta exhibición, haga que su amigo o amiga nombre una serie de objetos y pídale que los anote para que pueda comprobar si usted acierta. Si al intentar esta prueba nota usted dificultad en recordar el primer objeto, le sugiero que lo asocie con la persona ante la cual exhibe su habilidad. Por ejemplo, si el primer objeto fuese alfombra, podría ver a su amigo o amiga envueltos en una alfombra. Asimismo, si en su primer ensayo olvida uno de los objetos pregunte cuál es y fortalezca la asociación correspondiente. Será en todo caso que no se sirvió de una que fuese lo suficientemente estrambótica, o que no la vio con los ojos de la mente; de lo contrario no la hubiera olvidado. Luego que haya fortalecido la primera asociación estará en condiciones de repetir los objetos desde el primero hasta el último. ¡Pruebe y verá! ¡Y lo que más impresiona es que si al cabo de dos o tres horas le piden que vuelva a enumerar aquellos objetos podrá complacerlos! Las asociaciones formadas seguirán trayéndolos todavía a su mente. Y si quiere impresionar de verdad a sus oyentes, ¡nombre los objetos desde el último al primero!

Cosa pasmosa de verdad, a usted le vienen a la memoria de una manera automática. Le basta pensar en el último objeto para que éste le recuerde el penúltimo, y éste el antepenúltimo, y así sucesivamente, hasta el primero. Y de paso, ¿por qué no volver a ensayar otra vez la prueba número 1 del capítulo 3? Compare la puntuación que obtenga con la conseguida antes de leer la descripción del método de la cadena en el presente capítulo.

6
EL SISTEMA DEL COLGADERO

Cierta asociación compuesta solamente de escritores humoristas estaba celebrando su banquete anual en un hotel de moda de la ciudad de Nueva York. Uno de los artículos del reglamento de la misma prohibía que sus miembros se contasen jamás un chiste. Los tenían todos aprendidos de memoria y numerados y, en vez de contarlos, se ahorraban tiempo diciendo únicamente el número correspondiente al chiste que estuvieran pensando.

Durante la comida, en un momento dado, si a uno de los comensales se le ocurría un chiste que le parecía adecuado a la situación, decía su número, e invariablemente se levantaba un coro de carcajadas. «Número 204», gritaba otro. Más carcajadas. Hacia el final del banquete, uno de los socios nuevos gritó: «Número 212.» Y un silencio sepulcral acogió su ocurrencia. A lo que su vecino se volvió hacia él y le dijo: «Pronto aprenderá, amigo mío, que lo más importante no es el chiste en sí, sino la manera de contarlo.»

Aunque la historia que antecede es pura invención, la mayoría de personas considerarían imposible recordar tan gran cantidad de chistes por sus números respectivos. Permítanme asegurarles que es posible; y en un capítulo venidero les explicaré cómo se hace. Sin embargo, de momento lo primero será aprender a recordar los números. Los números en sí son de lo más difícil de recordar, por ser completamente abstractos e intangibles. Casi es imposible del todo hacerse una imagen de un número. Vienen representados por unos dibujos geométricos, y no suscitan imagen alguna en nuestras mentes, a menos que los hayamos asociado durante cierto período de tiempo a algo conocido. Naturalmente, para usted el número de su casa y el número de su teléfono sí que significan algo. El problema está en saber asociar un número cualquiera fácil, rápidamente y en cualquier momento.

Si usted intentase colgar un cuadro en una pared completamente lisa de su salón, ¿qué pasaría? Pues, naturalmente, que el cuadro se caería al suelo. En cambio, si tuviera clavado en aquella pared un pequeño colgadero, entonces podría aprovecharlo para suspender el cuadro. Lo que haré yo ahora será darle unos cuantos «colgaderos»... no, no para su pared, sino para tenerlos dispuestos en toda ocasión en la mente. ¡Desde hoy en adelante, todo lo que quiera recordar que esté relacionado de alguna manera con los números podrá «colgarlo» de esos colgaderos! Por tal razón llamo a este sistema de recordar el *sistema del colgadero.*

Un sistema que le enseñará a contar con objetos (dado que a los objetos puede verlos mentalmente) en lugar de números. No se trata de una idea excesivamente nueva. La introdujo por primera vez Stanislaus von Wennsshein allá por el año 1648. En el año 1730 el doctor Richard Grey, de Inglaterra, modificó el sistema entero, llamándolo de las letras o «equivalentes de

números». La idea era formidable, pero el método en sí resultaba un poco torpe, porque en su sistema empleaba vocales lo mismo que consonantes. Desde 1730 se han introducido muchas modificaciones, pero el sistema continúa siendo básicamente el mismo.

A fin de aprender este método, es preciso que usted aprenda primero un sencillo alfabeto fonético. No hay que asustarse, sólo consta de diez sonidos, y, con mi ayuda, no le costará más de diez minutos aprenderlos. Serán los diez minutos mejor empleados de su vida, puesto que este alfabeto fonético le ayudará en un momento dado a recordar números, o números en conjunción con cualquier otra cosa, con una facilidad tal que jamás la hubiera creído usted posible.

Voy a darle pues un sonido consonante distinto para cada cifra, o sea para el, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0. Estos sonidos debe aprenderlos bien de memoria y retenerlos. Yo le facilitaré la labor dándole un «auxiliar de la memoria» para cada uno de ellos. Léalos detenidamente y con toda atención.

El sonido para la cifra 1 será siempre T, o D. La T tiene un solo palo vertical. D y T son ambas linguo-dentales, y en final de silaba suenan aproximadamente igual.

El sonido para la cifra 2 será siempre N, o la N. La N tiene dos palos. La Ñ también.

El sonido para la cifra 3 será siempre M. La M tiene tres palos.

El sonido para la cifra 4 será siempre C (en su sonido fuerte de ca, co, cu), o K, o Q. La C es la inicial de «cuatro». Piense además en «camino» y «carretera» por donde circulan los «coches». Y aunque existan muchos tipos de coche, por lo común, si nos imaginamos «un coche», así en abstracto, siempre nos lo imaginaremos de cuatro ruedas.

El sonido para la cifra 5 será la L. Como cifra romana la L representa un múltiplo de 5. No emplearemos la V, aunque parezca indicada (por valer, como cifra romana, cinco exactamente), por lo que verá el lector unas líneas más adelante. También representaremos esta cifra (5) con la Ll.

El sonido para la cifra 6 será siempre la S, o la C (en las sílabas ce, ci), o la Z. La S es la letra inicial y final a la vez de la palabra «seis». Además de su parentesco innegable con la S, la C mayúscula, manuscrita, se parece mucho en su grafía a la cifra 6.

El sonido de la cifra 7 será siempre la F. Si escribimos la F en sentido contrario, es decir, con el palo hacia la derecha, resulta un 7 casi perfecto. También representaremos esta cifra con la J. Manuscritas y minúsculas, resulta que la «j» es la mitad de una «f». Y, claro, también la representaremos con la G en los sonidos «ge» y «gi».

El sonido para la cifra 8 será siempre la Ch. No sé si a usted le ocurre lo mismo, pero a mí se me antoja que la Ch condensa por sí sola el significado de la palabra «ocho». Quizá por estar en medio, como única consonante, y tener delante y detrás una sola y la misma vocal. ¿Verdad que cuando oiga el sonido de la Ch pensará en un «ocho»? Bien, también la G, en los sonidos «ga» «gu»,

representarán el 8[*].

El sonido para la cifra 9 siempre será V, o B, o P. La P escrita en sentido inverso, o sea con el palo hacia la derecha, parece un nueve. La V y la B ya sabemos que fonéticamente son una misma letra, emparentada con la P por ser ambas bilabiales. Además, ¿verdad que el parecido entre las palabras «nueve» y «nuevo», y el parentesco (en el significado) entre «nuevo» y «bueno» semejan crear una especie de relación entre el sonido de V (o B), y la cifra 9?

El sonido para la cifra 0 será siempre la R. El cero es redondo, como una «rueda». Uno siente la tentación de hacerlo «rodar» como un «aro». También la RR.

Si usted hace un pequeño esfuerzo por representarse el pequeño auxiliar de la memoria que acabo de darle para cada sonido, deberá recordarlos todos fácilmente. Recuerde, por favor, que lo que importa no son las letras como dibujo, sino sus sonidos. Por eso lo llamo alfabeto fonético. Ha visto ya que cuando he dado más de una letra para la misma cifra, es que los sonidos de las diversas letras dadas son iguales o casi iguales[#]. Uno coloca los órganos fonadores del mismo modo para pronunciar P que B, o que V. En cambio, un mismo dibujo (como en el caso de la C) puede tener dos sonidos distintos. Así el sonido de la C en la palabra «coces» representará en la primera sílaba un 4 y en la segunda un 6. Si en algún caso se nos ocurriera emplear una de las pocas palabras que en español empiezan por dos consonantes, tales como «psicosis», «mnemotécnico», etc., sólo daríamos valor a la consonante que verdaderamente se oye, que es la segunda. (Recordemos que está autorizado incluso escribir dichas palabras prescindiendo de la primera consonante.) Repitamos otra vez que lo que nos interesa es el sonido.

Y ahora repasemos nuestro alfabeto fonético una vez más:

1. T, D
2. N, Ñ
3. M
4. C, K, Q
5. L, Ll
6. S, C (en «ce», «ci»), Z
7. F, J, G (en «ge», «gi»)
8. Ch, G (en «ga», «go», «gu»)
9. V, B, P
0. R, RR

Aparte la vista de esta página y vea si recuerda bien los sonidos, desde 1 hasta 0. Vea si los recuerda también en distinto orden. Ahora ya debería conocerlos todos.

Este sencillo alfabeto fonético tiene una importancia capital, y usted

---

[*] ¿Por qué representar una misma cifra por más de un sonido consonante? Simplemente, para dar más elasticidad al método, interesa que toda palabra que tenga consonantes pueda representar un número y que sea lo más fácil posible sustituir un número por una palabra *(N. del T.)*

[#] Excepto en el caso de la P y la J, y en el de la Ch y la G. Los motivos para asociar estas dos parejas de letras los hemos dado ya en la nota anterior. Podemos decir, además, que como la F y la Ch no son tan frecuentes como otras consonantes, convenía reforzarlas a fin de que no ofrezca mucha dificultad encontrar palabras para los números que tengan la cifra 7 o la cifra 8. *(N. del T.)*

debería practicarlo hasta asimilarlo tan bien como el abecedario. Cuando lo tenga perfectamente en la memoria, el resto del sistema de colgadero será para usted como coser y cantar. Una manera de practicar muy eficaz consiste en lo siguiente: cada vez que vea usted un número, tradúzcalo mentalmente en sonidos. Por ejemplo, usted ve el número de matrícula 3746 en un coche; debería traducirlo inmediatamente por m, f, c, s. Acaso vea usted la cantidad 8529; conviene que sepa traducirla inmediatamente por ch, l, n, v. También puede entrenarse convirtiendo en número cualquier palabra que vea. Por ejemplo, a la palabra «motor» le correspondería el número 310. La palabra «papel» sería el 995 y «carretera», el 4010. En todo caso, al practicar de este modo, si encontramos en algunas palabras las consonantes que no entran a formar parte de nuestro sistema del colgadero (h, x, y), podemos considerar que no están y pasarlas por alto. La «ll» la consideraremos como una sola «l». La «rr» como una sola «r». Tampoco las vocales tienen valor ninguno en este sistema.

Pero antes de seguir adelante complete los siguientes ejercicios. En la primera columna hay que convertir las palabras en números; en la segunda, hay que convertir los números en palabras:

Colombia …………	6.124
batelero …………	8.903
chiquilladas …………	2.394
brazalete …………	1.109
hipnotiza …………	8.374

Ahora ya está usted a punto de aprender algunos de los «colgaderos» que mencioné. De todos modos, le aconsejaría que antes de pasar a ocuparnos de los colgaderos se asegure usted bien de conocer todos los sonidos.

Muy bien, puesto que ahora conocemos un determinado sonido para cada uno de los números dígitos, desde uno a cero, ya ve usted que podemos hacernos una palabra para cualquier número, no importa cuántas cifras tenga éste. Por ejemplo, si quisiéramos construir una palabra para el número 21, podríamos emplear cualquiera de las siguientes: neto, nudo, nota, nata, nido, etc., porque todas tienen por primer sonido consonante a la n (que representa 2) y en segundo lugar a la t o la d (que representan 1). Para el 14 podríamos utilizar; taco, toca, toque, tic, duco, daca, duque, etc., porque todas empiezan con el sonido consonante de t o d, escogido para el 1, y terminan con el de c, escogido para el 4. Insisto en que sólo nos interesan los sonidos consonantes que entran en nuestro sistema.

¿Comprende usted cómo he formado estas palabras? Si es así, puedo seguir adelante y proporcionarle unos cuantos «colgaderos», que serán los primeros de la colección. Cada una de las palabras «colgadero» que le daré ha sido especialmente escogida para que resulte relativamente fácil representársela, lo cual tiene enorme importancia.

Como el número 1 consta de una sola cifra, la cual viene representada por la T o la D, debemos emplear una palabra que no tenga ningún otro sonido consonante. Escogeremos, pues, la palabra «TEA». Véala usted, la tea, encendida, imagínese la tea —o antorcha— con la que se enciende el fuego de los Juegos Olímpicos. Desde ahora en adelante, la palabra tea representará

siempre para usted el número 1. Insisto en la importancia de que usted sepa representarse mentalmente estos objetos. De ahí las imágenes que le he sugerido hace un momento, y las que le sugeriré siempre que lo crea necesario.

La palabra «NOÉ» representará siempre el número 2. Imagínese a un anciano de cabellos y barba blancos, tripulando un arca.

La palabra «AMO» representará siempre el número 3. Píntese en la mente un amo terrible —aunque en la realidad no sea así—, un poco entre señor feudal y negrero, con el látigo en la mano señalando los linderos de sus propiedades.

La palabra «OCA» representará siempre el número 4. Vea usted una oca dirigiéndose contra usted con el cuello estirado, lanzando sus desagradables graznidos. Si quiere representarse la oca en otra actitud, puede hacerlo, pero una vez haya escogido la imagen que sea, emplee siempre la misma. Vea usted lo que me propongo con estas palabras. Todas ellas tienen un solo sonido consonante, que es el que representa la cifra que nos interesa.

La palabra «LEY» representará siempre al número 5. La palabra «ley» en sí misma no puede representarse mentalmente; le sugiero que se represente a un guardia civil, puesto que son los guardias de la ley. O vea mentalmente a un juez con su toga, arrojando airado el libro del Código contra el acusado. Insisto en que una vez escogida la imagen que prefiera, use siempre la misma.

El número 6 será la palabra «OSO». El número 7 será la palabra «FEA». Imagínese a una bruja, vieja, sucia, con una nariz larga y curvada, una boca de oreja a oreja, fea, en fin, fea de verdad. El número 8 será la palabra «HUCHA» (aunque tenga una H primero recordemos que es muda, y nuestro alfabeto para números no es ortográfico, sino fonético). Vea la «hucha» como la parte superior del 8; véala derramándose, de tan llena, por su rendija.

El número 9 será la palabra «AVE». El número 10 tiene dos cifras, el 1 y el 0. Así pues, el «colgadero» para 10 deberá tener dos consonantes, la T y la R. Advirtamos que para representar el 0 emplearemos lo mismo el sonido de R sencilla que el de RR. No hay inconveniente alguno, antes al contrario, en que una misma cifra venga representada por más de una consonante, siempre que se cumplan las dos condiciones indeclinables que anotamos a continuación: 1. Que las consonantes que representan la misma cifra tengan un parentesco fuera de duda. (Admitamos las excepciones de las F-J y la CH-G). 2. Que jamás puedan dar origen a confusiones (como, por ejemplo, si por su parentesco con otra consonante elegida para representar otra cifra pudieran dejarnos en duda sobre cuál cifra representan). Así, la palabra que represente el número 10 será «TORRE». Vea usted mentalmente la «torre» de un castillo de la Edad Media.

Generalmente, costaría un pequeño esfuerzo recordar diez objetos sin ninguna relación entre sí como los que acabamos de elegir. Pero como en este caso la palabra que indica a cada uno de los diez objetos ha de cumplir una determinada condición, la de tener unos determinados sonidos consonantes, y ninguno más, comprobará usted que es fácil recordarlas. En realidad, si las ha leído una vez poniendo toda su atención, es probable que las recuerde ya. ¡Pruébelo!

Al pensar en un número, repítase su sonido primero, y luego trate de recordar la palabra «colgadero» que le corresponde. Haga pruebas siguiendo un orden correlativo, ascendente y descendente, y luego al azar. Conviene que recuerde que el número 3 es «AMO», ¡y ello sin necesidad de repetir «tea»,

«Noé», «amo»! Realice esto hasta que las palabras propuestas queden clavadas de un modo indestructible en su cerebro. Si encuentra un número y teme no recordar el colgadero que le corresponde, piense en el sonido de aquel número y pronuncie palabras que contengan únicamente el sonido consonante que corresponda, empezando por él, o teniendo delante una vocal a lo más. Cuando pronuncie la palabra precisa será como si se disparase un timbre en su mente, y conocerá al momento que ha acertado. Por ejemplo, si no recordase la palabra «colgadero» para el número 1, podría empezar a decir «té, Tuy, tío, tía, tea», y en cuanto dijese «tea» reconocería al instante la palabra que buscaba.

Vea cómo he procedido. He trabajado lentamente para identificarle a usted con cada uno de los diez primeros números. Primero le ayudé a recordar el que llamo «alfabeto fonético», luego esos sonidos le han ayudado a recordar las palabras «colgadero», cuya importancia no es preciso encarecer; y las «palabras colgadero» le ayudarán a recordar todo lo que se relacione con los números; por lo cual es preciso que se asegure de saberlas bien.

1. Tea.
2. Noé.
3. Amo.
4. Oca.
5. Ley.
6. Oso.
7. Fea.
8. Hucha.
9. Ave.
10. Torre.

Ahora, si cree recordar bien las diez primeras palabras colgadero, le enseñaré cómo puede usarlas para recordar objetos en un orden dado, o en distinto orden. Enumeraré diez objetos, en un orden caprichoso y le demostraré que puede recordarlos, ¡después de haberlos leído una sola vez!

9. Bolsa.
6. Cigarrillo.
4. Cenicero.
7. Salero.
3. Lámpara.
5. Máquina de escribir.
2. Televisor.
8. Reloj de pulsera.
1. Estilográfica.
10. Teléfono.

El primer objeto de la lista es el señalado con el número 9 (bolsa). Todo lo que tiene usted que hacer es establecer una asociación estrambótica e ilógica, entre la palabra colgadero para el número 9, que es «ave», y bolsa. Si se ha dado cuenta de la verdadera importancia de «ver» realmente esas asociaciones estrambóticas con los ojos del pensamiento, la cosa no le ofrecerá la menor dificultad. En el caso presente podría verse abriendo una bolsa de la que sale un ave que le da un picotazo en la nariz. Vea el cuadro por un corto momento y luego pase al siguiente.

Número 6 (oso). Cigarrillo. Véase fumando un cigarrillo «a medias» con un oso, es decir, dando una chupada el uno, una chupada el otro al mismo cigarrillo; o vea un oso ofreciéndole muy cortés un enorme cigarrillo.

Número 4 (oca). Cenicero. Vea un tropel de ocas llevando sendos ceniceros en la cabeza, a guisa de sombreros. Quizá podría ver también una oca navegando dentro de un sombrero gigante.

Yo le ofrezco una o más formas de relacionar cada objeto con su palabra colgadero. Usted empleará la que le parezca mejor. O bien una que se le ocurra. La primera representación ilógica que acude al pensamiento suele ser la mejor, porque será la que luego acuda más fácilmente otra vez. Ahora le ayudaré con las diez del presente ensayo, porque es la primera vez que pone en práctica este método: pero en lo sucesivo ha de saber hacerlo sin mi ayuda.

Número 7 (fea). Salero. Imagínese una «fea» bruja que tiene por ojos dos saleros, por nariz un salero, por boca otro salero y que monta, en lugar de escoba, un salero muy alargado. De sus ojos salen como los chorros de luz de los focos de un camión, pero no son chorros de luz sino chorros de sal; y de su boca, al hablar, también sale un chorro de sal.

Número 3 (amo). Lámpara. Podría «ver» a un señor en medio de una brigada de trabajadores, paseándose muy ufano con una lámpara por sombrero. Vea la lámpara oscilando de un lado para otro. (Acción: Regla segunda.)

Número 5 (ley). Máquina de escribir. Podría ver una máquina de escribir monumental, en la que cada tecla se proyecta en forma de pata, conducida por una pareja de la guardia civil. O (si es que para «ley» eligió la imagen del juez arrojando el Código contra el acusado) podría ver la máquina de escribir, en forma similar a la de antes, aguantando los reproches del juez, quien arroja el Código contra ella.

Número 2 (Noé). Televisor. Podría ver a Noé navegando por encima de las aguas en un aparato de televisión en lugar de arca.

Número 8 (hucha). Reloj de pulsera. Usted puede ver una hucha que es al mismo tiempo un enorme reloj de pulsera; o una hucha en la que van cayendo, uno tras otro, relojes de pulsera; o de cuya rendija salen a chorro relojes de pulsera.

Número 1 (tea). Estilográfica. Represéntese a sí mismo empleando una tea encendida como estilográfica, o llevando la estilográfica ardiendo en calidad de antorcha.

Número 10 (torre). Teléfono. Vea una torre hablando por teléfono. La torre tiene el oído en uno de sus torreones; la boca es una ventana. El aparato telefónico será, por tanto, gigante.

Ahora coja un pedazo de papel, escriba en columna del 1 hasta el 10 y trate de anotar los objetos junto a su número correspondiente, sin mirar el libro. Al empezar por el 1 imagínese la palabra colgadero «tea», e inmediatamente se le aparecerá en la imaginación la asociación formada; es decir, se verá escribiendo con una tea encendida, o levantando una estilográfica ardiendo, en vez de una tea. Con ello sabrá que al número 1 le corresponde estilográfica. Al imaginarse la figura de Noé le verá navegando en un aparato de televisión y no en un arca; y así sabrá que al número 2 le corresponde al aparato de televisión.

Así irá recordando todos con gran facilidad. Lo más admirable es que los recordará con la misma sencillez en otro orden cualquiera. Usted mismo ve, naturalmente, que el orden en que se digan importa poco. También puede enumerarlos en orden inverso, o sea, empezando por el objeto número 10 y acabando por el número 1.

Ahora ya debería sorprenderse en extremo de su propia habilidad. Pero ¡espere! ¿Por qué no memorizar veinticinco objetos en lugar de diez solamente?

Al final del presente capítulo encontrará las palabras colgadero para los números del 11 al 25. Haga el favor de aprenderlas del mismo modo que ha aprendido las diez primeras. Cuando las sepa perfectamente, haga este alarde de habilidad entre sus amigos. Pida que uno de ellos escriba en columna los números desde uno a veinte, o a veinticinco, o hasta el número que a usted le parezca bien. Luego dígale que pronuncie uno cualquiera de aquellos números, a capricho, objeto nombrado junto al número que pronunció. Indique que siga haciendo lo mismo hasta que no quede ningún número sin su correspondiente objeto. En seguida enuméreselos desde el primero (o sea, desde el que corresponde al número uno) hasta el último. ¡A continuación ordénele que pronuncie un número y dígale inmediatamente qué objeto le corresponde, o que nombre uno de los objetos y usted le dirá con qué número forma pareja!

No se maraville en exceso de esta última hazaña; no tiene nada de particular. Si yo le preguntase a usted qué número le corresponde a «salero» usted «vería» inmediatamente la imagen de una fea bruja con dos saleros (arrojando sendos chorros cónicos de sal) por los ojos, un salero por nariz, otro por boca y otro muy alargado por escoba. Y como «fea» es la palabra colgadero para el número 7, usted sabría que a «salero» le corresponde el número 7.

¡Verá usted la cara de pasmo que pone su amigo cuando haya terminado el experimento!

Le ruego que no pase al capítulo siguiente sin estar perfectamente seguro de que sabe todas las «palabras colgadero» desde 1 a 25.

11. Teta.
12. Tina.
13. Tomo.
14. Taco.
15. Tela.
16. Tez.
17. Tufo.
18. Techo.
19. Tubo.
20. Nuera.
21. Nido.
22. Niño.
23. Nomo.
24. Eunuco.
25. Nilo.

Recordará usted, sin duda, que «tina» (número 12), es un jarrón grande, de tierra cocida, es decir, lo mismo que «tinaja». En el número 13 no nos confundiremos con el presente del verbo «tomar», sino que interpretaremos la palabra en su acepción de «volumen», «libro». En el número 14 cogeremos la palabra «taco» en su acepción de palo para jugar al billar. En el número 17 daremos a «tufo» el sentido de olor fuerte y desagradable. En el número 22 mejor que representarnos la figura de un niño indeterminado, genérico, pensaremos en un niño concreto, al cual conozcamos bien. En el número 23 hemos de tener presente lo que ya hemos hecho constar anteriormente, es decir, que cuando una palabra empiece por dos consonantes, una de las cuales en realidad no se pronuncia, consideramos que la que no se pronuncia no está. Repitamos que, lo mismo que nuestro «alfabeto» para cifras, nuestras «palabras colgadero» para números son entes meramente fonéticos. Para recordar la palabra representativa del número 24 (eunuco), piense en un esclavo negro. Si relaciona esta imagen con el recuerdo de los cuentos de las *Mil y una noches,* asimilará mejor, sin duda, esa palabra. Para «Nilo», hágase la imagen de un trozo de río con palmeras en la orilla y cocodrilos asomando a la superficie. En resumen, procure forjarse una imagen concreta en cada uno de los casos, no una

imagen genérica. Vea siempre, a ser posible, una «tela» determinada. Piense en una «nuera» concreta. Si conoce una que anduvo a la gresca con su querida suegra, tanto mejor. Tanto mejor para forjarse cuadros mentales, queremos decir.

Tenga presente otra vez que en cuanto haya escogido una imagen concreta para cada una de las palabras colgadero debe emplear siempre e invariablemente la misma.

Si ya sabe a la perfección los colgaderos correspondientes a los números del 1 al 25 (y yo le aconsejaría que no siguiera adelante hasta conocerlos bien), y se siente con ánimo (o aunque no se sienta), ¿por qué no ensayar otra vez la prueba número 2 del capítulo 3? Inténtelo, ¡y luego compare la puntuación con la conseguida anteriormente!

7
EMPLEE EL SISTEMA DEL COLGADERO Y EL DE LA CADENA

PACIENTE NUEVO: Doctor, no sé qué me pasa. Es preciso que me remedie; no consigo recordar nada, nada en absoluto. No tengo memoria. ¡Oigo una cosa en este instante y un instante después la he olvidado ya! Dígame, ¿qué debo hacer?

DOCTOR: ¡Pagar por adelantado!

No sabría reprocharle al médico de la anécdota antes citada que quisiera cobrar sus honorarios por anticipado, y creo que la mayoría de los que olvidamos pagar las facturas que debemos nos olvidamos de esas facturas porque no queremos acordarnos de ellas. Según Austin O'Malley, «El hábito de tener deudas es muy malo para la memoria». Por desgracia, tratándose de deudas, nunca falta quien nos reavive el recuerdo.

Si usted ha comprendido bien la idea que anima los sistemas de la cadena y del colgadero ha levantado ya dos de las tres columnas en que se ha de apoyar su memoria entrenada. La tercera columna la proporciona el sistema de sustituir palabras, o pensamientos, que expondré en capítulos posteriores.

Si así le apetece, por el momento puede usted empezar a poner en práctica lo aprendido hasta aquí. No precisamente para recordar deudas, que sin duda preferirá poder olvidar, sino para memorizar, por ejemplo, las diligencias que tenga que llevar a cabo todos los días. Si usted suele hacerse una lista con las compras que debe efectuar, ¿por qué no intentar memorizar con ayuda del sistema de la cadena? Es muy sencillo, se asocia o une el primer artículo con el segundo, éste con el tercero, etc., hasta terminar la lista. La próxima vez que salga de compras puede usted memorizar una lista completamente distinta, sin que se produzca la menor confusión. Lo bonito del método de la cadena está en que uno puede olvidar una lista siempre que lo desee. En realidad, cuando uno memoriza la segunda lista, la primera queda borrada, si no se hace nada por impedirlo. Puesto que, naturalmente, uno puede recordar cuantas listas o cadenas desee. La mente es una máquina fantástica; puede comparársela a un gran archivo. Si uno ha memorizado una colección de cosas por el sistema de la cadena y quiere retenerlas... puede. Si quiere olvidarlas... puede también. Es, simplemente, una cuestión de deseo. La lista que uno quiere recordar será aquella que tiene intención de utilizar en lo sucesivo; de lo contrario no habría motivo para querer retenerla. Y entonces el mismo empleo de aquella cadena servirá para grabarla más profundamente en la memoria. Si resulta ser una lista que no piensa usted emplear inmediatamente, sino al cabo de algún tiempo, también en este caso puede retenerla. Le convendrá entonces repasarla al día siguiente de haberla memorizado y repetir la maniobra unos días más. Con ello la lista en cuestión queda archivada en la memoria y allí la tendrá pronta a emerger cuando la necesite.

¡Naturalmente, todos comprendemos que a veces es necesario olvidar! Benjamin Disraeli, cuando le preguntaron cómo había conseguido las distinciones de que le había hecho objeto la Monarquía, dijo: «Yo observo una regla de conducta muy sencilla; jamás niego, nunca contradigo, y a veces olvido.» Con todo, esto es una cuestión de diplomacia y no de memoria; y yo sé que usted está leyendo este libro para que le enseñen a recordar, no a olvidar. No se inquiete, pronto le enseñaré cómo puede emplear el sistema de la cadena para recordar discursos, artículos, anécdotas, etc.

La diferencia principal entre el sistema de la cadena y el del colgadero está en que el primero lo empleamos para recordar una serie de cosas en un orden dado; mientras que el del colgadero sirve para recordarlas en un orden cualquiera. Acaso usted opine que, no necesitando recordar nada fuera de un orden determinado, no tiene necesidad del sistema del colgadero. Créame si le digo que debe aprenderlo a la perfección. Le será extremadamente útil para recordar números de teléfono, números de clasificaciones, cantidades largas, direcciones... En fin, el sistema del colgadero le ayudará a recordar todo lo que tenga una relación próxima o lejana con los números. Inciden-talmente, le proporcionará el placer de realizar pasmosas exhibiciones de una memoria extraordinaria ante sus amigos. Además de que me propongo profundizar más, memorizando citas y horas para la semana, el día o el mes, en capítulos sucesivos, voy a mostrarle cómo puede aplicar, ya en este momento, lo que ha aprendido al mentado problema. Puede usted emplear el método de la cadena o el del colgadero o una combinación de los dos.

Vamos a suponer que un día determinado debe usted realizar las siguientes diligencias: tiene que hacer lavar el coche (ahora sabemos que hoy ha de llover); ha de depositar una cantidad en el banco, echar una carta al buzón, consultar a su dentista, recoger el paraguas que olvidó en casa de un amigo (entonces todavía no había leído el capítulo referente a la distracción); ha de comprar cierto perfume para su esposa, telefonear, o hablar personalmente, con un reparador de aparatos de televisión, ir a una ferretería a comprar bombillas y un martillo, un marco, un trozo de hilo eléctrico y un tapetito para el planchador; tiene que comprar en una librería un ejemplar del presente libro para un amigo desmemoriado, hacer reparar su reloj y proveerse de una docena de huevos. (¡Canastos, en verdad que se le presenta un día ocupado!)

Bien, según dije, puede usted emplear el sistema de la cadena o el del colgadero para recordar las cosas que tiene que hacer. Usemos el método de la cadena; sencillamente, asociará usted, estableciendo una relación estrambótica entre ellos, el coche con el banco. Podría verse entrando en el banco con su coche recién adquirido y luego depositando letras de los plazos en vez de dinero. En seguida vea el dentista arrancándole de la boca letras de las mencionadas en lugar de muelas, o utilizando una letra en vez de tenacillas. Para recordar el encargo de recoger el paraguas, represéntese al dentista arreglándole la boca con una mano, mientras con la otra sostiene un paraguas sobre su cabeza... En fin, establezca una asociación estrambótica entre paraguas y perfume; luego entre perfume y aparato de televisión; luego entre aparato de televisión y ferretería; luego entre ferretería y libro; luego entre libro y reloj, y finalmente entre reloj y huevos.

Le he ofrecido ejemplos para los primeros encargos solamente, porque quiero que se acostumbre a poner en juego su propia imaginación para establecer relaciones estrambóticas. Es decir, tiene que hacer lo mismo, en este

caso, que si estuviera «encadenando» una lista de objetos. En realidad es lo mismo. Y cuando llega a la diligencia de hacer reparar el reloj o la de comprar una docena de huevos, no es preciso hacer entrar en el cuadro la reparación misma, ni la cantidad de huevos que debe adquirir. Le bastará formar un cuadro en el que entre el reloj y un huevo. Por ejemplo, usted rompe un huevo y sale de dentro un reloj de pulsera; o bien lleva un huevo en lugar de un reloj de pulsera. Es suficiente ver el objeto determinado para recordar todo el encargo al detalle. Estos colaboradores ponen en juego la memoria normal, o verdadera; la imagen del reloj o de los huevos bastan para ponerla en movimiento; ella se encargará entonces de recordarle lo que debe hacer con el reloj, o de especificarle la cantidad de huevos que debe adquirir. Al entrar en la ferretería tiene usted que comprar cinco cosas. Para recordarlas bien, forme con ellas una «cadena» separada. Podría empezar por representarse una gran bombilla que fuese la propietaria del establecimiento y usted la rompe con un martillo, el cual pone después dentro de un marco y cuelga el marco en la pared; y así sigue hasta llegar al tapete para el planchador.

Una vez que haya encadenado todas las diligencias del día, lo único que debe hacer es realizar una; ésta le recordará la siguiente, ésta la otra, y así hasta el final. Sin embargo, el hecho de haber empleado el método de la cadena no le obliga a realizar los recados en el orden en que los ha encadenado. Esto resultaría un pequeño inconveniente, a menos que hubiese efectuado el encadenamiento teniendo este detalle en cuenta. No, no, puede realizarlos según el orden que mejor le acomode. Cada vez que haya dejado uno listo, puede repasar mentalmente la cadena entera para ver de cuál le conviene ocuparse a continuación, teniendo en cuenta el tiempo y lugar. Cuando crea haber resuelto todo lo que tenía que hacer, repase una vez más la «cadena» y, si había olvidado algo, lo notará inmediatamente.

Por supuesto, puede utilizar el sistema del colgadero con la misma facilidad. Le bastaría asociar el coche con la palabra colgadero para el número 1. Podría imaginarse a sí mismo guiando una tea encendida a guisa de coche. Asocie, pues:

Banco a Noé (núm. 2).
Carta a amo (núm. 3).
Dentista a oca (núm. 4).
Paraguas a ley (núm. 5).
Perfume a oso (núm. 6).
Aparato de televisión a fea (núm. 7).
Ferretería a hucha (núm. 8).
Libro a ave (núm. 9).
Reloj a torre (núm. 10).
Huevos a teta (núm. 11).

Entonces podría emplear el sistema de la cadena para los diferentes objetos que necesita de la ferretería. También aquí podría recurrir al sistema del colgadero, formando una serie nueva de asociaciones; por ejemplo, bombilla a tea, martillo a Noé, etc. No se produciría ninguna confusión entre las dos series de asociaciones, pero resulta más sencillo emplear el sistema de la cadena. Si bien puede empezar por realizar primero el encargo asociado con el número 1, luego el asociado con el número 2 y así sucesivamente, no es forzoso ni mucho menos proceder de este modo. Basta repasar unas cuantas veces las palabras

colgadero (habiendo empezado por donde se nos antojó al realizar las diligencias), y si uno ha olvidado algo, aquello destaca ante los ojos de la mente lo mismo que un águila en la jaula de un canario.

¡Ahí tiene usted el remedio! Se terminó el salirse con excusas ante su mujer porque no se acordó de hacer lavar el coche, o se ha olvidado comprar los huevos. Según ya dije antes, en otro capítulo nos ocuparemos de nuevos medios de recordar citas, para determinar fechas y horas. De momento, con lo que ha aprendido en el presente capítulo le bastará para los recados sencillos. Cada noche, antes de acostarse, haga la lista de lo que debe hacer al día siguiente, memorícela como le expliqué antes, y después, por la mañana, repásela una sola vez para mayor seguridad. Y no se precisa más. Pero antes de dar por terminado el presente capítulo, haga el favor de aprender las palabras colgadero para los números comprendidos entre el 26 y el 50. Ya no sería preciso advertir que, al igual que en los anteriores, seguiremos las normas del alfabeto fonético.

26. Nuez.	32. Mono.	38. Mecha.	44. Coco.
27. Naife.	33. Mamá.	39. Mapa.	45. Cola.
28. Nicho.	34. Meca.	40. Corro.	46. Cazo
29. Nube.	35. Mulo.	41. Codo.	47.Coche.
30. Mar.	36. Mesa.	42. Cuna.	49. Cubo.
31. Mito.	37. Mofa.	43. Cama.	50. Lira.

Aunque ya empieza a dominar usted el sistema, no estará de más puntualizar que, al decir naife (núm. 27), nos referimos a un diamante de superior calidad (una de las acepciones de la palabra), que por cierto vale la pena representar. De Grecia, por ejemplo, ¿por qué no ver, pongamos por caso, a Venus naciendo de la espuma del mar? ¡Que también las cosas bonitas se recuerdan bien, caramba! En «mofa» veremos a un muchacho o muchacha determinados —o a alguna persona mayor— a los que consideraremos muy poco respetuosos, sacando la lengua y haciendo ademanes burlescos para mofarse de nosotros. Por «mecha» yo entiendo siempre la que se emplea para los barrenos —sean con carga de pólvora, dinamita o trilita— y que también se empleaba antes para las bombas de mano, en la guerra. «Corro» (40), niños o niñas jugando al corro.

Ya sabe usted, si el objeto que tuviera que relacionar con el número 26 fuese, por ejemplo, cigarrillo, podría ver un cigarrillo encendido reposando sobre dos cáscaras de nuez, que servirían de cenicero; o bien un señor fumando un cigarrillo que atraviesa una nuez, la cual actúa de boquilla.

Antes de seguir leyendo cerciórese de conocer bien todas las palabras colgadero de los números comprendidos entre uno y cincuenta. Una buena manera de practicar consistiría en recordar una lista de veinticinco objetos, ordenada y desordenadamente, empleando para ello las palabras correspondientes a los números comprendidos entre el 26 y el 50. Después de un día o más, si se siente usted ambicioso, puede ensayar con una lista de cincuenta objetos. Si tiene la precaución de emplear asociaciones estrambóticas e impresionantes, no debería encontrar dificultad alguna en recordarlos todos.

8
CÓMO ENTRENAR LA FACULTAD DE OBSERVACIÓN

VISITE PARÍS EN EN PRIMAVERA x

¿Ha mirado bien la frase del recuadro que encabeza la presente página? Si la ha mirado bien, vuelva a leerla, para estar seguro de lo que dice. Ahora aparte la mirada y repítala. ¡Compruebe otra vez para ver si la ha pronunciado bien! Quizás algunos crean una tontería por mi parte insistir en que se aseguren de una frase tan sencilla como ésta; pero a usted le importa estar completamente seguro de lo que dice.

Y ahora, si ha mirado bien por lo menos tres veces, ¿qué dice? ¿Dice «Visite París en primavera»? Me figuro que la mayoría de ustedes mueven la cabeza afirmativamente. «Sí, claro, eso es lo que dice.» Pues bien, aun a riesgo de resultar cansado, le ruego a usted que vuelva a comprobarlo, ¿quiere hacer el favor?

¿La ha mirado otra vez? Si usted todavía opina que dice: «Visite París en primavera», su facultad de observación no es tan fina como le convendría. ¡Si comprueba una vez más y se toma la molestia de señalar las palabras una por una, se sorprenderá al descubrir que dice: «Visite París *en en* primavera»! ¡Hay en esta frase un «en» sobrante! Si es que se ha fijado en seguida, no se entusiasme en exceso. Sinceramente, yo no sabía si esta treta resultaría tan efectiva impresa en la parte superior de la página de un libro como cuando la empleo yo personalmente. Mire usted, he sometido a esta prueba a centenares de personas, y solamente un par de ellas localizaron rápidamente la palabra sobrante. Pruébelo usted mismo como lo hago yo, imprimiendo la frase, tal como yo la tengo, en una tarjeta de 7 por 12 centímetros o en un trozo de papel del mismo tamaño, poco más o menos. La pequeña «x» puesta debajo de «primavera» está destinada únicamente a desorientar. Tiende a atraer los ojos del lector, y como la frase le parece a éste tan familiar, su mente salta más adelante. Hágase una tarjeta y someta a sus amigos a esta prueba. Conmigo se ha dado el caso de personas que han mirado hasta diez y quince veces, y estaban dispuestas a arriesgar cualquier apuesta, sosteniendo que sabían lo que decía la tarjeta con toda exactitud. Y entonces uno les pide que lean directamente y en voz alta, y continúan diciendo: «¡Visite París en primavera!»

Me extiendo tanto en este pequeño detalle para poner de manifiesto que, en la mayoría de nosotros, la facultad de observar admitiría unas mejoras que la hicieran más fina y penetrante. Aunque, según dije al principio del libro, mi sistema le obligará a usted —si quiere aplicarlo— a observar con detención; la facultad de observar que usted posee quedará muy reforzada con un poco de práctica. Y si tiene usted verdadero interés por aumentar su memoria, no valore

demasiado baja la facultad de observación. Para empezar, usted no puede recordar nada que primero no haya observado. El pedagogo Eustace H. Miles venía a decir poco más o menos lo mismo: «No se puede afirmar con propiedad que uno recuerde lo que no ha comprendido.» Si uno no ha observado, no ha comprendido, y lo que uno no ha comprendido, no puede olvidarlo, puesto que jamás llegó a recordarlo.

Si usted quiere dedicar a ello el tiempo preciso, el reforzar el sentido de observación resulta cosa sencilla. ¡Puede empezar ahora, en seguida! Probablemente está leyendo este libro en casa, en una habitación que le es absolutamente familiar. Coja, pues, un trozo de papel y, sin pasear la vista a su alrededor, anote todo lo que haya en esa habitación. No pase por alto nada de lo que recuerde, y procure describir la habitación entera con todo detalle. Anote hasta el último cenicero, todos los muebles, cuadros, chucherías, etc. Luego pasee la mirada por el cuarto y compruebe el contenido de la lista. Fíjese en todas las cosas que ha dejado de anotar y en las que quizá no se había fijado nunca, aun habiéndolas visto innumerables veces. ¡Obsérvelas ahora! Luego salga de la habitación y repita la prueba. Esta vez la lista le saldrá más larga. Puede repetir la maniobra con otras habitaciones de su casa. Si persevera en este procedimiento, su sentido de observación se agudizará en extremo, encuéntrese usted donde se encuentre.

Estoy seguro de que todos ustedes habrán oído contar el pequeño experimento que realizó un profesor de un colegio con sus estudiantes. Hizo que los estudiantes presenciaran un asesinato, cometido allí ante ellos. En realidad no hubo tal, aquello fue una farsa; pero los estudiantes no lo sabían, y él no se lo dijo. Entonces comunicaron a todos los presentes que tendrían que actuar como testigos, y les pidieron que describieran con detalle lo que habían visto. Por supuesto, todas las descripciones variaron, incluso al detallar el aspecto del asesino. Todos los estudiantes de la clase habían presenciado la misma escena, pero sus facultades de observación y memorización fracasaban.

Este mismo experimento fue puesto en práctica recientemente por un popular artista, Steve Alien, en su espectáculo de la televisión *Esta noche.* Varios elementos de su elenco se presentaron de repente, delante de la cámara y representaron una escena salvaje, brutal. Sonaron unos tiros —de teatro, claro está—, las ropas quedaron desgarradas, etc. Luego, Alien pidió a tres personas del público que subieran y procurasen responder a unas preguntas sobre la escena que acababan de presenciar. Les preguntó cuántos tiros se habían disparado, quién disparó contra quién, el color de los trajes, etc. Todas las contestaciones fueron distintas, y nadie parecía seguro de nada. Y lo más bonito fue que cuando preguntó a Skitch Henderson (que era el que había hecho todos los disparos) cuántos tiros disparó..., el mismo Skitch tampoco estuvo demasiado seguro.

Naturalmente, usted no puede andar por ahí en busca de escenas violentas, pero puede proceder de este modo: piense en un hombre o una mujer a los cuales conozca bien. Procure imaginarse su cara y vea si sabe describirla por escrito. Anote todas las particularidades características de su fisonomía que pueda recordar. Anote el color del cabello y de los ojos, el cutis, si lleva o no gafas, en caso afirmativo, de qué tipo, clase de nariz, orejas, peinado, etc. La próxima vez que vea a la persona en cuestión compruebe la exactitud de la descripción hecha. Fíjese bien en los detalles que hubiera pasado por alto y en aquellos que ha descrito erróneamente. ¡Luego pruebe otra vez! Mejorará usted

con gran rapidez.

Un buen momento para hacer prácticas es cuando se viaja en el metro o en cualquier otro vehículo de transporte público. Mira usted a una persona por un momento, y luego cierra los ojos tratando de reproducir mentalmente todos los rasgos de su cara. Imagínese que debe usted actuar de testigo en un juicio criminal y que su declaración tiene una importancia enorme. Después mire nuevamente a la persona en cuestión (pero no de hito en hito, ni demasiado fijamente: no fuese que se viera en verdad en un juicio criminal) y compruebe sus errores y sus aciertos. Notará cómo se agudiza su facultad de observación cada vez que practica.

Veamos otra manera de hacer prácticas. Fíjese usted en los géneros exhibidos en un escaparate y en cómo los han distribuido y dispuesto. Procure observarlo todo (sin emplear ni el sistema de la cadena ni el del colgadero), y luego haga una lista de todos los objetos que haya visto, sin volver a mirar el escaparate. No es preciso que haga la lista delante del escaparate, atrayendo la atención; puede irse más lejos, hasta su domicilio. Luego vuelva y compruebe su habilidad. Fíjese en las cosas que había olvidado y proceda a otro intento. Cuando le parezca que posee ya bastante destreza, trate de recordar también los precios de los objetos.

Cada vez que realice alguno de los ejercicios indicados, su sentido de la observación se agudizará notablemente. Aunque todo esto no es absolutamente necesario para adquirir una memoria cultivada, al mejorar su facultad de observación, mejorará también su memoria. Y si dedica la pequeña cantidad de tiempo necesaria para estas prácticas, no tardará en poseer el hábito de observar bien de un modo automático.

Pero antes de seguir leyendo, le recomendaría que aprendiese las palabras colgadero desde el 51 al 75. Hasta le recomendaría que, por el momento, emplease las palabras que yo le propongo. Por supuesto, puede buscárselas usted mismo, si le parece mejor; sólo debe tener cuidado en elegirlas de acuerdo con las normas de nuestro alfabeto fonético. Con toda probabilidad, las palabras que usted escogiese le servirán igual que las mías, pero se expone a elegir alguna que después pueda confundirse con las que aprenderá para otros propósitos. Por tanto, le recomiendo que aguarde hasta haber terminado de leer el libro, y entonces, si así le conviene, podrá empezar a cambiar palabras por otras que le gusten más.

51. Loto.	57. Lofio.	63. Sima.	69. Sapo.
52. Luna.	58. Lucha.	64. Saco.	70. Faro.
53. Lima.	59. Lupa.	65. Sol.	71. Foto.
54. Loco.	60. Suero.	66. Seso.	72. Faena.
55. Lulú.	61. Sota.	67. Sofá.	73. Fama.
56. Lazo.	62. Zona.	68. Acecho.	74. Foca
			75. Fiel

Loto (núm. 51): piense en la flor de loto, acuática, sagrada. Lulú (núm. 55): vea un perrito lulú: uno de esos perritos de señora, que de puro feos resultan bonitos. En lazo (núm. 56), yo veo siempre el lazo de los *cow-boys* o el de los criollos que iban a la caza de caballos salvajes. Lofio (núm. 57) es el pez conocido vulgarmente por rape. Basta imaginarse la figura de un pez, aunque no sea exactamente la del rape, pues no hay ningún otro en la lista de palabras

colgadero. Lucha (núm. 58): aquí me represento un momento de un combate de boxeo. Se me antoja que le veo más acción que en la lucha libre —al menos para una imagen mental— y hasta me resulta más vivido que un episodio de lucha guerrera. Suero (núm. 60): represéntese una ampolla de suero fisiológico, o glucosado, de un cuarto de litro o de medio litro, y véala con su cánula mientras el suero desciende pausadamente penetrando en el muslo del enfermo, por ejemplo. Sota (núm. 61): píntese mentalmente una de las sotas de la baraja. Zona (núm. 62): aquí me gusta representarme precisamente en zona tórrida pintada de un rojo vivo, llameante. ¿Le va bien la imagen a usted? Sima (núm. 63): represéntese un abismo, un despeñadero. Acecho (núm. 68): yo tomo esta palabra en el sentido de emboscada. Veo a un individuo parapetado detrás de una gran roca —cualquier escena de una película del Oeste sirve— acechando el paso de alguno. Foto (núm. 71) es, como habrá interpretado usted sin duda, la abreviatura de «fotografía». En el lenguaje corriente todos decimos «foto». Fama (núm. 73): véala en figura de diosa helena con una larga trompeta en los labios.

Las exigencias del alfabeto fonético nos han forzado alguna vez a emplear palabras de uso poco corriente. En ellas deberá poner usted una atención especial, lo mismo para grabárselas en la memoria como para forjarse una imagen del objeto por ellas designado. Insistamos en la necesidad de poseer una imagen del objeto indicado por la palabra. Recuerde que, tanto en el sistema de la cadena como en el del colgadero (especial para números), el secreto está en «ver» el cuadro que pinta la asociación entre dos elementos de la serie, o entre el objeto y la palabra colgadero representante del número de orden del mismo. Mal podría «ver» mentalmente dicho cuadro si no poseyese una imagen del objeto indicado por la palabra colgadero. De modo que si en algún caso no le basta con las indicaciones que damos aquí, consulte un diccionario ilustrado. Pero no permita que por desidia quede incompleta la serie de palabras para los números del 1 al 100. La posesión del método del colgadero le compensará de sobras el tiempo que haya invertido en conocerlo a fondo.

9
ES ÚTIL RECORDAR DISCURSOS, ARTÍCULOS ESCRITOS Y ANÉCDOTAS

El orador, turbado y nervioso, fue presentado después de la comida. Acercose vacilando al micrófono y balbució con voz entrecortada:

—Ami... migos... mi... míos. Cu...cuando llegué aquí esta noche, sólo Dios y yo sabíamos lo que iba a decirles a ustedes. Pero ahora.... ¡ahora sólo lo sabe Dios!

Se me antoja que una de las situaciones más enojosas en que pueda encontrarse una persona es la de verse delante de un auditorio y darse cuenta de pronto de que ha olvidado el discurso que había de hacerles. Y casi tan embarazoso como haber olvidado el discurso resulta el tener que tartamudear todo el rato, sufriendo por recordar el hilo de la exposición y argumentación, buscando las palabras con dificultad, como si uno no estuviera seguro de lo que quiere decir. Y lo cierto, me parece a mí, es que si a una persona le piden que hable sobre un tema determinado, ha de conocer muy bien aquella materia, porque, de otro modo, ¿a qué fin le hubieran pedido que hablase de ella? No, los oradores que balbucean o vacilan durante su discurso lo hacen, diría yo, porque han olvidado la palabra siguiente..., o porque temen olvidarla.

Ahí radica el problema, creo. Si alguno se aprende un discurso, palabra por palabra, y luego olvida una palabra de aquí, otra de allá y otra de acullá, no cabe duda, el discurso no saldrá como tenía que salir. Pero ¿por qué tiene usted que atormentarse buscando una palabra determinada? Si no la recuerda, use otra que llene el mismo cometido. ¿No es mucho mejor esto que perder el tiempo con «hemm» y «humm», mirando al techo o al suelo, hasta encontrar la expresión exacta que aprendió de memoria?

Las personas que se dieron cuenta de este escollo, se dijeron que el mejor remedio consistiría, sencillamente, en leer su discurso. Eso soluciona el problema de olvidar las palabras de tal modo que uno se expone a olvidar el papel que le corresponde en el acto que está teniendo lugar y llega a olvidarse hasta de lo que está hablando. Por otra parte, siempre me parece percibir una vaga sensación de desagrado en los públicos que escuchan a un orador de los que leen el discurso palabra por palabra. A mí siempre se me ocurre la misma idea. Me digo: «Lo mismo sería que ese señor me diera una copia impresa de su discurso, y yo podría leerlo en el momento que me pareciese más apropiado.»

Luego la reacción lógica parece que habría de ser la de no preparar, ni poco ni mucho, el discurso. Pues no, no es demasiado conveniente. Por versado que estuviese usted en el asunto, se expondría a olvidar algunos de los hechos a los cuales le interesaba aludir. Es el caso del padre predicador que iba de un lado a otro haciendo sermones y siempre se quejaba de que los mejores se le ocurrían de regreso a su casa. Entonces le venía a las mientes todo lo que había

olvidado decir a los fieles, y el único que se enteraba de aquellos párrafos selectos era el caballo que solía montar.

Por mi parte, opino que el recurso mejor para pergeñar un buen discurso consiste en anotar uno por uno los pensamientos, no las palabras. Muchos de nuestros mejores oradores lo hacen así. Simplemente, se hacen una lista de cada una de las ideas y de cada uno de los conceptos que quieren exponer y emplean aquella lista en lugar de notas. De esta forma, uno no puede olvidar las palabras, puesto que no ha memorizado ninguna. Es difícil, por otra parte, que pierda el hilo del discurso: una sola mirada al papel le indicará cuál es el concepto o la idea que debe plasmar en palabras a continuación.

Con todo, aquellos de ustedes que no quieran confiarse a unos pedazos de papel, pueden servirse del sistema de la cadena. Si quieren memorizar su discurso concepto por concepto, desde el principio hasta el fin, habrán de formar una sucesión. Por ello es por lo que se valdrán del método de la cadena para memorizarlo.

Yo le recomendaría a usted el procedimiento del modo siguiente: escribir primero todo el discurso completo, leerlo y retocarlo hasta quedar satisfecho. Luego leerlo una o dos veces más para asimilar bien la «médula» del mismo. Por último, coger un trozo de papel y hacer una lista de sus PALABRAS CLAVE.

Veamos. Lea usted el primer concepto o pensamiento del discurso. Acaso esté contenido en uno, dos o más párrafos. Ello no presenta ninguna dificultad. En todo párrafo o frase ha de haber una o más palabras que le recordarán el pensamiento completo. Esa palabra o frase es lo que he llamado PALABRA CLAVE.

Luego que ha encontrado usted una palabra clave para el primer concepto, o pensamiento, busque otra para el segundo, y así sucesivamente. Cuando haya terminado, tendrá una lista de claves que le recordarán todo lo que quiere decir. En realidad bastaría para su propósito tener ante sí la mencionada lista mientras pronunciase el discurso. Pero si usted domina ya el método de la cadena sabe que es más sencillo encadenar —asociar— una con otra las «palabras clave» y luego arrojar el papel.

Supongamos que diese usted una conferencia en una reunión de padres y maestros sobre los problemas de las escuelas de la localidad. Su lista de «palabras clave» podría ser algo así: aglomeraciones, maestros, fuego, mobiliario, asignaturas, patio de recreo, etc. En otras palabras, usted quiere empezar haciendo referencia a que las aulas están demasiado llenas, los alumnos se aglomeran en ellas. Luego piensa referirse a los maestros, quizás en materia de métodos y salarios, etc. Luego ha de expresar lo que opina sobre el riesgo de incendios y las precauciones contra el fuego, lo cual llevará a exponer el estado del mobiliario de la escuela: pupitres, sillas, pizarras, material docente, etc. Después quiere expresar sus opiniones sobre las asignaturas enseñadas y, finalmente, tiene intención de referirse a las condiciones del patio de juego de la escuela.

Ciertamente, usted ve muy bien que si forma un encadenamiento, si asocia aglomeración a maestro, maestro a fuego, fuego a mobiliario, etc., cada pensamiento le llevará de la mano al siguiente, hasta llegar al final del discurso.

Como palabra clave para algunos pensamientos o conceptos, quizá tenga que emplear dos o tres al principio. Anote todas las que juzgue necesarias para

recordar el discurso entero. A medida que vaya poniendo en práctica este método, las palabras clave necesarias serán cada vez menos. Además —detalle muy importante—, la confianza que le dará el saber que recuerda y recordará perfectamente el discurso dejará sentir su favorable efecto en el momento en que lo pronuncie. Tenga muy presente que usted deberá preocuparse de los pensamientos, nada más, ¡las palabras acudirán por sí solas!

Si, por algún motivo, desea usted memorizar el discurso entero, palabra por palabra, emplee el mismo método. Simplemente, tendrá que dedicarle más tiempo, repasarlo más veces. Y recuerde que todos estos sistemas actúan como auxiliares de su memoria normal, o verdadera. «Si recuerda lo principal, los detalles acudirán por sí mismos.» La verdad es que usted jamás olvida nada que haya recordado alguna vez, lo que necesita, en ocasiones, es algo que estimule el recuerdo; el sistema expuesto en este libro es ese algo. Por lo tanto, si recuerda los pensamientos fundamentales del discurso, los pensamientos complementarios (los «si», los «y» y los «pero») se colocarán en su sitio por propia inercia.

Idéntico procedimiento sirve para recordar cualquier artículo que haya leído, si desea tenerlo en la memoria. Primero vuelva a leerlo, por supuesto, para empaparse bien de su «sustancia». Luego escoja las palabras clave para cada pensamiento. Por último, las «encadena» cada una con la siguiente, y ya está. Con un poquitín de práctica llegará a ser capaz de realizar toda esta maniobra mientras lee.

Muchas veces, leyendo por distraerme, topo con algo que me interesa recordar. Sencillamente, sin dejar de leer, establezco una asociación consciente con aquella materia. Si lo practica, este proceder le pondrá en condiciones de leer mucho más de prisa. Me figuro que muchas personas leen con exagerada lentitud porque cuando han llegado al tercer párrafo han olvidado ya lo que decía el primero, y tienen que volver atrás.

No hay necesidad de asociarlo todo; sólo los puntos que usted crea necesario recordar. Usando mis sistemas quizá se coloque usted en la primera de las dos clases de lectores que establecía el educador americano William Lyon Phelps, quien dijo una vez: «Yo divido a todos los lectores en dos clases: aquellos que leen para recordar y aquellos que leen para olvidar.»

El método de encadenar «palabras clave» puede emplearse también para recordar poesías y documentos. Naturalmente, en este caso es necesario, por lo general, memorizarlos palabra por palabra. Uno tiene que repasarlos más a menudo, pero el sistema de las «palabras clave» le facilita muchísimo el trabajo. Y si usted encuentra dificultad en recordar cuándo debe entrar en escena, al representar una función, ¿por qué no asociar la última palabra que pronuncia el otro actor con la primera que le corresponde a usted? Incluso en el caso de que no tenga que decir nada sino realizar una acción, puede asociar la palabra anterior con la acción. Si la palabra anterior fuese, por ejemplo, «andar», y la obra le ordena a usted inclinarse a recoger una colilla de cigarro, podría usted verse andando e inclinándose a recoger colillas de cigarro. De esta forma jamás confundiría lo que tenga que decir o hacer con lo que corresponda a otro actor.

Antes de pasar a otra cosa, quiero mencionar otro empleo del procedimiento de las «palabras clave». ¿Cuántas veces ha querido usted contarle a un amigo una broma, un chiste o una anécdota que había oído hacía poco sólo para encontrarse con que los había olvidado casi por completo? Uno es capaz de

oír hoy una serie completa de historietas verdaderamente divertidas y ver mañana que todas, o casi todas, se le han ido de la cabeza. Es lo que decía Irvin S. Cobb: «Un buen narrador es una persona que posee una buena memoria y confía en que los demás no la poseen.

Su memoria, para cuentos, chistes y anécdotas mejorará en seguida si usa el sistema de las «palabras clave». Coja simplemente una palabra de la anécdota —suele resultar mejor tomarla del párrafo que encierra lo grave del caso— y ella le traerá a la mente la anécdota entera. Una vez escogidas las «palabras clave», puede emplearse el método de la cadena para recordar las historietas una a continuación de otra, o utilizar el sistema del colgadero para recordarlas según su número correspondiente.

Quizás haya oído contar la ocurrencia que ha estado en boga últimamente acerca del platillo volante que aterrizó en Estados Unidos. Dicen que salió de él una criatura de otro planeta, se quitó el polvo con uno de sus seis brazos, miró en su derredor con el enorme ojo que tenía en el centro de la cabeza y enderezó bien su antena, a la caza de cualquier sonido que le llegase.



Después de explorar un rato, se acercó por fin a una estación de servicio de la carretera, se plantó ante un surtidor de gasolina, saludó y ordenó: «¡Lléveme a presencia de su presidente!»

Bien, si no sabía usted esta historia y quisiera recordarla junto con otras diez o doce, podría emplear como palabra clave platillo volante, o criatura de otro planeta, o surtidor de gasolina.

Cualquiera de ellas traería sin duda la historieta completa a su mente, si es que cumple la condición de haberle gustado.

Además de que me figuro que muchos de ustedes sabrán encontrarle una aplicación práctica, uno de los alardes de memoria con que suelo distraer y sorprender al público, consiste en «la prueba de la revista». Es una habilidad que levanta siempre una oleada de comentarios, porque parece el alarde de memoria más pasmoso. En realidad, es fácil y sencillo.

He aquí el procedimiento. Entrego al público varios ejemplares de una revista. (Utilizo frecuentemente el *Templo Magazine,* publicado por Enterprise Magazine Management, Inc.) Luego pido que quien lo desee nombre el número de una página, y yo contesto inmediatamente repitiendo los titulares de la página en cuestión.

Se trata sencillamente de otro empleo del sistema del colgadero. En algunos casos utilizo el sistema de la cadena en combinación con el del colgadero, como voy a explicar dentro de un momento. Para memorizar las páginas de una revista ilustrada todo lo que hay que hacer es asociar la palabra colgadero del número correspondiente con los titulares de aquella página.

Por ejemplo: si la página 1 trae la fotografía de un aeroplano, uno establece una asociación estrambótica entre «tea» (1) y aeroplano.

La página 2 acaso traiga el anuncio de una crema para el calzado. Asociaremos «Noé» con la crema para el calzado.

La página 3 tiene la fotografía de un caballo. Asociaremos «amo» con caballo.

La página 4 quizá represente una escena de circo. Asociaremos «oca» con circo.

La página 5 es el anuncio de unos aparatos de televisión. Asociaremos «ley» a televisión.

La página 6 publica críticas de libros. Asociaremos «oso» a libro.

He ahí el secreto. Si usted repasa la revista y las asociaciones establecidas dos o tres veces, conocerá los titulares de todas las páginas. Si una página tiene más de un grabado, utilice el método de la cadena para recordarlos. Supongamos que la página 14 es una página de modas y que trae una ilustración de un sombrero, otra de guantes y otra de un vestido.

Primero asociaremos «taco» (14) con la primera imagen, o sea, el sombrero. Luego asociaremos sombrero a guantes, y guantes a vestido. Cuando le nombren la página 14, la palabra colgadero correspondiente le hará recordar «sombrero», éste le dirá que la otra ilustración tiene unos guantes, y los guantes le traerán a la memoria el vestido.

Si me ha visto actuar en público alguna vez, sabe que yo les digo además a mis oyentes en qué parte de la página está la ilustración: si en la parte superior o en la inferior, o en el centro, a la derecha o a la izquierda. También usted podrá hacerlo, y sin ningún esfuerzo.

Como le he repetido varias veces, quien hace de verdad el trabajo es la memoria normal, o verdadera; estos sistemas son simples auxiliares que la ayudan y le hacen la tarea más fácil. A medida que vaya empleando mis sistemas comprobará usted que su memoria normal se refuerza cada vez más. El mejor ejemplo de ello lo ofrece precisamente el memorizar una revista. Para efectuar las asociaciones, lo primero que deberá usted hacer, indudablemente, será ver y observar la ilustración de la página. Con ello, cuando le nombren el número correspondiente, la palabra colgadero de dicho número actúa como un colaborador que le ayuda a reproducir en su mente la imagen de la página nombrada. Entonces, usted sabrá qué posición ocupa la ilustración. Pruébelo y verá que es cierto.

Lo que no sabrá recordar todavía son los nombres de las personas que aparecen en las ilustraciones. Este problema quedará resuelto cuando haya leído los capítulos sobre la manera de recordar nombres y caras, y cómo sustituir palabras o pensamientos.

Y antes de seguir leyendo aprenda las palabras colgadero que nos faltan para llegar hasta el centenar.

76. Fosa.	82. Chino.	88. Chacha.	94. Vaca.
77. Fofo.	83. Chama.	89. Chapa.	95. Bala.
78. Ficha.	84. Cheque.	90. Burra.	96. Buzo.

79. Fobia.	85. Chal.	91. Pito.	97. Belfo.
80. Chorro.	86. Choza.	92. Pino.	98. Bache.
81. Choto.	87. Chufa.	93. Puma.	99. Pipa
			100. Torero.

Fofo *(77)* es, en realidad, un adjetivo. Será preciso representarnos una cosa que posea en alto grado esta calidad. ¿Le parece bien el algodón en rama? Huyendo de las imágenes demasiado lógicas, figurémonos un cañón de artillería hecho de algodón en rama. El oficial que lo tiene a su cargo se queja de que no dispara bien porque es demasiado fofo. Fobia (79) es un sufijo que se usa mucho actualmente como sustantivo con el significado de aversión, repulsión o mama hacia o contra algo. Por chorro (80) me represento siempre un gran chorro de agua saliendo del tubo de una bomba muy potente. Choto (81) es un ternerillo pequeño. Chama (83) es un trueque de objetos de poco valor. Acaso tuviera usted más presente la palabra derivada chamarilero. Represéntese dos payasos de circo trocando entre sí un par de zapatos muy destrozados por una jaulita que guarda aprisionadas muchas moscas. Chacha (88) es la abreviación de muchacha, que se usa bastante, casi siempre como sinónimo de sirvienta. Para chapa (89) represéntese usted la chapa brillante de alguno de los guardias municipales, policías o guardias jurados que las usen. Puma (93), recordará usted, sin duda, es una fiera de América a la que se ha llamado león americano. Belfo (97) es el labio de algunos animales, por ejemplo, el caballo. Bache (98) de carretera, claro está. No importa que se lo represente de una profundidad exagerada.

Después de haber aprendido bien estos últimos colgaderos, debería usted estar en condiciones de contar de uno a cien rápidamente, diciendo únicamente las palabras colgadero en lugar de los números. La ventaja de este método consiste en que no tiene que dedicar un tiempo especial a practicarlo. Mientras va o viene de su trabajo, o siempre que realice alguna tarea que no exige la atención de su mente, puede repasar las palabras colgadero. Si lo hace así repetidas veces durante unos días —cuantos más días mejor—, pronto se familiarizará tanto con esas palabras como con los números que representan.

10
ES ÚTIL RECORDAR LOS NAIPES DE LA BARAJA

—Sí, mi abuelo era jugador profesional, pero murió pronto, muy pronto.

—Caramba, eso es terrible. ¿Cómo fue?

—¡Murió de cinco ases!

Como yo quiero que usted continúe disfrutando de buena salud, las habilidades de la memoria que contiene la presente lección las realizaremos con una baraja de las corrientes, con cuatro —y no cinco— ases. Aunque este capítulo lo dedico íntegramente a recordar naipes, hago hincapié en las demostraciones que puede usted llevar a cabo sirviéndose de una baraja y su memoria entrenada. Los sistemas expuestos pueden aplicarse a muchos juegos de naipes. ¡Pero, por favor, no se figure que en cuanto los domine podrá ganar en todos los juegos! No olvide que siempre topará con personas que conocen tan a fondo un juego determinado que le será imposible ganarles. A su propia discreción dejo el aplicar para lo que le parezca mejor los sistemas aquí expuestos; yo los utilizo únicamente para demostraciones, o sea, para hacer gala de una excelente memoria y distraer al público.

El difunto Damon Runyon, en uno de sus relatos, decía lo siguiente: «Mira, hijo, lo que me advirtió un anciano: "Por muy lejos que lleguen tus hijos, y por listo que te vuelvas, ten bien presente que cualquier día, en cualquier parte, se te presentará un individuo enseñándote una baraja nueva, flamante, con el sello de la envoltura intacto. Y aquel individuo te apostará lo que quieras a que, cuando él diga, la sota de espadas saltará fuera de la baraja y te rociará la oreja de sidra. No apuestes, hijo, no apuestes, porque apenas hayas apostado, te encontrarás con la oreja llena de sidra."»

Los alardes de memoria que usted hará con los naipes después de estudiar estos métodos les parecerán a sus amigos poco menos que asombrosos. Por lo demás, son unos ejercicios magníficos para el cultivo de la memoria. Yo le recomendaría que leyese y aprendiese el contenido del presente capítulo tanto si es aficionado a jugar a los naipes como si no.

Por supuesto, es difícil representarse mentalmente los naipes, como también lo era representarse los números antes de haber empezado a leer este libro. Para que usted pueda recordarlos bien, le enseñaré la manera de hacer que signifiquen algo, algo que usted pueda representarse mentalmente. Hace unos años leí en una revista popular un artículo sobre un profesor que trataba de realizar un experimento. El profesor quería enseñar a la gente a memorizar el orden de una baraja revuelta. El artículo afirmaba que había conseguido su meta. Después de seis meses de preparación, sus alumnos eran capaces de fijarse durante unos veinte minutos o más en una baraja y luego ir nombrando los naipes en el mismo orden en que se encontraban en ella. No sé qué sistema empleaba, pero sé que, quizás entre otros artificios, tenía el de ver mentalmente

los naipes formando una baraja perfectamente ordenada. Yo no censuro el sistema en cuestión; únicamente le advierto a usted que no le costará más de uno o dos días aprender el mío. Y cuando lo domine no necesitará veinte minutos para memorizar una baraja entera. ¡Al principio necesitará unos diez minutos, y con tiempo y práctica llegarán a bastarle cinco minutos!

En realidad, son dos las cosas que debe saber, a fin de recordar naipes. En primer lugar, una lista de cincuenta y dos palabras, cuando menos, que le sirvan de colgadero para cada uno de los números del 1 al 52; y estas palabras ya las sabe. Ha de saber, además, una palabra colgadero para cada uno de los naipes de la baraja. Estas palabras colgadero no las hemos escogido al azar. Lo mismo que con las que representan los números, hemos buscado, en lo posible, palabras que resultasen fáciles de ver mentalmente, y hemos hecho de modo que sigan un sistema definido. Aquí lo tiene, en poco espacio.*

Sin ninguna excepción, la palabra asignada a cada uno de los naipes empezará con la inicial del palo correspondiente. Por ejemplo: todas las palabras para el palo de Espadas empezarán con la letra E; todas las asignadas al palo de Diamantes empezarán con la D; las de Palos, con la P, y las de Corazones con la C. El último sonido consonante de cada una de las palabras representará el valor numérico del naipe, de acuerdo con nuestro alfabeto fonético.

Ya ve, pues, que la palabra que usted emplee ha de designar un naipe concreto y determinado. La primera letra le dará el palo; la última el número. Pongamos algunos ejemplos: la palabra colgadero para el dos de Palos ha de empezar con la letra P y ha de terminar con la letra N, que es el sonido que representa al número 2. Son varias las palabras que cumplirían esta condición: pan, pilón, piñón, peñón, etc. Yo he escogido la palabra «pan». ¡Pan representará siempre el dos de Palos!

¿A qué carta representaría la palabra «cofia»? No puede representar más que a una. Esta palabra empieza con la C, que representa al palo de Corazones, y tiene como último sonido consonante la F, único sonido consonante de FEA (núm. 7). Por lo tanto, representa al siete de Corazones. ¿No sabría elegir una palabra para el seis de Diamantes? Mire, ha de empezar por D y ha de tener como último sonido consonante la S (o la C, en su sonido débil, o la Z). Emplearemos la palabra «dulce» para designar al seis de Diamantes.

A continuación les doy las cincuenta y dos palabras colgadero para los naipes. Mírelas con atención, y yo le aseguro que podrá saberlas y recordarlas nada más que con veinte minutos o media hora de estudio. Léalas de cabo a rabo una vez; luego fíjese en las explicaciones acerca de las excepciones, y acerca de cómo pintarse en la mente algunas de ellas. Hacia el final del presente capítulo le indicaré un método que le permitirá aprender bien estas palabras.

PALOS	CORAZONES
A de P — pata	A de C — cota
2P — pan	2C — cono

---

* Al dar nombres a los palos de la baraja, traducimos los de la baraja inglesa, que son los que trae el original y que resultan ser los que mejor se adaptan a la baraja española. Para pasar a la baraja francesa, podríamos adoptar el convenio de que los cuatro palos, carreaux, coeurs, piques, tréfles, equivalen, respectivamente, a: oros (diamantes), copas (corazones), espadas y bastos (palos). *(N. del T.)*

3P — poma	3C — clima
4P — pico	4C — cucú
5P — pollo	5C — cala
6P — pozo	6C — queso
7P — piltrafa	7C — cofia
8P — Pinocho	8C — cosecha
9P — pavo	9C — cuba
10P — perro	10C — carro
SP — palo	SC — corazón
RP — patata	RC — cadete
RP — platino	RC — cadena

ESPADAS	DIAMANTES
A de E — espita	A de D — dedo
2E — espina	2D — duna
3E — espuma	3D — dama
4E — estoque	4D — dique
5E — estilo	5D — dalia
6E — esposa	6D — dulce
7E — esquife	7D — desafío
8E — estuche	8D — ducha
9E — estepa	9D — divo
10E — estera	10D — dinero
SE — espada	SD — diamante
RE — embutido	RD — dentada
RE — Edén	RD — destino

Aunque la mayoría de lectores habrán visto por sí mismos el criterio seguido al escoger las cincuenta y dos palabras colgadero no estará de más —y con ello los ayudaremos a mejorar la facultad de observar— que procedamos a ciertas explicaciones. Empecemos por aclarar que en la versión original, el autor, Harry Lorayne, emplea únicamente monosílabos, terminados en la consonante correspondiente. Eso es posible en inglés, idioma de palabras fonéticamente cortas. En español no lo sería. Por lo tanto, en esta adaptación española usamos palabras bisílabas y hasta trisílabas. El resultado práctico es el mismo. Y los convenios para recordar el valor de la palabra son sencillísimos. Desde los ases hasta los nueves, en cada palabra las dos letras que hay que tomar en consideración son: la inicial de la palabra, que es la misma del palo correspondiente de la baraja, y la última consonante, que, de acuerdo con las normas del alfabeto fonético que ya conocemos, nos dice el número del naipe. En los cuatro naipes que llevan el número 10, en lugar de indicar todo el número 10, indicamos el 0; es decir, empleamos palabras cuya última consonante sea la R. El lector comprenderá que no es posible confundirse, puesto que no existe ningún naipe que lleve el número 0, ni tampoco el 20, o el 30, etc. Así pues, en cuanto veamos, digamos o pensemos una de estas palabras colgadero para naipes y notemos que su última consonante es una R, sabremos que corresponde a un número 10. En las sotas empleamos el mismo nombre de cada uno de los palos. No dudamos de que también se habrá fijado usted en que las dos últimas abreviaciones de la primera columna son idénticas: RP y RP. También son

idénticas las dos últimas abreviaciones de las otras columnas. Tampoco dudamos de que habrá comprendido usted en seguida que la primera RP quiere decir Reina de Palos, y la segunda RP significa Rey de Palos. Lo mismo ocurre en las otras tres columnas.

Lo que quizá no haya observado es que en el caso de las reinas y los reyes, contrariamente a lo que hemos establecido para los demás naipes, son tres letras de cada palabra que tomamos en consideración. Tales letras son: la inicial de la palabra, que, como siempre, nos indica el palo, y las dos consonantes, que en los cuatro casos, para las reinas, son dos T, o una T y una D. (El valor de la T y el de la D son idénticos en el alfabeto fonético que empleamos, como recordará usted.) Según este alfabeto fonético recién citado, las dos consonantes nos darían el número 11. Para los reyes, las dos consonantes de cada palabra —aparte de la letra inicial— son la T o la D y la N. Es decir, las que nos dan el número 12. Damos, pues, a la reina el número 11, y al rey el número 12.

Lo hacemos así porque de este modo aprovechamos las mismas palabras anteriores de la baraja del póquer para nuestra baraja española, más empleada, seguramente, que la otra en nuestro país. El palo de palos o bastos y el de espadas existen igual en una clase de barajas que en la otra; el palo de corazones de la baraja del póquer diremos que es el de copas de la nuestra. Las dos primeras letras son las mismas, y podemos considerar que el corazón es un recipiente para un líquido, como lo es también una copa. De este modo, naturalmente, el palo que corresponda al de diamantes será el de oros. Es fácil aceptar que existe una analogía intrínseca entre «diamante» (una joya) y «oro» (un metal precioso). Tres o cuatro ensayos han de bastarle a usted para familiarizarse con estos convenios. Creemos que es mejor proceder así que combinar otra serie de palabras colgadero para la baraja española. Por lo demás, ya sólo falta eliminar un naipe (y, por consiguiente, una palabra colgadero) para cada palo. Puede escoger usted entre eliminar en cada palo la palabra colgadero correspondiente al naipe número 10, o la que damos para la sota, puesto que en nuestra baraja, el número 10 y la sota son la misma cosa. A la reina la identificamos con nuestro caballo. He ahí por qué a las reinas les hemos dado palabras que nos recordasen el número 11.

Ahora debe usted proceder con las palabras para los naipes lo mismo que procedió para los colgaderos de los números. Elija una representación mental clara y concreta para cada palabra y use siempre la misma. Al pensar en «pata» ha de ver la de un caballo, etc. Repasemos juntos aquellas palabras en las que creo conveniente ayudarle a formarse una imagen mental de las mismas. Sin que ello obste para que usted prefiera otra, con tal que, una vez elegida, se la represente siempre al referirse al naipe en cuestión. «Poma» es sinónimo de manzana. Eva le dio a Adán una manzana o, si se prefiere, una poma. En «pico» yo veo siempre un gran pico de loro. Me parece que así reúno dos acepciones, la verdadera y la figurada (como en «tener mucho pico»), de la palabra. En «piltrafa» veo siempre un pordiosero andrajoso, barbudo, desgreñado, de cuerpo flaco; una piltrafa humana, en fin. A «Pinocho», el muñeco de madera, lo recuerda usted muy bien, sin duda alguna. En «platino» veo un pendiente de dicho metal. En «cota» me represento en realidad toda la armadura de un caballero de la Edad Media. En «clima» veo caer la lluvia. En «cucú» me represento un reloj de pared en el momento en que sale el cuclillo y deja oír su canto. En «cala» veo el trocito de mar de una cala con la blanca vela de una barca sobre el azul del agua. En «cosecha» yo veo un campo de trigo,

meciéndose dulcemente al soplo del viento, cerca de la época de la siega. Pero si usted está más familiarizado con otros frutos de la tierra quizá le convenga mejor escoger aquel del cual retenga una imagen mental más viva. En «cuba» veo una cuba de las del vino. En «cadete», un alumno de una Academia Militar. En «espina», un trocito de tallo de rosal con un par de espinas grandes y afiladas. En «estilo» veo el punzón o estilo que utilizaban los antiguos para escribir sobre las tablillas enceradas. «Esposa» lo identifico con novia, es decir, veo a la «esposa» al pie del altar con su vestido blanco, su velo y su ramo de azahar. «Esquife» es, claro está, la pequeña y ligera embarcación que lleva este nombre. En «embutido» me represento una morcilla. Yo creo que todos tenemos pintado en la imaginación el cuadro de un Edén o Paraíso, con la serpiente y el ángel... En «duna» me represento un trozo de desierto con estos montones de arena en forma de media luna que se llaman dunas; pero hay una muy grande en medio, muy grande. En «dama» veo una dama del siglo pasado, con un gran sombrero adornado de plumas, la cintura de avispa y la falda, de cola, abombada por el polisón. En «dulce» veo un bombón. En «desafío», dos espadachines de los tiempos de capa y espada batiéndose en duelo. En «ducha», una ducha manando. En «divo», un cantante con la boca muy abierta, dando el do de pecho. En «dinero» una moneda de oro. En «dentada» veo una rueda dentada como las que suelen dibujar para representar la actividad industrial. En «destino», la guadaña de la Muerte, con la palabra «destino» escrita a todo lo largo de la hoja.

Una aclaración solamente. Si bien usted puede escoger otras imágenes mentales que no sean las indicadas aquí, procure que ninguna de ellas se parezca demasiado a ninguna de las elegidas para las palabras colgadero de los 52 primeros números. Y mejor que no se parezca tampoco a las elegidas para los otros números. Así se ahorrará posibles confusiones. Ahora tiene usted todo lo que necesita para memorizar una baraja entera. Dado que cada naipe está representado por un objeto, simplemente, ¡emplee el sistema del colgadero como si memorizase una lista de cincuenta y dos objetos! No se precisa más. Si la primera carta es el cinco de espadas, podría usted ver una tea encendida (núm. 1) y en medio de sus llamas un estilo escribiendo sobre una tablilla cuya cera cae derretida. Si el segundo naipe es el ocho de diamantes, podría ver a Noé en la proa de su barca duchándose con una regadera. Si el tercer naipe es el dos de espadas, podría ver a un señor (el «amo», 3), arrancándose del pie una gran espina de rosal. Cuarto naipe: reina de diamantes. Vea una rueda dentada aplastando a una «oca». Quinto naipe: tres de palos. Vea un puma devorando a un guardia civil (si eligió la imagen del guardia civil como representante de la palabra «ley»). Etcétera.

Cuando exhiba sus habilidades delante de sus amigos, tenga la palabra colgadero para el número 1 presente en el pensamiento antes de que empiecen a nombrar los naipes. En cuanto oiga el nombre del primer naipe, asocie la palabra que le corresponda con «tea». A continuación rememore inmediatamente la palabra colgadero para el número dos, y así sucesivamente. Cuando haya memorizado toda la baraja de este modo, ¡podrá repetir los naipes uno por uno, desde el primero al último! Luego podrá indicarle a su amigo que diga un número cualquiera (inferior al número de naipes, claro está), y usted le dirá cuál es el naipe que tiene aquel número de orden en la baraja; o que nombre un naipe, y usted le dirá qué número de orden tiene.

Por supuesto, no es preciso que memorice toda la baraja entera para

impresionar a sus amigos. Si quiere realizar una demostración más rápida puede memorizar la mitad, porque es igualmente imposible para cualquiera que no tenga la memoria entrenada recordar veintiséis naipes (o veinticuatro, si se trata de la baraja española).

Y si usted desea llevar a cabo una demostración rápida, la que sigue es la más rápida, la más impresionante y, con todo, ¡la más fácil de todas! Se le llama la treta del «naipe perdido». Usted le dice a uno que quite cinco o seis naipes, por ejemplo, de una baraja completa y se los ponga en el bolsillo. Luego le pide que le nombre los que queden, y puede permitirle que lo haga a una velocidad regular. ¡Cuando él haya terminado, usted le nombrará los cinco o seis que faltan!

Le he dicho que esto es fácil, y lo es, efectivamente. He ahí el recurso a emplear. En cuanto hayan nombrado un naipe vea en su imaginación el objeto que lo representa y en seguida ¡mutile ese objeto de algún modo! ¡No hace falta nada más! Déjeme que se lo explique al detalle. Supongamos que nombran el cuatro de corazones... Vea usted el cuclillo saliendo de la caja del reloj para lanzar su «cu-cú»... Pero el reloj está destrozado, y el cuclillo decapitado. Si ahora nombran el cinco de diamantes, vea una dalia sin la mitad de los pétalos, o sea, vea solamente la mitad de la flor. Si oye que nombran luego el rey de diamantes vea la guadaña con la hoja partida por la mitad. Esto es todo lo que usted tiene que hacer. No se entretenga en estas asociaciones; vea el cuadro por una corta fracción de segundo y ya estará dispuesto para el naipe siguiente.

Esto puede hacerse rápidamente porque, por así decirlo, uno corta una calistenia mental. No hay que utilizar para nada, en este caso, las palabras colgadero para los números. Claro, la velocidad con que puedan nombrarle las cartas depende simplemente de la práctica adquirida por usted. Yo le aseguro que al cabo de algún tiempo ¡verá usted el cuadro en su mente antes de que su amigo haya terminado de pronunciar el nombre del naipe!

Luego, en cuanto le hayan nombrado todas las cartas, repase mentalmente los nombres de todas las de la baraja. La mejor manera de repasarlas consiste en proceder palo por palo, desde el as hasta el rey. ¡Y cuando vea en su mente un objeto que no está mutilado o roto en ninguna de sus partes, aquél será uno de los naipes que faltan! Por ejemplo, usted empieza el repaso de la lista de palabras por el palo de bastos. Primera palabra: pata. A la mente le viene la imagen de una pata cortada por la mitad. Segunda: pan. Ahora ve un pan devorado por los ratones. Tercera: poma. Vea una manzana destrozada. Cuarta: pico. A la mente le viene la imagen del pico de un loro enorme, sin la menor alteración; por lo tanto, el cuatro de bastos será una de las cartas que faltan. Su ojo mental se fijará en las imágenes no mutiladas con la misma seguridad que sus ojos físicos buscan y ven el dedo herido entre los sanos, cuando usted tiene una herida en un dedo, a medida que vaya haciendo desfilar por su mente la serie de imágenes. Con una vez que lo pruebe le bastará para convencerse.

Le recomiendo que cuando repase los nombres de los naipes mentalmente, lo haga siempre por el mismo orden. No importa por qué palo empiece, con tal que empiece siempre por el mismo, y lo sepa recordar fácilmente. Yo siempre lo hago en la sucesión siguiente: Palos, Corazones, Espadas y Diamantes. Al principio, para recordarlo me hice la siguiente frase: «¡Paco, es día!», que escribiré de otro modo para que usted vea bien qué

utilidad me prestaba, si es que no lo ha adivinado al primer golpe de vista: PaCo Es Día.

Digamos de paso que si usted quisiera demostrar su técnica en el juego del bridge, podría realizar la exhibición del «naipe perdido», quitando trece cartas de la baraja. El número de cartas que quite importa poco. ¡Puede usted indicar incluso que quiten la mitad, y las nombrará todas, luego que le hayan nombrado los otros las que quedaron!

Por lo que he visto en mis actuaciones en público, de todo lo que hago lo que más impresiona a los espectadores, exceptuando quizás el reconocer caras y nombres, son las demostraciones con naipes, las cuales resultan muy interesantes para todo el mundo, tanto si aquella persona determinada juega o no juega a los naipes.

Estoy casi seguro de que la mayoría de ustedes han leído hasta aquí sin aprender de verdad el nombre de cada uno de los naipes de la baraja. Ahora que han visto lo que se puede hacer con ellos, creo que los aprenderán. Y de paso, ¿no se da cuenta usted cómo puede aplicar el truco del «naipe perdido» a juegos como el pinacle, el bridge, el casino, etc., es decir, a todos aquellos juegos en los cuales signifique una notable ventaja saber cuáles son las cartas que han salido ya? La posibilidad de una aplicación práctica de este método la dejo a la consideración de usted.

En un capítulo venidero encontrará otros trucos y maniobras con naipes. Una indicación nada más, antes de cerrar el presente: si usted quisiera recordar una baraja aunque barajada, claro está, en orden solamente, lo podría conseguir con gran rapidez empleando el método de la cadena. Le bastaría ir asociando las palabras colgadero de los naipes a medida que se los fueran nombrando. Por supuesto, con este método, en cuanto abandone el orden establecido ya no los recordaría.

Hasta aquí siempre he hablado de que le nombrasen los naipes, pero los recordará igualmente si en lugar de nombrárselos alguno, es usted quien los mira. Lo que ocurre es que a los espectadores parece que les impresiona más si uno ni siquiera mira las cartas.

Después de haber repasado las palabras colgadero de las cartas mentalmente unas cuantas veces, puede usted servirse de una baraja para ayudarse a practicar. Baraje bien, vuelva las cartas cara arriba, una por una, diciendo en voz alta, o pensando, la palabra que le corresponde... y cuando sepa hacer esto a una velocidad regular, sin titubeos, entonces podrá decir que conoce bien las palabras colgadero para los naipes.

Y cuando esto ocurra, ¿haría el favor de comprobar la nueva habilidad aprendida realizando otra vez la prueba número 4 del capítulo 3? Creo que le complacerá ver la diferencia de puntuación alcanzada.

11
ES INTERESANTE RECORDAR NÚMEROS LARGOS

La memoria es un tesorero al cual tenemos que entregar fondos si luego queremos que nos preste la asistencia de que hayamos menester.

Rowe

Una vez, durante una actuación mía en el Concord Hotel, al norte del estado de Nueva York, un «amigo» del público me pidió que memorizase el número 414, 233, 442, 475, 059,125. Lo hice, por supuesto, empleando mis sistemas. Si lo menciono ahora es porque había olvidado el truquito que empleaba de niño. Cuando niño yo solía vanagloriarme ante mis amigos de mi maravillosa memoria, y le pedía a uno de ellos (un confabulado, claro está) que dijese un número largo. Mi aliado se ponía entonces a nombrar las paradas del metro del ramal de la Sexta Avenida de Nueva York. Aquellas paradas las conocíamos todos, y cualquiera las hubiera reconocido si el otro hubiese dicho primero «4», luego «14», después «23», y así sucesivamente. Sin embargo, al oírlas formando grupos de tres cifras, los no iniciados no las reconocían.

Por aquellos días, el metro de la Sexta Avenida, paraba en la calle 4, en la 23, en la 14, en la 34, en la 42, en la 47 y 50, en la 59, en la 125, etc. Simplemente, yo iba repitiendo estas paradas, y mis compañeros lanzaban exclamaciones de pasmo ante mi maravillosa memoria. Todo demuestra que es fácil recordar números si se consigue que representen algo, o si significan algo para nosotros. Esto es lo que le he ayudado a conseguir empleando el sistema del colgadero. Ahora usted sabe la manera de hacer que un número tenga un significado, tanto si representa como si no representa estaciones de metro. Yo sostengo la opinión de que ésta es la única forma de memorizar y retener un número. Sí, en efecto, he oído mentar los poquísimos casos de personas capaces de memorizar un número instantáneamente. Me han hablado de una persona que era capaz de recordar y retener en la memoria números largos con sólo que se los pusieran delante de los ojos breves momentos. (¡Ojalá supiera hacerlo yo!) Esas personas no conocen el arte de recordar, recuerdan, sencillamente, y nada más. Pero son, a mi entender, las excepciones que confirman la regla, y que me reafirman en mi opinión.

¿Cómo se las arreglaría usted para memorizar el número 522, 641, 637,527? He ahí cómo procedía un experto en el arte de recordar del siglo pasado. Primero ordenaba a sus estudiantes que dividiesen el número en cuatro secciones de tres cifras: 522 641 637 527. Y ahora cito textualmente:

«Comparad el primero y el último grupo, y al momento veréis que el cuarto grupo es mayor que el primero sólo en cinco unidades. Comparando el segundo con el tercer grupo, hallamos que sólo difieren en cuatro unidades. Por otra parte, el tercer grupo sobrepasa al cuarto en 100 y en 10 unidades, es decir, que añadiendo dichas unidades el 527 se convertiría en 637, y el 7 sería la única cifra que no habría cambiado. De modo que si empezamos por el cuarto grupo y

pasamos al tercero, podremos decir que éste sale del cuarto añadiéndole 110. El segundo grupo sale del tercero añadiéndole 4 y el primero sale del cuarto quitándole cinco.»

Este sistema, sin ninguna modificación, siguen enseñándolo algunos expertos en cuestiones de memoria de nuestros días. La primera vez que tuve noticia de este método se me antojó que para practicarlo ¡lo primero que uno necesitaba era tener ya una memoria entrenada sólo para poder recordar las instrucciones! En lo tocante a retener el número en la memoria, dudo de que lo consiguiera usted por mucho tiempo; esto suponiendo que llegase a aprenderlo. Ahí no hay asociaciones ni imágenes estrambóticas. Creo comprender, sin embargo, la finalidad hacia la cual apuntan probablemente esos expertos. Si uno trata de seguir sus instrucciones, se ve obligado a concentrar toda su atención en el número. Lo cual, naturalmente, significa haber ganado la mitad de la batalla. Cualquier método que obligue al estudiante a interesarse por el número dado y a observarlo con detención conseguirá forzosamente algún éxito. Lo que ocurre es que un método semejante se parece mucho a querer matar moscas con el martillo de un herrero; los medios son demasiado penosos para justificar el fin.

El sistema del colgadero para memorizar números largos consiste, en realidad, en una combinación de los métodos del colgadero y de la cadena. También le obliga a uno a concentrarse en el número; resulta fácil de explicar ¡y la retención que se consigue es pasmosa! Si ha aprendido bien las palabras colgadero desde 1 hasta 100, esto debería ser para usted un juego sin importancia. Si no las ha aprendido todavía, con esto le entrarán ganas de saberlas. Por el momento puede construirse las palabras a medida que resuelva el caso. Emplearé para explicar mi método, el mismo número citado antes.

Primero vamos a partirlo en grupos de dos cifras. 52 26 41 63 75 27. Ahora, cada uno de estos grupos debería sugerirle a usted una palabra colgadero:

52	26	41	63	75	27
luna	nuez	codo	sima	fiel	naife

¡Todo lo que tiene que hacer ahora es formar un encadenamiento con las seis palabras! O con las que usted emplee, si escogió otras que las que yo le propuse. Por ejemplo: vea la luna tragando miles de nueces; luego vea una gran nuez clavada en el codo de una persona; en seguida vea un brazo tan largo, tan largo que estando doblado el codo, llega al fondo de una profunda sima, y en aquella sima hay unas balanzas grandiosas cuyo fiel oscila de uno a otro lado del vacío, y luego ve un fiel en cuya punta se sostiene un diamante grande y brillante como el sol.

Ha de ser usted capaz de formar un encadenamiento parecido en cosa de treinta segundos. Una vez formado repáselo mentalmente un par de veces o tres hasta estar seguro de que lo ha memorizado. Al repetir el número de este modo, lo que hace es trasponer palabras colgadero al puesto de las cifras. ¡Ahora sabrá el número empezando por delante, y empezando por detrás! Con una verdadera práctica usted será capaz de recordar las palabras colgadero y encadenarlas en el breve tiempo que recorre el número con los ojos, leyéndolo.

¡Ahí lo tiene usted! Le ha bastado asociar seis objetos para recordar un número de doce cifras, y lo retendrá en la memoria tanto tiempo como desee. Si ha hecho la prueba mientras le iba dando la explicación, se habrá sentido

orgulloso de sí mismo. Digo esto porque, según algunos de los índices de inteligencia actualmente en boga, un adulto de capacidad normal debería recordar un número de seis cifras, empezando por delante o por detrás, después de haberlo visto u oído una vez. Un adulto de capacidad superior habría de ser capaz de recordar uno de ocho cifras. Usted acaba de memorizar un número de doce cifras, y lo retendrá en la memoria tanto tiempo como quiera; la retención no tiene límite, en nuestro caso.

Por lo demás, no permita que nadie le induzca a desechar el procedimiento acusándole de hacer «trampa», puesto que emplea un «sistema». Los que digan eso será sin duda porque le tendrán envidia, puesto que ellos no saben hacerlo, con sistema o sin él. Son siempre los mismos que chillan: «Recordar mediante un sistema es antinatural; hay que recordar por la memoria normal de uno.» Bien, ¿y quién me dirá que mi sistema es antinatural? Yo creo que es más natural recordar que olvidar. Además, empleando mis sistemas, usted no hace otra cosa sino ayudar a su memoria verdadera. Como expliqué antes, todo lo que uno deba recordar ha de asociarse a otra cosa que ya sabía o recordaba. Este proceso se verifica a todas horas en todas las personas, unas veces de una manera consciente, otras de una manera inconsciente; todo lo que nosotros hacemos aquí es sistematizarlo. ¡El método existía ya de por sí! Los que afirman que los sistemas para la memoria son cosa antinatural, quieren decir en realidad, pienso yo, que ellos no los conocen, o que no saben emplearlos.

Y ahora que he salido en defensa de la facilidad de recordar tan recientemente adquirida por usted, demos otro paso adelante. Si, como no dudo, ha comprendido usted bien la idea, ¿por qué no utilizar la imaginación y hacer la cosa todavía más sencilla? Si a usted no le desagrada, puede encadenar sólo cuatro palabras para memorizar un número de doce cifras. Basta con que busque palabras que representen tres cifras a la vez y las asocie una con otra.

Por ejemplo, si tenemos el número: 432, 194,956, 435, podemos desmembrarlo así:

432	194	956	435
camino	tabique	paliza	camello

y podríamos asociar las cuatro palabras viendo un camino que arquea el lomo enojado porque se le ha plantado encima un tabique, el cual tiene varios brazos y un palo en cada uno, moviéndolos frecuentemente (paliza), y entonces se acerca un camello y recibe la paliza.

Si un número largo que usted quiere recordar le sugiere palabras que puedan representar cuatro cifras a la vez, ¿por qué no emplearlas? De esta forma podrá memorizar y retener en algunas ocasiones hasta un número de veinte cifras, enlazando sólo cinco palabras:

42100482521492103612

¿Verdad que este número parece una cosa formidable? Pero mírelo ahora:

4210	0482	5214	9210	3612
cantero	ricachón	lunático	pintor	mastín

Asocie cantero a ricachón, ricachón a lunático, lunático a pintor y pintor a

mastín... ¡Ya tiene memorizado el número de veinte cifras!

Si sus actividades particulares le aconsejaran a menudo memorizar números largos, pronto se decidiría usted a emplear la primera palabra que le acudiese a la mente para representar las dos, las tres o las cuatro primeras cifras. Porque no existe regla alguna que nos obligue a dividir los números largos en grupos uniformes, es decir, del mismo número de cifras. Para memorizar números rápidamente, uno emplea cualquier palabra; generalmente tendrá el tiempo necesario para meditar un momento buscando las palabras más adecuadas para encadenarlas fácilmente. Es éste un detalle que debo dejar a su propia iniciativa e imaginación. Sin embargo, hasta que esté muy versado en ello, me creo obligado a recomendarle que emplee las palabras colgadero para dos cifras.

Ahora puede percatarse de la importancia de conocer los diez sonidos básicos del alfabeto fonético. Si no los sabe aún, relea el capítulo que enseña la manera de aprenderlos y practicar con ellos. Si no sabe combinar asociaciones ilógicas y estrambóticas, vuelva a leer el capítulo que trata de esta cuestión. Si conoce bien dichos sonidos y las palabras colgadero, y sabe establecer asociaciones, compruebe sus progresos repitiendo la prueba número 3 del capítulo 3 y vea si mejora la puntuación anterior.

12
ALGUNOS COLGADEROS PARA CASOS ESPECIALES

La memoria está siempre presente, y siempre dispuesta y deseosa de ayudar; no falta sino que se lo pidamos más a menudo.

ROGER BROILE

Muchas veces, cuando me han retado a que demostrase que, mediante el uso de algún sistema similar al del colgadero, todo el mundo es capaz de recordar bien, he empleado un método que ha enseñado a un escéptico a memorizar diez objetos diversos, empezando por el primero, empezando por el último, o diciéndolos desordenadamente, en cosa de unos cinco minutos. Lo que hice entonces fue colocar diez objetos pequeños en fila sobre una mesa, objetos tales como una sortija, un reloj, un cigarrillo, una caja de cerillas, un peine, etc. Y le dije a la persona en cuestión que aquellos objetos habían de representar los números desde uno hasta diez.

Luego le enseñaba a asociar la cosa que yo nombraba con el objeto de encima de la mesa que representaba el número de orden de aquella cosa. En otras palabras, si yo decía «máquina de escribir» como correspondiente al número 7, y el séptimo objeto de la fila era la sortija, él había de asociar «máquina de escribir» a sortija. Después, cuando yo le preguntaba si recordaba el número 7, él contaba los objetos de la mesa hasta el séptimo, la sortija, y ésta le hacía recordar la máquina de escribir.

Por lo común esto convencía al escéptico de que era capaz de recordar mucho mejor de lo que él mismo se figuraba; pero todos solían preguntarme a continuación si tendría que llevar encima aquellos objetos. Naturalmente, si la persona que acababa de comprobar la verdad de mi aserto hubiese grabado en su memoria aquellos diez objetos, habría tenido una lista de diez colgaderos a los cuales asociar otros diez objetos cualesquiera. Pero resulta difícil memorizar diez cosas completamente distintas y sin relación alguna entre sí con el fin de emplearlas como palabras colgadero; y, en este caso, no habría valido la pena tomarse tanta molestia.

No obstante, y según he mencionado ya en otra parte del presente libro, fue Simónides quien se sirvió primero de un artificio de esta naturaleza, utilizando las habitaciones de su casa y los muebles de cada habitación como colgadero. Y su procedimiento seguiría dando buenos resultados en nuestros días; pero tiene el inconveniente de resultar un poco limitado. Además, los muebles son demasiado parecidos entre sí para proporcionar una lista útil. Existe la posibilidad de confundirse y, por otra parte, se necesita cierto tiempo para saber qué número representa cada habitación.

Han surgido ideas verdaderamente originales acerca de cómo formar una serie de colgaderos. Tengo noticia de que hubo un hombre que se valía de veintiséis mujeres conocidas suyas, los nombres de las cuales empezaban cada

uno con una letra distinta del alfabeto. Esto le proporcionaba una lista de veintiséis colgaderos. Si quería recordar, por ejemplo, que a «máquina de escribir» le correspondía el número 19, asociaba «máquina de escribir» a Paulina. Este procedimiento puede resultar también; pero otra vez hemos de señalar los mismos inconvenientes del anterior: demasiada similitud. Para que funcione con éxito, cada colgadero ha de suscitar en la mente un cuadro completamente distinto.

Otros métodos se basan en ideas distintas a la del alfabeto fonético y pueden utilizarse perfectamente; pero resultan de una extensión demasiado limitada. Por ejemplo, se me ha presentado a veces el caso de necesitar unas cortas listas de colgaderos para ayudarme a recordar de veinte a veintiocho cosas. Son métodos que he empleado con frecuencia. El primero consiste en utilizar las letras del alfabeto. Todo se reduce a buscar una palabra para cada letra, de forma que tenga un sonido parecido al de la letra misma, o, por lo menos, que no me haga pensar. Observe la lista siguiente:

A — ala
B — boa
C — heces
CH — chocha
D — de
E — Eva
F — faz
G — guía
H — hacha
I — ión
J — jota (baile)
K — kilo
L — lío
Ll — llave
M — memo
N — nena
Ñ — uña
O — ojo
P — Pepa (muñeca o chica que lleve este nombre)
Q — cuco
R — reo
S — asa
T — té
U — humo
V — uva
X — axis
Y — yegua
Z — zebra

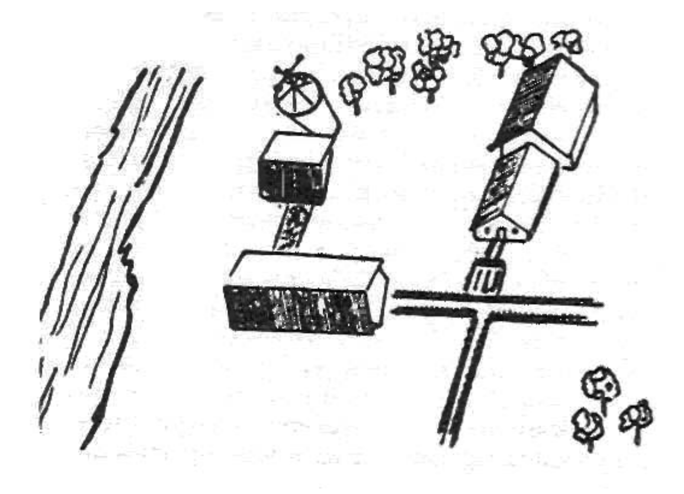
Si repasa dos o tres veces la lista anterior pronto la tendrá en la memoria. Elija una imagen para cada palabra, y use siempre la misma. Con ello tendrá una lista que le permitirá memorizar veintiocho objetos. Si se fija bien, notará que he cuidado de no repetir aquí ninguna de las palabras colgadero empleadas para los números. Por supuesto, acaso usted mismo sepa encontrar otras palabras más adecuadas para alguna de las letras que las que yo le propongo. Tenga en cuenta, de todos modos, que no debe producirse ninguna confusión con la lista fundamental de palabras colgadero, que es la que sirve para los números del uno al cien.

Digamos de paso, que si asocia las palabras anteriores empezando por zebra y terminando en ala, será capaz de recitar el alfabeto en sentido regresivo, lo cual es ya de por sí toda una hazaña. Además, si le parece bien, puede asociar cada una de esas palabras al colgadero del número que le corresponde. De esta forma sabría inmediatamente la posición de aquella letra. Asociaría, pues, ala a «tea»; boa a «Noé»; heces a «amo», etc.

Otro procedimiento que aplico es el de formar una lista de nombres de forma que los objetos por ellos indicados me recuerden por su figura el número que quiero que representen. Puede hacerse así con muchos números, y en el caso

de aquellos para los cuales uno no encuentra objeto adecuado, puede forjarse un cuadro mental que se los recuerde. Para el número 1 puede uno representarse un lápiz, porque puesto en posición vertical tiene casi el mismo aspecto que la cifra 1. Para el 2 puede usted representarse un cisne; un cisne nadando en un lago tiene la silueta muy parecida a la cifra 2. Para el 3 yo suelo representarme un trébol de tres hojas. Una mesa, o mejor aún, una silla, o cualquier otra cosa que tenga cuatro patas, puede servir para significar la cifra 4. Para la cifra 5 puede representarse una estrella de cinco puntas. Esforzando un poco la imaginación, un yo-yo con su cordelito tiene la silueta de la cifra 6. Un palo de golf cabeza arriba tiene una forma similar al 7. Si el palo de golf no le resulta demasiado familiar, sin duda habrá visto algunos modelos de pipas que, puestos verticalmente sobre una mesa también tendrían una figura muy semejante a la citada cifra. Para el 8 podría representarse un reloj de agua o de arena. Acaso también haya visto madejas de lana, o aquellos lacitos que forman los fideos, que le recuerden bien la cifra 8. Para pintarme el 9 suelo pensar en una cinta métrica; me refiero a esas cintas métricas de metal elástico que van enrolladas dentro de una cajita también metálica de forma cilíndrica. Si uno hace salir unos centímetros la cinta, el conjunto tiene una figura muy parecida al 9. Un bastón y una pelota, puesto el primero delante de la segunda, pueden representar el 1 y el 0 del número 10. Acaso pudiera usted imaginarse también un futbolista en posición de firmes y el balón. Para el 11 me represento dos trozos de *spaghetti* puestos uno al lado del otro. Acaso le resultase mejor a usted representarse a dos soldados con el fusil al hombro. Para el 12 uno puede pensar en un reloj señalando las doce.

Para el 13 —haciendo una concesión a los supersticiosos— puede escoger un gato negro. Para el 14 yo solía imaginarme un río o una carretera —que era el 1— corriendo al lado de una masía cuyos edificios formaban un 4. Si usted logra imaginarse el cuadro que digo visto desde un avión, se dará cuenta de que el río —o carretera— y los edificios tienen en conjunto una figura muy parecida al número 14.



Acaso pudiera representarse también un bastón —que sería el 1— apoyado en el respaldo de una silla. La silla sería el 4.

Yo solía verme a mí mismo subiendo a un ascensor y diciendo: «Piso número 15, por favor», para representarme el número 15. De esa costumbre procede que ahora la simple imagen del ascensor represente para mí el número 15. Pero en este momento me doy cuenta de que a usted quizá le guste más otra imagen. Figúrese que ve cómo se saludan dos personas muy afectuosamente, con aquella clase de saludo que no es tanto como darse un

beso, pero es más que estrecharse sencillamente la mano; es decir, una de las dos personas —la más afectuosa, o la que quiere tomar ante la otra un aire paternal y protector— coge la mano de la otra en las suyas. Entonces entre las tres manos son quince dedos. Para el 16 yo me representaba una casa muy bajita y rara con un número 16 muy grande. Pero si tuviera que escoger ahora —o recomendarle una imagen a usted— quizá prefiriese figurarme una señorita muy delgada, muy delgada —que sería el 1— con un yo-yo colgado de la espalda, y el yo-yo sería el 6.

Yo he utilizado esta lista durante años para ayudarme a memorizar dieciséis objetos. Pero no hay motivo alguno para limitarse a dieciséis. Por el mismo procedimiento usted puede hacer una lista de veinte o más, si le place. Ninguna imagen, ninguna representación será demasiado estrafalaria si le sugiere a usted la idea de un número determinado. Con ello llenará la función que se le pide. Pues bien, ponga su imaginación en actividad.

Por si acaso, y como orientación, aquí está la lista tal como la empleaba, hasta el 16.

1. Lápiz.
2. Cisne.
3. Trébol.
4. Mesa.
5. Estrella.
6. Yo-yo.
7. Palo de golf.
8. Reloj de arena.
9. Cinta métrica.
10. Palo y pelota.
11. Espagueti.
12. Reloj.
13. Gato negro.
14. Masía y río.
15. Ascensor.
16. Cajita con el número.

Todavía podría indicarle otros procedimientos; pero no quiero. Si necesita usted formarse otras listas, utilice su propia imaginación. De todos modos, estoy seguro de que advierte perfectamente que el alfabeto fonético y el sistema de establecer equivalencias entre letras y números expuestos anteriormente es un método muy superior a cualquiera de los mencionados en el presente capítulo. La lista fundamental de palabras colgadero podría ampliarse hasta el millar, o más, si a uno le interesase, y esta lista tiene la ventaja de que tan pronto uno oye una de las palabras que la forman, las consonantes de la misma le dicen inmediatamente qué número representa. El alfabeto fonético le proporciona a usted la posibilidad de formarse en un momento una palabra para un número determinado. No tiene usted necesidad de buscarlas y recordarlas por adelantado; puede buscarlas o inventarlas en el mismo instante que las necesita.

Sin embargo, los dos recursos que le he indicado en este capítulo pueden serle útiles sí alguna vez necesita una lista corta rápidamente, o si le conviene utilizarla en conjunción con la serie de palabras colgadero. Esto último puede utilizarse en algunos sorprendentes alardes de memoria, como verá usted en un capítulo venidero.

Antes de cerrar éste, quiero asegurarle que ninguno de los recursos explicados resulta demasiado estrambótico, ni forzado. Cualquiera de ellos le prestara un buen servicio si decide emplearlos. A mi juicio, aparte de las palabras colgadero, los dos recursos mejores son los explicados aquí; pero cualquier lista ordenada de palabras que usted conozca formando una sucesión puede servirle como serie de colgaderos para casos especiales. Conozco a un

individuo que se vale para ello de su propio cuerpo. Empezando por la cabeza, emplea: cabello, frente, ojos, nariz, boca, etc., hasta las uñas de los dedos del pie. Así, si un objeto ha de llevar el número 3, lo asocia a «ojos», si hubiera de llevar el número 7, lo asociaría a «cuello», etc.

Algunos expertos en demostraciones de memoria que actuaban en los antiguos vodeviles utilizaban el mismo teatro para ayudarse a recordar objetos nombrados por el auditorio. Por ejemplo: utilizaban el escenario para representar el número 1, candilejas para el 2, orquesta para el 3, proscenio para el 4, anfiteatro para el 5, etc. Todo lo del teatro estaba en la lista: los cortinajes, las lámparas, los rótulos indicando las salidas, hasta los cuartos de aseo...

Y, por supuesto, una de las listas más frecuentes (y más limitada) de colgadero es la que emplea palabras que tengan un sonido parecido al de los respectivos números. Por ejemplo: turno, por uno; coz, por dos; tez, por tres; teatro, por cuatro; y así sucesivamente, hasta llegar a diez, que es lo más que uno suele alcanzar con este procedimiento.

En fin, creo que el motivo principal que me ha inducido a exponerle todos estos otros procedimientos para formar listas de palabras es el de hacerle comprender mejor la eficacia del alfabeto fonético. Según mi experiencia, no hay ningún otro procedimiento que se le aproxime, por sus ilimitadas posibilidades y por su elasticidad.

En el capítulo siguiente verá usted de qué modo una de las listas aprendidas ahora, o parte de ella, puede ser empleada en combinación con el alfabeto fonético.

13
RECORDAR FECHAS ES INTERESANTE

—¿En qué día estamos?

—Caramba, me ha cogido usted; no me acuerdo.

—Vaya, ¿por qué no lo mira en ese diario que lleva en el bolsillo y saldríamos de dudas?

—¡Ah, no; no nos serviría de nada; es el diario de ayer!

Aunque todos somos capaces de decir qué día es hoy mirando un periódico de ayer, ¿cuántos de ustedes sabrían decir rápidamente, o con lentitud, qué día de la semana corresponderá a cualquier fecha del «, presente año? No muchos, estoy seguro. Si usted cree que el tener esta información en las puntas de los dedos sin casi costarle el menor esfuerzo vale la pena, siga leyendo. Como usted comprenderá, hay varios métodos diferentes para calcular en qué día de la semana caerá una fecha determinada, y no es el menos importante de todos el de contarlo con los dedos.

Algunos de los sistemas mencionados resultan tan complicados que parece mucho más simple tomarse la molestia de buscar un calendario y consultarlo allí. En cambio, existen maneras de conocer realmente el día de la semana, ¡de cualquier fecha del siglo veinte! A mí no me parece que esto tenga ningún valor práctico considerable, aunque quizá pueda tenerlo para algunos de ustedes. Sin embargo, utilizado como un alarde de memoria, resulta de un afecto altamente espectacular.

En este capítulo me propongo enseñarle a usted el modo de hacerlo, pero primero, para su aplicación práctica, expongo una manera muy sencilla de encontrar en qué día de la semana caerá una fecha determinada del año 1960*. Es un procedimiento tan fácil que la mayoría de mis lectores se maravillarán de no haberlo sabido imaginar por sí mismos. Helo aquí.

Todo lo que usted tiene que hacer es memorizar el número 376315374264 de la manera que le he enseñado. Puede usted descomponerlo en grupos de dos cifras y servirse de las palabras colgadero aprendidas aquí, encadenándolas convenientemente, o puede formar palabras que comprendan más de dos cifras cada una. En este caso a mí no se me ocurre otra cosa que descomponer el número en seis grupos de dos cifras y enlazar las palabras colgadero, correspondientes. Dichas palabras son: mofa, sima, tela, mofa, cuna, saco. Vea usted, por ejemplo, la persona de cara grotesca que escogió para representarse el número 37 haciendo muecas de mofa y sacando una lengua muy roja, y tan larga que llega al fondo de una profunda sima donde queda aprisionada, casi llenando el vacío. Vea una sima de cuyas peñas caen innumerables cascadas formando un río al fondo; pero ni las cascadas ni el río

---

* Recordemos que esta obra fue publicada en 1959. *(N. del T.)*

son de agua, sino de inacabables y policromas piezas de tela que corren rápidamente. Vea luego la persona que representa para usted la mofa, pero ahora su cara, y toda ella, es de tela estampada; es como un monigote de tela (siempre con la lengua fuera, haciendo muecas burlescas). Ahora la persona representante de la mofa está tendida en el suelo en posición supina, con la cabeza inclinada, las piernas encogidas en ángulo recto y las manos apoyadas en las rodillas... En fin, formando una cuna viviente y burlesca que se mece con rapidez. Luego vea una cuna, y dentro, un saco pegando berridos. En cuanto haya memorizado el número, estará usted en condiciones de decir el día de la semana de una fecha del primer domingo de cada uno de los doce meses. En enero, el primer domingo es el día 3; en febrero, el 7; en marzo, el 6; en abril, el 3, etc. Ya sabe usted el primer domingo de cada mes. ; Cómo puede ayudarle esto a saber en qué día cae una fecha determinada de 1960? ¡Muy sencillo! Supongamos que desea usted saber en qué día cae el 22 de agosto. Sabe ya que el primer domingo de dicho mes es el 7. Entonces el otro domingo será el 14, y el otro el 21. De modo que el 22 de agosto caerá en lunes.

¿Quiere usted saber en qué día de la semana caerá la Navidad del año 1960? Gracias al número de doce cifras usted sabe que el primer domingo de diciembre es el día 4 del mes. Por lo tanto, el 11, el 18 y el 25 también serán domingo. ¡La Navidad, en 1960, cae en domingo!

Así opero yo mentalmente cuando quiero saber una fecha cualquiera del año 1960, empleo las palabras: mofa, sima, tela, mofa, cuna, saco para recordar cada una de las doce cifras. Y sé que la palabra mofa me da los primeros domingos de los dos primeros meses: enero y febrero. La palabra gima me da los primeros domingos de marzo y abril: la palabra tela, los de mayo y junio. La palabra mofa, otra vez, me da los de julio y agosto. Cuna, los primeros de septiembre y octubre. Y saco, los dos primeros de noviembre y diciembre.

Por lo tanto, si quisiera saber, pongamos por caso, en qué día de la semana cae el 9 de noviembre, pensaría al momento en la palabra «saco». Ella me diría que el primer domingo de noviembre es el día 6; con lo cual el 7 será lunes; el 8, martes, y el 9 será miércoles.

Suponiendo que para sus actividades particulares significara una ventaja el saber el día de la semana en que caiga una fecha del año en curso y del venidero, coja usted un calendario del venidero y memorice el número de doce cifras formado por los primeros domingos de los doce meses. Esto puede hacerse con todos los años consecutivos que a uno le interesen. Y aun suponiendo que no encontrase calendarios de los años venideros; con el último domingo de diciembre de un año puede saber muy fácilmente la fecha del primer domingo de enero del año siguiente; y de ahí iría sacando los otros primeros domingos. Hay que acordarse de ver si el año cuyos primeros domingos de cada mes busquemos es bisiesto o no. De todas formas, no creo que esto pueda tener verdadero interés práctico para más de dos años. Con todo, voy a explicarle en seguida un medio práctico de saber en qué día de la semana caerá una fecha dada —la que sea— de cualquier año del presente siglo.

Para dejarlos más pasmados, puede usted asegurar a sus amigos que aprendió de memoria todos los calendarios del siglo veinte. Para demostrárselo, dígales que mencionen una fecha determinada; una que ellos sepan en qué día de la semana caerá o cayó. Lo cual es necesario, naturalmente, para que puedan comprobar si usted contesta bien. La mayoría de las personas se acuerdan del día

que se casaron, o que consiguieron un título, o de otros acontecimientos importantes. ¡Cuando le nombren la fecha, usted les contesta casi inmediatamente qué día de la semana fue!

Para realizar esta demostración ha de saber un par de cosas además del año, mes y día. Ha de saber un determinado número para el año, al cual me referiré como «la clave del año», y otro número determinado para el mes, al cual llamaré «la clave del mes».

Quizá si le explicase la manera de proceder antes de meterme en detalles técnicos, usted lo entendería más fácilmente. He ahí cómo se procede: supongamos que usted quiere saber qué día de la semana era el 27 de marzo de 1913. Supongamos también que sabe que la clave del año para 1913, es 2, y que la clave del mes para marzo es 4. Usted sumaría estas dos claves, que le darían un total de 6. Ahora sumaría este total de 6 a la fecha del día, que en este caso es 27 (marzo 27). Esta suma le daría 33. El paso final consiste en sacar todos los sietes de 33. El siete entra en el 33 cuatro veces (4 x 7=28). Quite ahora 28 de 33, y le queda un resto de 5. ¡Éste es su día, el quinto día de la semana es jueves! Ah, una advertencia, para realizar esta exhibición hemos de considerar como si el primer día de la semana fuese el domingo; el lunes, el segundo; martes, el tercero, etc., y el sábado, el séptimo.

¡El 27 de marzo de 1913 cayó en jueves! Por favor, amigo mío, no considere complicado este procedimiento, no lo es. En realidad, jamás tendrá que sumar números más elevados de siete. Las claves para los años o los meses pueden ser 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, pero no se llega nunca a siete; los sietes se quitan tan pronto como sea posible. Si tuviéramos que sumar una clave del año que fuese 5 con una clave de mes que fuese 6 el total nos daría 11; pero inmediatamente restaríamos siete, y nos quedarían 4. El número con el cual seguiríamos trabajando sería el cuatro; los dos los dejaríamos ya olvidados. Si la fecha que le dan es mayor de siete, puede usted quitar todos los sietes. Por ejemplo, si le dan la fecha del 16, puede usted quitar los sietes (2x7= 14) y emplear solamente el resto de 2. En el caso recién mentado de que la clave del año fuese 6 y la del mes 6 —recordará que hemos sumado el 5 y el 6, luego hemos restado 7, quedando un resultado final de 4—, le bastaría a usted sumar 4 y 2, con lo cual vería que el día de la semana es el sexto, o sea, el viernes. Siempre teniendo en cuenta la alteración que introducimos de empezar a contar por el domingo.

Le pondré unos ejemplos prácticos más después de haberle dado a conocer las claves de los meses, las cuales permanecen siempre invariables.

Enero — 1 t	Julio — 0 r
Febrero — 4 c	Agosto — 3 m
Marzo — 4 c	Septiembre — 6 s
Abril — 0 r	Octubre — 1 t
Mayo — 2 n	Noviembre — 4 c
Junio— 5 l	Diciembre — 6 s

Voy a proporcionarle un auxiliar de la memoria para recordar cada una de las claves. El método que sigue se funda en una cosa, y otro que le indicaré luego se funda en otra. Usted podrá emplear el que le parezca mejor, u otro que se le ocurra.

Enero es el primer mes del año; de ahí que resulte fácil recordar que el número clave para enero es el 1. Febrero es un mes frío, en el que a veces nieva, o hace viento, un viento frío; y la palabra «frío» tiene cuatro letras. Con lo cual el número clave para febrero es el cuatro.

Abril es conocido por sus flores. Aunque no siempre la realidad corresponde a la imagen corriente, abril suele traernos la imagen de una jovencita con una regadera en la mano, regando las flores de su jardín. Hasta parece que la primavera se ha convertido en una jovencita y que va por el cielo, regadera en mano, soltando un chorro ahí, otro allá. Y a las jovencitas se les cuenta los años por «abriles». ¿Verdad que ha leído y oído usted muchas veces «quince abriles», «dieciséis abriles»...? Pues bien, la palabra «abriles» tiene siete letras. Pero como hay que quitar los sietes, 7-7 = 0. De ahí que la clave para abril es 0.

La clave para mayo es 2. Sin duda en cuanto usted piensa inopinadamente en el mes de mayo la primera fecha que, como a buen español, le viene al pensamiento es la del «dos de mayo». Y quizá recuerde incluso aquellas estrofas de: «Guerra gritó ante el altar...» Si es así, no tendrá ninguna dificultad en recordar que el número clave para el mes de mayo es 2.

Junio tiene cinco letras. No necesita más para acordarse de que la clave para el mes de junio es 5.

Para julio puede usted ayudar su memoria pensando en los navarros, que, sin duda, le son muy simpáticos. Cante usted mentalmente aquello de: «Uno de enero, dos de febrero, tres de marzo, cuatro de abril, cinco de mayo, seis de junio, siete de julio, ¡San Fermín!» ¡Siete de julio, San Fermín! Pero como hay que quitar todos los sietes, he aquí que 7 - 7 = 0. Y el número clave para el mes de julio es 0.

Agosto, agosto... Ah, pero no tenemos solamente los españoles hazañas guerreras de que enorgullecemos, sino también grandes victorias conseguidas en las hermosas batallas de la paz y el progreso. Así, antes de un dos de mayo, habíamos tenido un 3 de agosto. ¡Un tres de agosto en que un puñado de valientes, tripulando tres carabelas, partieron rumbo a la gran aventura, hacia el continente que hoy se llama América! Sin duda usted recordará muy bien la fecha del 3 de agosto como la de la salida de Colón y sus compañeros del puerto de Palos, con tres carabelas. Y si se le había borrado un poco, estará contento, no cabe duda, de volver a grabarla en su mente. Con lo cual le será mucho más fácil recordar que el número para agosto es el tres.

Y continuando los recuerdos históricos, creo que usted no se molestará si le recordamos que el general Miguel Primo de Rivera dio el golpe de Estado que instauró la Dictadura el día 13 de septiembre de 1923. Pero como hay que quitar todos los sietes, 13 — 7 = 6. El número clave para el mes de septiembre es el 6. Quizá podamos añadir que en nuestro país es, sin duda, uno de los meses en que hay más fiestas; es el mes de las fiestas mayores. Y hasta el campo parece estar de fiesta. Uvas, melones..., en fin, frutas de todas clases. «Fiesta.» La palabra fiesta tiene seis letras. Otro detalle que nos recuerda que la clave para septiembre es 6.

Octubre. Octo, como usted sabe muy bien, significa ocho. Quitando los sietes (8-7 = 1) queda uno. La clave para el mes de octubre es 1.

Noviembre es el undécimo mes del año. Si de once quitamos siete,

quedan cuatro. De ahí que el número clave para noviembre es 4.

Finalmente, la gran festividad del mes de diciembre es la Navidad, la gran fiesta del mundo cristiano. Somos cristianos porque creemos en Cristo, el aniversario de cuyo nacimiento celebramos aquel día. La palabra «Cristo» tiene seis letras, y con ello recordamos que la clave para el mes de diciembre es 6.

Aunque quizás algunos de los ejemplos que acabamos de poner puedan parecerle a usted un poquitín traídos por los pelos, no por ello dejarán de ayudarle a recordar las claves. Otro recurso para lograr el mismo objetivo consistirá en formar una palabra de sustitución para cada mes (el sistema de las palabras sustitutivas se lo explicaré con detalle en el capítulo próximo) y asociarla a la palabra colgadero que representa su número clave. Para el cero emplee cualquier palabra que contenga como única consonante la R. «Aro» es muy indicada, porque, además, es muy fácil representársela mentalmente.

A continuación le damos algunas indicaciones acerca de cómo sustituir los nombres de los doce meses por otras palabras que nos los recuerden.

Enero. Deformando un poco la palabra se tiene «Genaro». Vea usted a un Genaro con una «tea» encendida plantada en la chimenea como única lumbre, calentándose las ateridas manos.

Febrero. Una palabra que se le parece un poco es «orfebre». Asóciela con «oca». Vea, por ejemplo, a un orfebre cincelando una oca que grazna desesperadamente y emprende la huida. O vea una oca cincelando una bandeja de plata.

Marzo. Marcha. Vea la cosa asociada (oca) en marcha. Mejor una formación de ocas desfilando marcialmente.

Abril. Yo creo que puede usted volver a emplear la imagen de otra serie de ejemplos que hemos dado para este mes, o sea, la jovencita —puede imaginarse a una jovencita que se llama Abriles— con la regadera en la mano y las flores ante sí, que al mismo tiempo juega con un aro.

Mayo. Mayonesa. Podría ver usted a Noé muy atareado con un enorme almirez, haciendo salsa a la mayonesa.

Junio. Puede usted en junio usar la imagen de unos segadores o de un campo de trigo a punto de segar —yo creo que ambas nos hacen pensar siempre en el mes de junio—, o también figurarse la diosa Juno, y asociarlas con la palabra colgadero para el número cinco, que es la clave de este mes.

Julio. Julio César. ¡Qué bien! La imagen de un emperador romano, ¡jugando con un aro (0) como los niños!

Agosto. Angosto. Vea al amo pasando por el ojo de una cerradura.

Septiembre. Siete y hambre, *setiambre.* Vea un oso defendiéndose desesperadamente de un siete enorme cuyo travesaño superior se abre formando una terrible boca y ataca al pobre oso.

Octubre. Octoedro. Asócielo convenientemente.

Noviembre. Nuevo miembro. Imagínese el acto de ingreso en cualquier sociedad que usted conozca —o por ejemplo en una Academia—; el nuevo miembro suelta su discurso delante del presidente, que es una majestuosa oca.

Diciembre. En el caso de este mes quizá valdría la pena aprovechar la

circunstancia de que sea el último, el que hace doce, y ver a un oso (número 6, clave del mes) empollando, como una clueca, una docena de huevos sobre la esfera de un reloj que señala las doce.

En fin, puede usted utilizar uno de estos dos métodos u otro que se le ocurra.

Y aquí, el traductor y adaptador de la presente obra, recoge la invitación del autor y se propone ver si también él le ayuda a usted a encontrar otro método para recordar las claves de los meses. Hay que pensar que al autor no le molestará esta intromisión, pues vemos que no hace secreto de sus métodos y sistemas, antes al contrario, expone los principios en que los funda. Este nuevo método quizá no le sirva a usted para recordar muy rápidamente la clave de cada mes, pero en cambio podrá servirle mejor que ninguno si en un momento dado hubiese llegado a olvidar las claves y hasta las imágenes que habían de recordárselas… Con tal que recuerde que a enero le corresponde la clave 1, cosa muy puesta en razón y que parece muy fácil de recordar, siendo enero el primer mes del año. Habrá que recordar también el convenio establecido según el cual contamos —al aplicar este sistema para saber en qué día de la semana cae una fecha dada— las semanas como si empezasen el domingo y terminasen el sábado. Recordando estos dos puntos de apoyo necesarios, vamos a suponer que estamos en un año en el cual el primero de enero fue al mismo tiempo el primer día de la semana (el domingo, en nuestro caso). Evidentemente, sumándole a uno cualquier múltiplo de siete (la semana tiene siete días) volvemos a tener otro día primero de la semana. Siendo 28 múltiplo máximo de siete comprendido dentro de los límites del mes, podremos decir 28 + 1 = 29. Por lo tanto, el 29 vuelve a ser domingo, y, en consecuencia, el 1 de febrero será miércoles, cuarto día de la semana, si consideramos el domingo como primer día de ésta. En la práctica, el cálculo se dispone de una manera mucho más rápida: 31 - 28 = 3. Y 3 + 1 (clave de enero; en nuestro supuesto, primer día de la semana) = 4. Como febrero, en los años normales, tiene exactamente 28 días, múltiplo exacto de siete, se comprende muy bien que el primero de marzo caerá en el mismo día de la semana que cayó el primero de febrero. De ahí que la clave para marzo sea la misma que para febrero. Marzo tiene 31 días. Una resta, 31-28 = 3, nos dice que son cuatro semanas enteras y sobran tres días, los cuales, sumados a los cuatro que arrastramos desde enero, dan siete. Y 7 - 7 = 0. Cero, clave de abril. Abril tiene 30 días. 30 - 28 = 2. El número 2 es la clave de mayo. Mayo tiene 31 días. 31-28 = 3. Sumando a estos tres los dos anteriores, 3+2 = 5. Clave de junio, 5. Junio tiene 30 días. 3+28 = 2. Sumando a los cinco acumulados entre mayo y junio, 5+2 = 7. Ahora 7-7 = 0.

Y así sucesivamente.

Llegamos ya a las claves para los años. Le daré todas las claves para los años, de 1900 a 1987*. Pongo en una columna todos los años que tienen por clave 1; en otra los que tienen por clave 2; etc.

Le recomendaría que emplease otra lista colgadero para ayudarle a recordar estas claves. No necesita sino seis palabras, representando a los números del 1 al 6, que no interfieran ni se confundan con la lista colgadero fundamental. Podría usted emplear una de las listas indicadas en el capítulo anterior; es decir, el método del alfabeto: ala, boa, heces, etc.; o el de la semejanza de figura con los números: lápiz, cisne, etc. Para el cero podría usar «aire» o «reo».

Como todos los años que figuran en la lista que sigue empiezan por 19 no es preciso conservar estas dos cifras en la memoria. Basta asociar la palabra colgadero correspondiente al número que forman las dos últimas cifras con una —la precisa— de las que emplee usted para designar cada uno de los números clave.

1900	1901	1902	1903
1906	1907	1913	1908
1917	1912	1919	1914
1923	1918	1924	1925
1928	1929	1930	1931
1934	1935	1941	1936
1945—0	1940 — 1	1947 — 2	1942 — 3
1951	1946	1952	1953
1956	1957	1958	1959
1962	1963	1969	1964
1973	1968	1975	1970
1979	1974	1980	1976
1984	1985	1986	1981
			1987

1909	1904	1905
1915	1910	1911
1920	1921	1916
1926	1927	1922
1937	1932	1933
1943—4	1938 — 5	1939 — 6
1948	1949	1944
1954	1955	1950
1965	1960	1961
1971	1966	1967
1982	1977	1972
	1983	1978

Por ejemplo, la clave para 1941 es 2. Asocie «codo» a «cisne» o a «boa», según sea la lista que decida emplear. Establezca asociaciones para todos estos años. Repáselas luego unas cuantas veces y antes de que se haya dado cuenta, las tendrá grabadas en la memoria.

Ahora está usted en posesión de todo lo necesario para realizar lo que llamaríamos la «exhibición del calendario». Sólo hay que advertirle de un detalle. Si se trata de un año bisiesto y la fecha que usted se propone investigar está en enero o febrero, el día de la semana será el anterior al que le indican a usted sus cálculos. Por ejemplo: supongamos que usted desea saber en qué día de la semana cayó el 15 de febrero de 1944. La clave para el año 1944 es 6. Sumémosla a la clave de febrero, que es 4, y nos dará 10. Quitando el siete quedarán 3. Sumemos ahora este tres a la fecha indicada (15 + 3 = 18), quitemos los múltiplos de 7 (18-14 = 4) y tendremos un resultado final de 4. El cuadro representaría ordinariamente el miércoles, pero en este caso ya sabe usted que es un día antes, o sea, el martes. ¡1944 es bisiesto!

Recuerde que esto se hace solamente con las fechas comprendidas en los meses de enero y febrero de los años bisiestos. Para saber si un año es bisiesto, se mira si es múltiplo de cuatro, para lo cual ha de dividir por cuatro el número que forman sus dos últimas cifras. Si la división da exacta, sin quedar ningún residuo, entonces el año es bisiesto.

El año 1900 no es bisiesto; los años representados por un número exacto de centenas jamás son bisiestos.

Dos ejemplos más del sistema:

2 de junio de 1923 —	0 más 5 es 5
	5 más 2 es 7
	7 menos 7 es 0
	0 es sábado
29 de enero de 1937 —	4 más 1 es 5
	5 más 29 es 34
	34 menos 28 (4 x 7) es 6
	6 es viernes

Vea usted si sabe encontrar el día de la semana en que cayeron las fechas siguientes: 9 de septiembre de 1906; 18 de enero de 1916 (año bisiesto); 20 de agosto de 1974; 12 de marzo de 1931 y 25 de diciembre de 1921.

No pretendo decirle que este sistema se aprenda a manejar en un momento; requiere un poco de tiempo y de estudio; pero nada que valga la pena se conquista con demasiada facilidad.

Y de paso, si este procedimiento le gusta más que el dado al principio del capítulo y quisiera emplearlo con finalidades prácticas, podría aprender sólo las claves de los años que le interesan. Acaso fueran el año anterior, el presente y el venidero. Con esto y las claves de los meses, podría usted saber el día de la semana para cualquier fecha de estos tres años.

14
ES ÚTIL RECORDAR EL VOCABULARIO DE LOS IDIOMAS EXTRANJEROS Y LOS CONOCIMIENTOS ABSTRACTOS

> Cuanto más inteligible es una cosa, más fácilmente la retiene la memoria; y, viceversa, cuanto menos inteligible es, más fácilmente la olvidamos.
>
> BENEDICTO SPINOZA

Acaso a usted no le parezca que la cita que encabeza el presente capítulo manifieste un ingenio singularmente brillante. Quizá se diga para usted mismo: «Claro, todo el mundo sabe que si una cosa es inteligible, es decir, tiene sentido, resulta más fácil de recordar.» Sí, en efecto, se trata de una verdad evidente por sí misma; pero se necesitó a Spinoza para expresarla, para ponerla en estas palabras precisas, allá en el siglo diecisiete.

Hago gran hincapié en la repetida cita porque condensa en una sola frase el eje sobre el cual gira todo este libro. Casi todos los sistemas que contiene consisten fundamentalmente en esto: en hacer inteligibles cosas que no lo eran. Un ejemplo lo tenemos, claro está, en el sistema del colgadero. Ordinariamente, los números, como entes abstractos, son ininteligibles, pero el empleo del sistema del colgadero hace que adquieran para uno un significado determinado.

Acaso el mejor ejemplo de lo que sostengo nos lo proporciona el memorizar vocabularios extranjeros. Para toda persona no familiarizada con un idioma determinado, una palabra de aquel idioma no es sino un conglomerado de sonidos. Por esto se recuerdan con tanta dificultad.

Para darles fácil acceso a la memoria empleará usted el sistema de las palabras sustitutivas. Siempre que uno quiere recordar una cosa abstracta, intangible o ininteligible, cosas que no tengan para él ningún sentido, que no susciten ninguna imagen o cuadro y que sin embargo sea preciso recordarlas, deberá emplear palabras o pensamientos que las sustituyan. Lea usted el presente capítulo con toda atención, porque las palabras sustitutivas le ayudarán también a recordar nombres.

Formar una palabra sustitutiva consiste, simplemente, en esto: al encontrar una palabra que no tiene para usted ningún significado, que le resulta intangible, ininteligible, busque en seguida otra palabra, o una frase, o un pensamiento que posea un sonido tan similar como sea posible a la palabra en cuestión, y que sea tangible, que se pueda pintar en la mente. A toda palabra que deba usted recordar, pertenezca o no a un idioma extranjero, y que carezca para usted de sentido, puede darle un significado, un contenido, utilizando una palabra o un pensamiento que la sustituyan. Años atrás tuve durante un tiempo la pasión de ocuparme de los peces tropicales y me esforzaba en aprender los nombres técnicos de sus aletas. Como por aquel entonces no podía dar una figura a esos nombres, empleaba palabras sustitutivas para recordarlos.

Por ejemplo: La aleta de la cola tiene el nombre de aleta caudal. A fin de

recordarlo, me pintaba en la imaginación un pez con una moneda grande en lugar de cola. Yo tenía grabada en la mente la palabra «caudal» como sinónimo de riqueza. Un «señor acaudalado» es un señor rico. Con ello la imagen de una moneda me recordaba inmediatamente la palabra «caudal». La aleta del lomo del pez tiene el nombre de aleta dorsal. Lo primero que se me ocurrió al leer ese nombre fue pensar en Eugenio d'Ors, cuyos artículos en los periódicos leía alguna vez*. (D'Ors-dorsal). Yo asocio automáticamente al malogrado Eugenio d'Ors sentado a horcajadas sobre un pez y escribiéndole en el lomo.

Acaso se le antoje a usted un procedimiento largo. No lo es. La asociación de «dorsal» a d'Ors y a pluma, y la formación de una imagen o cuadro en la mente, es labor de una fracción de segundo. No olvide usted que el primer pensamiento o la imagen que se le ocurra cuando oye una palabra que no tiene para usted figura, es la que debe emplear. A mí se me ocurrió «d'Ors», a usted acaso se le habría ocurrido otra idea. La palabra inglesa que significa «gorrión» es «sparrow» y su sonido se parece bastante a «espárrago», sobre todo si pronunciamos el final de esta última un tanto confuso y rápido. ¿No se le ocurre a usted una palabra o una imagen sustitutivas? Es fácil. ¿Por qué no establecer una asociación estrambótica entre «gorrión» y «espárrago»? Podría ver usted una bandada de gorriones que en lugar de plumas tienen espárragos en las alas y en la cola. La próxima vez que intente usted recordar el equivalente inglés de gorrión, la asociación estrambótica establecida le ayudará a recordar que la palabra es «sparrow». No es preciso que la palabra escogida suene exactamente igual que el vocablo extranjero que quiere usted recordar. Para «sparrow» podría utilizarse aspa y oro, que también ayudarían a recordar la palabra. Mientras tenga lo principal de ésta en la imagen formada, lo incidental, todo lo demás, acudirá a la mente traído por la memoria verdadera.

La forma de sustituir es cosa puramente personal; algunos de los pensamientos sustitutivos que yo empleo no sabría expresarlos en palabras, pero me ayudan a recordar la voz extranjera. Lo que para mí puede tener un sentido correcto y suscitar una imagen clarísima, quizá no logre el mismo efecto en usted; usted debe emplear los pensamientos sustitutivos que se le ocurran.

«Window» (uindou) significa en inglés «ventana». Observando que el sonido no está lejos de «viudo», podría usted ver a un viudo diciendo adiós en la ventana al coche mortuorio que se lleva a su querida esposa. Y si quisiera usted recordar que en francés una ventana se llama «fenétre», podría imaginarse a un ladrón entrando por la ventana para hacer una «faena», «Astra» en mano. (Fuenastra.) O podría ver la misma ventana, con unas patitas y unos brazos saltando fuera del sitio para hacerle la faena a usted, apuntándole con una pistola Astra.

La palabra inglesa «brother» (que se pronuncia broder), significa «hermano». Simplemente, figúrese usted a su hermano cubierto de broza.

La palabra inglesa que significa «cuarto» es «room» (pronúnciese rum). Vea usted sencillamente un cuarto lleno por todas partes de botellas de ron, pero de ésas cuya etiqueta dice «rhum». Vea usted todas las botellas ostentando

---

* No. La verdad es que el autor no dice que leyese a Eugenio d'Ors. Dice que al leer dorsal, pensó en Tommy Dorsey (Dorsey-dorsal) y que se lo imaginó tocando el trombón sobre el lomo de un pez. Pero si yo empleo aquí el nombre de Dorsey, como, probablemente, usted no sabe quién es, no se dará cuenta del procedimiento. (*N. del T.*)

la etiqueta.

«Vaso» en inglés es «glass». Véase usted en medio de un glaciar (graziar), haciendo vasos de hielo. Si tuviera usted algunos conocimientos de catalán la imagen todavía le saldría mejor, pues en catalán «glaç» significa hielo. La palabra francesa que significa puente es «pont». Y aunque probablemente usted la recordará en seguida, puesto que no se diferencia en exceso de su equivalente española, si tuviera alguna dificultad en recordarla, vea a un muchacho jugando al ping-pong, y pegando con tal fuerza a la pelota que ésta salta por encima de un puente.

En inglés, «pen» significa «pluma». Véase a usted mismo armado con una «penca» de col, por ejemplo, en la que ha insertado una pluma borrando una K que hay escrita en otra «penca» de col. «Penca sin K.» En francés, la palabra que significa padre es «père». Asocie usted «padre» con «pera», y no lo olvidará jamás.

Las asociaciones antes citadas, son las que yo usaría. Es preferible que usted produjera las propias.

Pruebe este método con cualquier idioma extranjero y logrará memorizar las palabras de su vocabulario mejor y más de prisa, y su memoria las retendrá más de lo que las retenía antes. Aparte de los idiomas, este método es útil al estudiar materias en las que hay que recordar palabras que al principio no significan nada. El estudiante de Medicina que debe aprender de memoria los huesos del cuerpo humano, acaso encuentre alguna dificultad en recordar: fémur, coxis, rótula, peroné, sacro, etc. Pero si convierte estas palabras en otras o si las sustituye por pensamientos de un modo parecido a como sigue: fe, muro (muro de la fe) —fémur—; cok, sí (figúrese una propaganda de carbón de cok: un carbonero sostiene en la mano un puñado de este carbón y grita: «¡Cok, sí!»); rótula quizá la recordase mejor si se imaginase una U en la rodilla: rótula; «peros, no» podría darle peroné. Para sacro le bastaría asociar algún objeto sacro (sagrado) con el lugar en donde se encuentra dicho hueso. Luego el estudiante podría encadenar estas palabras entre sí, o asociarlas a aquello junto a lo cual deba recordarlas. Un estudiante de Farmacia podría imaginarse a una bella cantante italiana (una *bella donna)* de cuya boca sale un pino atroz *{atroz pino),* para recordar que la atropina sale de las raíces o las hojas de la belladona.

Estoy fabricándome estas palabras sustitutivas a vuela pluma, mientras voy escribiendo; pensándolo un poco, usted podía encontrar sustitutivos mucho mejores. El quid está en que la palabra o pensamiento de sustitución posee un significado, mientras que el vocablo primero no. Por esto uno lo recuerda mejor acudiendo a la palabra sustitutiva. Le daré más indicaciones en este sentido y le proporcionaré nueva ocasión de practicar mi método en el capítulo dedicado a cómo recordar nombres.

Habiendo empezado el presente capítulo con una cita de Benedicto Spinoza, ¿puede permitirme la vanidad de cerrarlo con una cita mía? «Todo aquello que sea impalpable, abstracto o ininteligible puede ser recordado fácilmente si se emplea un sistema mediante el cual aquello que era ininteligible se hace tangible, concreto, inteligible.»

15 ES CONVENIENTE RECORDAR NOMBRES Y CARAS

Dos hombres se acercan por la calle y en los ojos de ambos se ve una expresión indicadora de que se reconocen. El uno le dice al otro:

—No, aguarde un minuto, no me diga nada; yo le conozco a usted, pero no estoy seguro de dónde nos encontramos por primera vez. Déjeme ver si recuerdo su nombre… ¡Ya lo tengo! Nos conocimos en la playa de Miami, hace dos años.

—No; yo no he estado en Miami Beach.

—Aguarde, aguarde, no me lo diga todavía… Ah, sí, fue en el paseo de Atlantic City donde nos conocimos.

—Lo lamento; jamás visité Atlantic City.

—¡Ah, ahora lo tengo! ¡Fue en Chicago, en 1952!

—De ningún modo. En 1952 no estuve en Chicago.

—Caramba, caramba; sé que nos conocemos, pero… ¿de dónde le conozco a usted?

—¡Idiota! ¡Soy tu hermano!

—Ah, sí; conozco su cara, ¡pero no acierto con el nombre!

Aunque dudo de que alguno de ustedes llegue al extremo del individuo de la anécdota que encabeza estas líneas, cuántas veces habrá pasado por la incomodidad de tener que pronunciar una frase como la que antecede? Estoy seguro de que han sido varias. Si realizase una investigación para ver cuáles son los motivos que inducen a la mayoría de personas a seguir mi curso sobre la memoria, creo que un 80 por 100, cuando menos, dirían que lo siguen porque parece que son perfectamente incapaces de recordar nombres y caras.

Por supuesto, habitualmente lo que se olvida es el nombre, no la cara. La razón de que sea así es muy simple. La mayoría de las personas poseemos lo que se llama «memoria visual». Es decir, lo que vemos se registra en nuestro cerebro de un modo más duradero que lo que oímos. Además, no siempre que uno ve la cara de una persona oye también su nombre. De ahí que, de vez en cuando, todos nos hallemos en el caso de tener que explicar: «Reconozco su cara, pero no sé cómo se llama usted.»

Y esto no sólo nos coloca en una situación embarazosa, sino que puede perjudicarnos en el terreno de los negocios, y acaso nos cueste algún dinero. Algunas personas intentan salir del paso buscando tretas para lograr que su interlocutor diga cómo se llama antes de darse cuenta de que ellas han olvidado el nombre. Esto puede salir bien alguna que otra vez; no muchas. Por lo común vale la pena recordar bien los nombres de nuestras relaciones. Estoy seguro de que todos ustedes han oído explicar aquella historieta del señor que se encontró

con un antiguo conocido al cual no lograba recordar bien. Dándoselas de listo, de hombre de muchas relaciones y enterado de muchas cosas, como, por ejemplo, de que en inglés el sonido que tenga el apellido de una persona no nos indica en modo alguno con qué letras deba escribirse (por lo cual es corriente entre ingleses y americanos que después de decir el nombre lo deletreen), el buen señor aparentó que recordaba incluso el apellido del otro, pero que no estaba seguro de la manera de escribirlo. De modo que suplicó: «¿Le sabría mal volver a repetirme cómo se escribe su apellido?» A lo que replicó el otro, muy extrañado: «¡Del único modo que puede escribirse: G-A-R-C-I-A!» Ya ve usted, pues, que en este caso concreto la treta no resultó bien.

Otra manera astuta de fingir que uno no ha olvidado un nombre que debía recordar consiste en preguntar llanamente a la persona en cuestión cómo se llama. Si contesta diciendo el nombre de pila y el apellido, al oír este último uno exclama: «No; el apellido no es preciso. ¡No creerá usted que iba a olvidarlo! El nombre de pila, quería decir.» Pero si el otro sólo le dice el nombre de pila, usted exclama, naturalmente, que ya lo sabía, que lo que no recuerda en aquel momento es el apellido. De esta forma se consigue el nombre completo, aparentando al mismo tiempo que sólo se había olvidado uno de sus componentes. Esta pequeña artimaña sólo tiene una pega, y es que si la persona en cuestión le dice el nombre y hasta los dos apellidos en seguida que se lo pregunta, da por supuesto que comprende que usted había olvidado cómo se llama y usted ni siquiera sabe replicar. ¡Mala suerte!

Se cita también el ejemplo clásico del sujeto que solía preguntar a las personas cuyo nombre había olvidado si lo escribían con una e o con una i. La estratagema resultó bien hasta que topó con una señora que se llamaba Rojas.

No, no, creo que vale la pena recordar cómo se llaman las personas en lugar de confiarse a estratagemas más o menos astutas. Y no solamente vale la pena, sino que, se lo aseguro, resulta mucho más fácil que acudir a subterfugios, porque cuesta mucho menos esfuerzo.

El hombre ha ensayado varios sistemas y métodos para ayudar a su memoria a recordar nombres. Algunos utilizan el alfabeto, o sea, el método de las iniciales. Es decir, realizan un tremendo esfuerzo para retener únicamente la inicial del apellido o nombre de una persona. Eso equivale a perder el tiempo, porque habitualmente se olvida la inicial; pero, aunque la recuerden, ¿cómo pueden saber de este modo el nombre de aquella persona? Si usted se dirige al señor Aspa llamándole señor Albino, o viceversa, él no se sentirá complacido porque haya acertado usted la primera letra de su apellido.

Si bien el tomar nota por escrito de las cosas puede ayudar en muchos casos a la memoria, no sirve en el de recordar nombres. Este método acaso resulte eficaz empleado conjuntamente con un buen sistema de asociación, según explicaré luego; pero no por sí mismo. Si uno fuera capaz de dibujar exactamente la cara de la persona cuyo nombre le interesa recordar, sería mejor, puesto que entonces sabría qué nombre pertenece a cada cara. Uno tendría dos cosas tangibles, que podría asociar mediante una imagen estrambótica. Desgraciadamente, la mayoría no somos tan hábiles dibujantes, y aunque lo fuéramos, no nos serviría de mucho, porque no siempre tendríamos ocasión de dibujar las caras, o no nos compensaría el tiempo que necesitáramos para ello.

Algunos expertos en lo tocante a la memoria aconsejarán a sus alumnos que tengan un cuaderno y anoten en él el nombre de todas las personas que

quieran recordar. Como ya dije antes, esto puede ayudar un poco si se usa conjuntamente con un buen sistema de asociación, pero no de otro modo. Por supuesto, le serviría de algo a usted el procedimiento si cada vez que encuentra a una persona estuviera dispuesto a repasar toda la lista de nombres, con la esperanza de que el nombre acudirá a su mente en el momento en que lo vea escrito en el cuaderno. Suponiendo que fuese así, dudo que halagase mucho la vanidad y el amor propio de la persona en cuestión el ver que «pescaba» usted el nombre en un cuaderno en lugar de pescarlo en la memoria.

A pesar de lo necesario que resulta recordar nombres y caras, he aquí una de las lamentaciones más corrientes de los tiempos actuales: «¡Es imposible; los nombres no puedo recordarlos!» Nuestra manera de vivir hace casi inevitable el conocer a diario caras nuevas. Uno traba relación continuamente con personas a las que desea recordar, y con otras que seguramente no es necesario recordar, hasta que tiene que tratar con ellas por segunda vez. Entonces, cuando es demasiado tarde, uno se da cuenta de que hubiera debido hacer un esfuerzo por retener la figura y el nombre de aquellas personas en la memoria.

¿No sería una gran ventaja para un vendedor el saber recordar los nombres de todos sus clientes? ¿O para un médico el de sus pacientes; para un abogado el de sus clientes, etc.? Claro que sí. Todo el mundo quiere recordar nombres y caras, pero muchísimas veces se malogra una venta importante, alguien se encuentra en una situación embarazosa, o una reputación queda manchada porque alguno olvidó el nombre de un personaje importante. Y sin embargo, ya en los tiempos de la civilización griega y romana,

Cicerón recordaba los nombres de miles de sus conciudadanos y de los soldados de Roma, gracias al empleo de un sistema para ayudar a la memoria.

Me han hablado de una señorita empleada en el guardarropa de un popular club nocturno de Nueva York. Esta señorita ha ganado una reputación, porque jamás entrega un resguardo para recoger luego el sombrero o el abrigo; simplemente, recuerda a quién pertenece cada uno de los sombreros y de los abrigos que le confían. Se dice que jamás ha dado a nadie una prenda de otra persona. Quizás a usted no le parezca muy importante su habilidad para el oficio que desempeña, porque sería lo mismo entregar los sombreros y abrigos contra presentación del resguardo correspondiente, como se hace en todas partes. Con todo, la señorita en cuestión se ha convertido en una especie de figura destacada de aquel club, y las cuantiosas propinas que recibe lo demuestran palmariamente.

Claro, lo suyo no es exactamente igual que recordar nombres y caras, pues ella no recuerda el nombre, pero resulta muy similar. La joven ha de asociar el sombrero o el abrigo, o ambas cosas a la vez, con la cara de la persona que se lo da.

Me han dicho que el botones de un gran hotel del Sur se ha conquistado una fama parecida. Cuando llega al hotel alguna persona que haya estado en alguna otra ocasión, el muchacho le saluda y se dirige a ella llamándola por su nombre. Según mis últimas noticias, con las propinas que le dan puede ahorrar el dinero suficiente para llegar un día a poder comprar el establecimiento.

Esto debería demostrarle a usted, si es que hace falta ofrecer pruebas, que a las personas les gusta que las recuerden; incluso lo recompensan con dinero.

La señorita del guardarropa y el botones, ganan sin duda más dinero que otros empleados en idénticas funciones.

Para una persona la posesión más preciada la constituye su nombre, y nada la complace más que oírlo pronunciar, o ver que los demás lo recuerdan.

Algunos de mis alumnos y hasta yo mismo, hemos recordado trescientos nombres y caras en una sola reunión. ¡Usted puede hacerlo también!

Pero antes de pasar a ocuparnos de los verdaderos sistemas y métodos para recordar nombres y caras, me gustaría enseñarle a usted cómo puede mejorar su memoria para ellos por lo menos entre un veinticinco y un cincuenta por ciento sin dichos sistemas. Lea con gran detenimiento los párrafos que siguen.

¡La causa principal de que muchas personas olviden un nombre está en que jamás empezaron a recordarlo! Todavía exageraré un poco más la nota y me atreveré a decir que jamás empezaron a oírlo. ¿Cuántas veces le han presentado a una persona desconocida de este modo: «Señor, tengo el gusto de presentarle al señor Pa-lo-mino»? Pocas. En general, usted ha oído, más que un nombre bien pronunciado, un balbuceo confuso. Posiblemente porque la persona que procede a presentarlos no recuerda bien ella misma el nombre de usted y el del otro. Y por ello disimula, pronunciando de un modo rápido y confuso. Por su parte, usted experimenta, probablemente, la sensación de que jamás volverá a contestar «Encantado de conocerle» y no se preocupa de recoger el nombre con toda exactitud. Es posible que incluso esté un rato charlando con aquella persona y luego se despida de ella sin haberle oído bien su apellido ni una sola vez.

El único pensamiento que se les ocurrirá luego a los que se hayan encontrado en este caso será el de preguntarse a sí mismos: «Diantre, ¿cómo se llamaba aquel señor? ¡Sí, aquel individuo tan simpático con el cual hablé el otro día!» Y al ver que no se le ocurre ninguna palabra que responda a su pregunta, acaba por encogerse de hombros, exclamando: «¡Bah, al diablo!», y así termina la cuestión.

Así es como la gente se sorprende hablándose unos a otros empleando denominaciones tales como «Señor», «Amigo», «Compañero», «Rubio», «Mozo», «Moreno», o «Guapa», «Cariño», «Simpática», etc., o cualquier otra palabra que le ahorre a uno el tener que pronunciar el nombre del otro, al mismo tiempo que lucha con la turbación que le produce el no recordarlo. Oliver Herford dio la siguiente definición de la palabra inglesa «darling», equivalente a nuestro «cariño» o «encanto»: «Es la forma más corriente de dirigirse a una persona de otro sexo cuyo nombre uno no recuerda de momento.»

Aquí tiene, pues, la primera regla para recordar nombres: ante todo, cuando le presenten una persona ¡ASEGÚRESE DE HABER OÍDO BIEN CÓMO SE LLAMA! Insisto en lo dicho anteriormente: la cara usted la ve bien, por lo tanto, lo más probable es que la recordará, si vuelve a verla. El nombre tiene que recogerlo por el oído, y nadie lo está repitiendo continuamente; en consecuencia, procure oírlo bien cuando se lo dicen. Todavía no he oído la siguiente queja: «Sé cómo se llama usted, pero parece que no logro recordar su cara.» Es siempre el nombre lo que crea el problema. Insistamos, pues: ¡ASEGÚRESE DE HABER OÍDO BIEN CÓMO SE LLAMA LA PERSONA QUE LE PRESENTAN!

No permita que el que hace la presentación salga del paso con unas sílabas confusas y mal pronunciadas. Si usted no ha oído perfectamente, si no está seguro de la palabra, pida que le repitan el nombre. A veces, sobre todo tratándose de personas extranjeras, después de haberlo oído es posible que no sepa usted cómo se escribe; si se encuentra alguna vez en este caso, pida a la persona a la que está saludando que se lo diga letra por letra. O pruebe a deletrearlo, y el otro se sentirá muy halagado por esta prueba de interés que le da usted.

Por lo demás, si se habitúa usted a deletrear el nombre de todas las personas que vaya conociendo, no tardará en saber escribir y pronunciar toda clase de nombres casi sin excepción. Le sorprenderá comprobar cuan gran número de ellos pronuncia correctamente. Sin proponérselo, se enterará poco a poco del valor fonético que tienen las letras de determinados países. Se enterará de que en Italia no existe la J. En polaco el sonido de la J y el de G suave, y algunas veces el de SH, se representan generalmente por GZ, mientras que el de AI lo representan a veces por AJ. El sonido de CH o de TZ en italiano se representa algunas veces por una doble C; el sonido de SH (CH francesa, similar a la nuestra, pero mucho más suave), en un nombre alemán, sobre todo si está al principio de la palabra, suele representarse por SH, etc. Por supuesto, esto no resulta bien siempre. Recientemente me encontré con un apellido que sonaba como «Burke», y que se escribía «Bourque». De todos modos, aquellos que han presenciado mis actuaciones en público, atestiguarán que en un 85 % de los casos deletreo sus nombres correctamente. O por lo menos con una aproximación suficiente para impresionar a los interesados. Por lo tanto, ya lo ve usted, es posible. Menciono esto porque el deletrear correctamente o con muy ligero error el apellido de una persona impresiona a ésta casi tanto como el hecho de recordarla.

Si después de haber indicado cómo se escribe, advierte usted que aquel apellido es idéntico o parecido al de un amigo o pariente de usted, no olvide el hacerlo notar. Todo esto sirve para grabar mejor la palabra en su mente. Si se trata de un apellido raro, uno que usted no hubiese oído jamás, dígalo también. No se muestre tímido, ni tampoco imperativo al hacer estos comentarios; porque a todo el mundo le complace que se ocupe usted de su apellido. Lo mismo que les complacería si usted demostrase gran interés por algo de lo que ellos poseen, o por algo que a ellos les apasione, les guste o interese. Supongo que se trata de una característica general de la naturaleza humana.

Mientras esté hablando con aquella persona, repita su apellido tantas veces como pueda en el curso de la conversación. Por supuesto, no deberá estar repitiéndolo continuamente como un idiota; pronúncielo cuando note que encaja bien en el conjunto de lo que se dice y cuando sea necesario. No menciono ese detalle para dármelas de gracioso. He leído algunas instrucciones de «peritos en memoria» en las que he encontrado ejemplos de conversación como la que sigue:

—Caramba, sí, señor Pimentón, yo me voy a Europa todos lo veranos, señor Pimentón. Pero, señor Pimentón, ¿no le entusiasma Roma a usted, señor Pimentón? Dígame, señor Pimentón..., etc.

Con esto no impresionará favorablemente al señor Pimentón; lo que hará será asustarle.

No. Emplee el nombre solamente, como le he dicho, siempre y cuando

comprenda que viene a cuento el pronunciarlo. Aproveche siempre que dé los buenos días o las buenas noches. No se limite a expresar la esperanza de volver a verle pronto; diga: «Adiós, señor Johnson, confío en volver a verle pronto...» Con esto el nombre se graba más firme y definitivamente en su cerebro.

En este caso, como de costumbre, el esfuerzo requerido no es otro que el que le exigen las primeras prácticas del procedimiento. Luego habrá adquirido usted el hábito y ni siquiera se dará cuenta de que lo sigue. Determínese, pues, a seguir las indicaciones contenidas en los últimos párrafos. Vuelva a leerlos si no está seguro de qué es lo que recomiendan.

Para algunas personas todo eso constituye por sí solo un sistema completo para recordar nombres. La causa está en que gracias a las sugerencias e indicaciones anteriores los nombres resultan interesantes, despiertan el interés. Y, según he dicho ya, la memoria, en una buena proporción, se apoya en el interés.

Lo antedicho mejorará su memoria en un porcentaje entre el 25 y el 50, siempre que lo ponga en práctica; pero siga usted leyendo ¡y yo le ayudaré a resolver el 50 o el 75 por ciento restante!

16
¿QUÉ ES LO QUE ENCIERRA UN NOMBRE?

Aquel sujeto estaba muy orgulloso de su habilidad en recordar nombres por asociación, hasta que encontró a la señora Otero. La señora Otero era muy gruesa y tenía un estómago muy desarrollado, de modo que el experto en memoria decidió usar «estómago» como palabra asociada.

Tres semanas después volvió a encontrar a la misma señora, dirigió una mirada a su estómago y, muy ufano, la saludó: «¡Buenos días, señora Barriga!»

No hace mucho tiempo tuve el placer de actuar ante el club de directivos de unos grandes almacenes de la ciudad de Nueva York. Celebraban el banquete anual. De todas las exhibiciones que suelo hacer, la que más éxito tiene, probablemente, es la de recordar cómo se llaman los concurrentes.

Mi procedimiento consiste en presentarme a todos los asistentes a medida que van llegando, o en saludarlos mientras comen. Sencillamente, voy de una mesa a otra reuniendo los nombres de todos los comensales (y al mismo tiempo un hambre atroz). Saludo primero a todos los que se sientan a una mesa, luego a los que se sientan en la contigua, y así hasta terminar. Procedo más de prisa o más despacio según aconseja la ocasión. Varias veces he tenido que saludar de cien a doscientas personas en quince minutos, o menos, ¡y no he olvidado un solo nombre! El mérito y los elogios corresponden, por supuesto, a mis métodos y sistemas, no a mí.

Luego que he saludado a todo el mundo, y después del café y postres, continúa la función. Durante la misma pido a todos los que he saludado durante la velada que tengan la bondad de ponerse en pie. Muy a menudo se pone en pie el auditorio entero. Entonces procedo a pronunciar el nombre de todos los que se han levantado, señalando, cada vez que digo un nombre, a la persona que lo lleva. Durante el resto de mi conferencia-exhibición permito que cualquiera de los asistentes me interrumpa en cualquier momento gritando: «¿Cómo me llamo yo?», y al instante le digo su nombre. Les cuento esto porque me divirtió la explicación hallada por uno de los dirigentes de aquellos grandes almacenes, para poner al descubierto la «trampa» que empleaba a fin de recordar el nombre de todos los allí reunidos. Y no la presentó en son de broma, sino firmemente convencido de haber descubierto la verdad.

El banquete se daba en el hotel Capitol de Nueva York, y la sala en que nos encontrábamos estaba completamente rodeada por una galería circular. He ahí la explicación que dio el dirigente:

«El señor Lorayne trabaja en combinación con un fotógrafo. Ya saben ustedes, con uno de esos individuos que hacen fotografías en los banquetes y las revelan en pocos minutos, a fin de poderlas vender en seguida a los asistentes. Tanto el fotógrafo como el señor Lorayne llevan, escondidos entre sus ropas,

unos aparatos receptores y unos micrófonos diminutos. El fotógrafo está en la galería, escondido también, naturalmente. En la pared hay un agujero en alguna parte por el cual puede enfocar su máquina. Y mientras todo el mundo está sentado, esperando la comida, él saca una fotografía de todos los comensales y la revela y la copia inmediatamente.

»Cuando el señor Lorayne se acerca a una mesa y pregunta los nombres, el fotógrafo, gracias a los diminutos micrófonos y a los receptores, los oye también. Entonces, como tiene la fotografía, localiza la mesa en la que están dando el nombre (pues está mirando por el agujero que le sirvió para meter la máquina), localiza a la persona que lo pronuncia en aquel momento y escribe el nombre sobre la fotografía. Así lo hace con todos los reunidos.

»Ya ven, pues, cuan sencillo resulta (y el autor se permite preguntar: "¿Sencillo?"). Cuando el señor Lorayne realiza sus demostraciones, antes de pronunciar un nombre siempre señala a una persona determinada. El motivo de señalarla es porque así el fotógrafo puede localizarla en la fotografía, leer el nombre y susurrarlo en su micrófono. Naturalmente, el señor Lorayne lo oye y lo repite en voz alta.»

Esa fue la explicación que encontró aquel caballero para mi método. (¡Quizá no fuera tan mala idea, pensándolo bien!) Por supuesto, el buen señor no se refirió para nada a todas las demás demostraciones que hice durante mi actuación. Olvidó también que la mayoría de personas cambian de sitio después de haber comido (en muchas ocasiones saludo a la gente en un aposento y luego tengo que dar el espectáculo en otro), y que después de los números del espectáculo hablé con los asistentes fuera de sus mesas, en el ascensor, y hasta por la calle, y siempre los llamé por sus respectivos nombres. O quizá no lo olvidase; acaso creyera que el fotógrafo seguía susurrando los nombres correspondientes en su diminuto micrófono. Si tal hubiese sido el caso, habría sido el fotógrafo quien habría poseído una memoria excelentemente entrenada.

Relato este incidente sólo para poner de relieve cuan difícil les resulta a ciertas personas creer que otras sean capaces de recordar de verdad los nombres y las caras de todo un auditorio. Simplemente, siguen el camino de la menor resistencia y de la actitud negativa, y suponen que si ellas no saben hacer una cosa, nadie puede saberla, es imposible. Después de haber aprendido mi método para recordar nombres y caras, estoy seguro de que usted reconocerá, de acuerdo conmigo, que no es imposible, muy al contrario, es mucho más fácil que practicar el método tan ampulosamente expuesto por el dirigente de los grandes almacenes.

Me habría gustado sobremanera enviar un ejemplar del presente libro al caballero en cuestión, para demostrarle la verdad de lo que digo; pero no sé su nombre; vea usted, ¡he olvidado dónde puse aquella fotografía!

En capítulos anteriores he hecho hincapié en la importancia que tiene sentir interés por una persona para recordar cómo se llama. Si a usted le presentasen cuatrocientas personas en una velada y luego saludase tres o cuatro veces más a cada una de aquellas personas, a pesar de todo olvidaría cómo se llaman la mayoría de ellas. Sin embargo, si entrase en una habitación donde hubiera cuatrocientas celebridades, estrellas de cine, por ejemplo, es muy probable que supiera llamarlas a todas por su nombre. Y no solamente eso, sino que sabría citar una por lo menos de las películas que hubiese visto interpretadas por ellos. Sin duda estará usted de acuerdo en que esto ocurre así

porque la gente se interesa por las celebridades y quiere recordarlas. Pues bien, ya le dije yo que el interés por una cosa y la voluntad de recordarla significan haber ganado la mitad de la batalla contra una memoria calificada de mala, de deficiente. Acuérdese de aplicar las reglas que le di en el capítulo anterior.

En primer lugar, asegúrese de haber oído bien el nombre de la persona.

Dígalo letra por letra, pida que se lo digan letra por letra, si usted no está seguro de cómo se escribe.

Si aquel nombre tiene algún detalle singular, o si se parece a otro que usted ya sabe, menciónelo.

Repita el nombre tan a menudo como pueda en el curso de la conversación.

Pronúncielo siempre que dé los buenos días y las buenas noches, o que diga adiós.

Si usted emplea estas reglas en conjunción con lo que voy a enseñarle inmediatamente, ya nunca más volverá a olvidar cómo se llama una persona, ni su cara. Para simplificar el proceso, aprenderemos primero qué debemos hacer con el nombre, y luego aprenderemos el modo de asociarlo a la cara. En realidad, son dos cosas que van de la mano; el nombre conjurará la imagen de la cara, y la cara traerá a la mente el nombre.

Todos los nombres pueden incluirse en una de estas dos clases: nombres que significan algo y nombres que (para usted) no significan nada en absoluto.

Apellidos como Rubio, Moreno, Blanco, Ríos, Barrios, Puerta, Palomo, Collado, Sanjuán y muchos otros tienen un significado. Nombres como Martínez, Pérez, López (éstos, aunque podamos decir que significan o significaban en su origen: hijo o descendiente de Martín, de Pedro, de Lope, no significan actualmente nada, a efectos prácticos; no traen a nuestra mente ninguna imagen, ninguna idea), Daoiz, Vera, Birba, para la mayoría de nosotros no significan nada. Por supuesto, ambas listas podrían hacerse interminables; yo no he puesto sino unos pocos ejemplos.

De todas formas, hay algunos nombres que si bien pertenecen a la clase de los «sin significado», sugieren o suscitan en nuestra mente alguna imagen o cuadro. Si usted topara con una persona que se apellidase Danone, sin duda se acordaría hasta involuntariamente del yogur; si conociese a un Ducati se le ocurriría la imagen de una motocicleta; si le presentasen a un señor que se llamase Tartarín, usted añadiría para sus adentros, sin duda alguna, «de Tarascón», y en su mente aparecería la imagen que de éste, como de muchos otros personajes creados por los grandes escritores, tiene formada en la mente; si encontrase un día a un Uzcudun, pensaría al momento en un boxeador, y si saludase a un Gayarre no le extrañaría que se pusiera a cantar, encarnando la imagen que usted tenga formada del gran cantante español. Con todo esto resulta que las clases que podemos establecer entre los nombres son tres: aquellos que tienen un significado propio (que son nombres comunes, adjetivos, etc., actuando de apellidos); aquellos que no tienen significado propio, pero nos traen alguna imagen o recuerdo a la mente, y, por fin, aquellos que ni tienen significado propio ni lo tienen para nosotros particularmente, pues no suscitan en nuestro cerebro imagen ni recuerdo alguno.

Esta tercera categoría es la que requiere un esfuerzo de la imaginación.

Con objeto de recordar el nombre (o apellido) es preciso conseguir que tenga, para nosotros, algún significado. Con las dos primeras clases ocurre ya esto, por lo cual no representan ningún problema particular. Pero tampoco los nombres desprovistos de todo significado han de representar problemas para usted, si ha leído el capítulo acerca de cómo recordar el vocabulario de un idioma extranjero. Si lo ha leído con detenimiento, ya sabe usted que debe emplear mi sistema de «sustituir unas palabras por otras o por pensamientos enteros», a fin de conseguir que las primeras adquieran significado. No importa lo extraño que pueda parecer un apellido al oírlo por primera vez, siempre es posible encontrarle una palabra o un pensamiento sustitutivos. Simplemente, uno piensa en una palabra o frase cuyo sonido se aproxime cuanto sea posible al apellido aquel. Si le presentaran a usted a un señor apellidado Garcés, podría imaginarse a un hombre señalando a una garza y gritando: «¡ Garza es!» Si conociese un día a un Aizpún, piense usted en un chiquillo (véalo con los ojos de la imaginación) que enciende un cohete en la mano sin saber bien qué hace, y al estallar el cohete, exclama asustado: «¡Ay, pum!» Quizás a usted se le ocurriese una idea diferente. Recuerde que lo primero que se le ocurra como «palabra sustitutiva», aquello es lo que debe emplear. De diez personas a las que se proponga un mismo apellido para que lo recuerden, es posible que las diez usen una palabra sustitutiva distinta.

Para recordar el apellido Pescara, podría usted emplear las palabras «pesca y ara», y podría ver a un sujeto con una mano cogida a la esteva del arado y sosteniendo con la otra una caña de pescar cuyo anzuelo se arrastra por el surco, como esperando que pique algún pez. O también podría ver a un sujeto arando con una yunta formada por dos grandes peces, es decir, que la «pesca, ara». Algunas personas pensarán que la simple imagen de un pescado bastaría para hacerles recordar el apellido entero.

No vale la pena esforzarse por encontrar una palabra sustitutiva que suene exactamente igual que el nombre que se quiere recordar, ni emplear un vocablo para cada una de las partes de dicho nombre. Recuerde usted lo que le dije en un capítulo anterior: Si recuerda lo principal, ¡los detalles incidentales acudirán, traídos por la memoria verdadera! El mismo hecho de que usted piense en el nombre, se ocupe de él de este modo, contribuirá a grabarlo en su mente. El haber estado buscando una palabra sustitutiva para un nombre —o apellido— ha sido causa de que usted centrase su interés en este nombre. Por esta causa el chascarrillo que encabeza el presente capítulo puede servir para hacernos soltar una carcajada, pero jamás podrá ocurrir en la realidad.

Recientemente tuve que recordar el apellido Olczewsky, que se pronuncia ol-chus-ki. Simplemente, me representé a un bufón jorobado que acabase de soltar una graciosidad saludado por otro bufón que le gritaba: «¡Hola, chusco!», y el bufón primero reía su propia gracia con una risita aguda y destemplada: «¡Ji-ji-ji-ji!» El apellido Conti me hacía pensar en aquel dicho de un romanticismo chocarrero: «Contigo, pan y cebolla», y luego al recordar ese dicho me acudía otra vez a la mente el apellido Conti. Para el apellido Zazurca me pintaba en la imaginación un «zar» ruso bailando la mazurca. Para el apellido Andrade, me imaginaba a un conocido mío llamado Andrés, un muchacho bastante perezoso, animándose a sí mismo: «¡Anda, Andrés!», pero, claro, uniendo las palabras y pronunciándolas con cierta rapidez: «Andandrés.» No es lo mismo que Andrade, pero bastaba para recordármelo.

No importa lo necia que resulte la comparación o la imagen; en la

mayoría de los casos, cuanto más necia mejor. He dicho a menudo que si cuando actúo en el escenario pudiera explicar las raras y necias asociaciones que establezco para recordar apellidos y otras cosas añadiría al programa un número realmente divertido.

Un apellido como D'Amico no es demasiado raro. Yo he conocido a varias personas que lo llevaban y lo he recordado representándome a una señora vestida como un rey de baraja de naipes (no sé por qué se me antoja esta imagen como la más parecida a un rey de la Edad Media en traje de corte), cantando al son de una lira unas Cantigas de Amigo, gallegas. Yo mismo no me explico bien cómo se me ocurrió semejante imagen. Me figuro que semiinconscientemente hice una mezcla en la imaginación de la idea del rey Sabio, de la poesía popular gallega, según las nociones adquiridas en el Bachillerato, y quizá de Nerón. Porque el caso es que la lira no es lo mismo que la gaita gallega. Pero recordaba bien el apellido citado, que era lo que me había propuesto. Una señora vestida de rey de oros cantando en gallego, acompañándose con una lira... Bastante ridículo, ¿verdad? Mejor. Cuanto más ridícula y estrambótica la imagen, mejor, más fácilmente se relacionará esa imagen con la faz de la persona, y más fácilmente se recordará el nombre, y más tiempo perdurará en la memoria.

Cuando haya conocido a una buena cantidad de personas, de caras nuevas, ya empleando mis sistemas, se encontrará usted en posesión de una serie de imágenes mentales y de pensamientos que aplicará con frecuencia a nombres con los cuales topará muy a menudo. Por ejemplo, para recordar a un López, siempre veo mentalmente a una niña que exclama mirándose la mano, con los dedos extendidos, toda manchada de pez, goteando pez: «¡Oh, pez!» Sabiendo que los Ferrer "son de origen catalán o valenciano y que en catalán *ferrer* es *herrero,* siempre me represento a un Ferrer, o Farrer, o Farré con la figura de un herrero. Sí, empleo la misma imagen para estos tres apellidos; la memoria verdadera viene en mi auxilio y me dice en cada caso cuál de los tres es el que quería recordar. Pruébelo usted por sí mismo y verá que es así. He aquí otros sustitutivos «prefabricados» que empleo:

El nombre de Davis o el de David me hacen pensar siempre en la famosa Copa Davis del tenis. Cuando encuentro a una persona que lleva un apellido similar a éstos, veo mentalmente una grande y hermosa copa de metal precioso. Si encontrase a un Davidejo, me imaginaría (David, hijo), una copa grande y a su lado otra pequeñita, su hijo. ¡Es una tontería, no cabe duda, pero resulta bien! Si David, Davis y otros similares traen una imagen diferente —acaso la del rey David— a su mente, empléela. Para los nombres que terminan en *esa* o en *eza* introduzco invariablemente, como uno de los elementos de la asociación, el objeto *mesa.* Pongamos el caso de Fornesa. Veo un horno (forno-horno), sobre una mesa. Muchos apellidos terminan en *ez,* o en *ía,* o en *ton.* Para los primeros asocio siempre a los demás elementos que empleo en la asociación el concepto «hez» (perdón, amigos Pérez, Ramírez, etc.; no se trata de tomar sus apellidos en sentido despectivo, sino de un simple recurso nemotécnico), en su acepción concreta de poso o hez que deja el vino en el fondo de las cubas donde se guarda mucho tiempo. Así en Pérez veo una «pera» cubierta de dicha «hez». En Ramírez veo un «ramo» como los del domingo de ramos, retorciéndose de «ira» al verse manchado con «hez» (ram-ir-ez). En el caso de los apellidos terminados en «ía» o en «ías», suelo asociar una «tía» a las otras palabras empleadas. La terminación «ton» suelo tomarla como una abreviación —una abreviación tomando el final y no el principio del vocablo— de «montón», o bien como la

abreviación de «tonelada», tal como suele verse escrita en los camiones, por ejemplo. En consecuencia, siempre asocio la idea de algo voluminoso y pesado a las demás que me sugiera aquel apellido. Muchos apellidos extranjeros terminan en «berg». Si no recuerdo mal, «berg» en algunos idiomas nórdicos significa «monte», «montaña»; y por ello utilizo en dichos apellidos la imagen de una «montaña». La práctica de mi sistema le llevará a usted a adoptar una serie de imágenes hechas para muchas terminaciones iguales o semejantes de los nombres propios.

Claro, para los nombres de origen extranjero, el conocimiento de otras lenguas aprovecha notablemente para forjarse imágenes con facilidad y rapidez. Además de la terminación dada anteriormente (berg), en alemán «baum» significa «árbol», «welt», «mundo», y en inglés «sea» (pronunciado «sí») quiere decir «mar», imágenes todas muy útiles para formar asociaciones. Hace poco conocí a un señor apellidado Zauber. Al hacer yo la observación de que era un apellido raro, aquel señor me dijo que en alemán «zauber» significa «mago». Yo ya me había representado mentalmente a un ladrón muy parisién tirando de la puerta de una caja de caudales y exclamando (en francés, claro; en el primer momento no se me había ocurrido ninguna imagen en español): «¡Ça, ouvert!» (sauver). Lo mismo esta imagen que «mago» servirían ahora para recordarme al apellido Zauber.

Entre personas de origen anglosajón, el apellido Williams es bastante frecuente. Por analogía de sonido siempre lo asocio con «billar». En español no son infrecuentes los apellidos «Sancho». Era inevitable, siempre los relaciono con nuestro entrañable Sancho Panza.

Una vez más debo indicarle, pues, la utilidad de emplear ciertas imágenes tipo para determinados nombres. Sin duda, usted adquirirá también, con el tiempo, este hábito. Recuerde bien, solamente, que no existe ningún nombre que no pueda transformar de algún modo para que adquiera ante usted algún significado, para el cual no sea posible encontrar otras palabras de sonido parecido y que susciten en la mente de usted una imagen o un cuadro que le recordarán aquel nombre cuando sea necesario.

Si bien el mejor modo de practicar consiste en lanzarse a emplear el sistema, aquí tiene algunos apellidos que yo creo absolutamente abstractos, desprovistos de significado. ¿Por qué no ver si sabe usted forjarse una palabra o un pensamiento sustitutivos para cada uno de ellos?

Poveda	McCarthy
Bradly	Morellini
Arcaro	Briskin
Moreida	Casselwitz
Belmonte	Marquerie
Platinger	Bertrán
Hurtado	Kolcisky
Aiztenarre	Sambellini

Si encontrase alguna dificultad en alguno de los apellidos anotados, he aquí cómo procedería yo para buscarles palabras sustitutivas.

Poveda: un cazador furtivo disparando a lo loco porque sabe que está en época de «veda». «¡Pum, veda! ¡Pum, veda!»

McCarthy: un cartero con los labios convertidos en una bocina, trayendo en la mano una carta descomunal. El hombre se abre paso a bocinazo limpio: «¡Mac, carta! ¡Mac, carta!»

Bradly: simplemente, una botella de coñac, con la palabra «brandy» en la etiqueta.

Morellini: una mora pintarrajeada con «hollín» comiendo fideos. (Los fideos me hacen pensar en lo italiano, y me inducen a poner la última i, que es lo que da el carácter italiano a ese apellido.)

Arcaro: «¡Arre, carro!», grita un antiguo carretero, de los de faja y tralla, mientras los dos mulos tiran cuanto pueden de un carro cargado hasta arriba.

Briskin: una botella de whisky, temblando de frío: «¡Brrr!»

Moreida: Mora ida. Mora de árbol, o de zarza (o una mujer mora, según le impresione más la imagen), que se va volando con unas alas que le han salido.

Casselwitz: un señor con levita le pregunta con una profunda reverencia a un criado con librea: «¿Qué hace el viz... conde?». Pronunciada un poco rápido: «¿Cacelviz...?»

Belmonte: la cosa no tiene discusión. Un torero dando un pase muy arrimado al toro. De no disponer de esta imagen, pensaríamos en un «monte» adornado con pendientes y un mantón. Un «bello» (bel) monte.

Marquerie: el mar (en el que veríamos, como en un espejo, una gran cara, riéndose). Un «mar» que «ríe».

Platinger: una «G» de platino.

Bertrán: un chiquillo que se planta en la acera, resistiendo a los tirones de su madre, porque quiere «ver trams» (ver tranvías).

Hurtado: un ladrón corre por el pentagrama, llevándose una nota musical (el do) sobre el hombro. «Hurta el do».

Kolcisky: col hecha cisco. Vea una col picada a trocitos pequeños.

Aiztenarre: «A y T y R.» Yo veo estas letras de metal, de latón brillante, puestas como rótulo en una puerta.

Sambellini: establezcamos una asociación entre «samba» (baile) y «lino».

Pues bien, si las imágenes que se le han ocurrido son completamente distintas, no se apure por ello. Lo que he querido poner de relieve es que por muy raro que parezca un nombre, por largo que sea, por difícil que resulte su pronunciación, siempre es posible encontrar una palabra o un pensamiento sustitutivos para remplazado. Con tal que esta palabra o pensamiento traigan a su mente el nombre que quería recordar, han cumplido de sobras su cometido. Y en el capítulo siguiente le enseñaré a emplear estos pensamientos o palabras sustitutivos.

17 OTROS DETALLES SOBRE NOMBRES Y CARAS

Ruth era una chiquilla dulce y encantadora y tenía muchos galanes y admiradores, pero su madre opinaba que ya era tiempo de que se casara.

En ocasión de estar leyendo un libro que hablaba del significado de los nombres, Ruth dijo:

—Madre, aquí dice que Philip significa «amigo de los caballos», y que James significa «adorado». Me gustaría saber qué significará Georges.

Y la madre contestó:

—Pidamos a Dios que signifique «hombre de negocios».

Ahora que ya sabe usted la manera de lograr que todo apellido signifique algo, mediante el empleo de una palabra o pensamiento sustitutivos ha de conocer la manera de asociar el nombre al rostro de su propietario de tal forma que uno de los dos elementos traiga a su mente el otro. Muchos sistemas nemotécnicos le enseñan al estudiante a formar un pareado o aleluya con el nombre; algo así como «Señor Pérez, di, ¿qué quieres?», o «El señor Trujillo es un pillo», o «Señor Toledo, ¡ay, qué enredo!»

Procedimiento que no está del todo mal, mientras uno no tope con un señor Caselnowitz, o un señor Smolensky. Y aun en el caso de que lograra encontrar una palabra que rimase con estos apellidos, lo que me declaro absolutamente incapaz de comprender es cómo se las arreglaría para que el pareado le ayudase a recordar la cara, para que la cara le recordase el pareado; es decir, para que uno de los dos elementos le trajese a la memoria el otro. No, en realidad, no creo que el recurso ese de las aleluyas sirva de mucho. A mi modo de entender la única manera de recordar el apellido de una persona, consiste en asociar dicho apellido con la cara de la persona, pero de una manera estrambótica, formando con los dos un cuadro o una imagen raros. He aquí el procedimiento.

Siempre que salude usted a una persona nueva, fíjese en su cara y trate de descubrir un rasgo fisonómico que destaque entre los demás. Cualquiera de ellos sirve: ojos pequeños, ojos grandes; labios gruesos, labios delgados; frente alta, líneas o arrugas en la frente; nariz ancha, ventanas de la nariz muy dilatadas, ventanas de la nariz estrechas; orejas grandes, orejas pequeñas, pabellones de las orejas muy separados de la cabeza, hoyuelos, hendiduras o grietas de la piel, verrugas, bigote, líneas en el rostro, mentón grande, mentón retraído, mentón saliente, línea de los bordes del cabello, boca grande, boca pequeña; dientes… En fin, cualquier detalle de la fisonomía.

Y no es cuestión de pararse en grandes análisis; usted deberá escoger aquel rasgo que le parezca más notable. Acaso no lo sea, en realidad; quizás otra

persona escogiese, y con más acierto, otro completamente distinto. No importa, lo que a usted se le antoje como más notable será aquello que volverá a llamarle la atención la próxima vez que vea a esa persona. Lo que importa es que, mientras está buscando un rasgo fisonómico sobresaliente, usted concentra su atención y su interés en la cara, tomada en conjunto. Está usted observando un rostro y grabándolo en su memoria.

Una vez elegido el rasgo sobresaliente, usted está ya en condiciones de asociar el apellido al rasgo en cuestión. Por ejemplo, el señor Sacos tiene la frente muy alta. Usted podría «ver» millones de sacos saltando de su frente, o ver su frente convertida en un saco. Ya ve, pues, que debe emplear las mismas leyes y principios que le enseñé al comienzo del libro. Y el más importante de todos aquellos principios es que debe ver real y verdaderamente, con los ojos de la imaginación, el cuadro que se le haya ocurrido. Mire usted la cara del señor Sacos y «vea» brotar y caer de todos los puntos de su frente miles de sacos. ¡He ahí el secreto de la cuestión! Si el señor Labotella tuviese una nariz muy grande, yo me lo imaginaría con una botella por nariz y agarrándola con la mano para que no se la quitaran.

Acaso el señor Gelmírez tuviese unas cejas muy pobladas. Como para recordar el apellido yo me habría formado la frase sustitutiva «ángel mira hez» y me habría representado el cuadro de un ángel mirándose la mano, por ejemplo, sucia de heces de vino, ahora vería al ángel de antes limpiándose las manos, pero volviéndolas a pasar por las cejas del señor Gelmírez, y cada vez vuelven a quedarle sucias de heces de vino. Con ello introduzco, además, ACCIÓN en el cuadro. Recuerde usted que el hecho de que yo le ponga estos ejemplos no significa que sean los únicos ni los mejores. Acaso usted hubiera escogido otro pensamiento sustitutivo para el apellido Gelmírez, y se hubiera fijado en otro rasgo fisonómico. Da lo mismo. Tanto una cosa como la otra son de libre elección de la persona que se propone recordar aquel nombre y aquella cara. La palabra sustitutiva que se le ocurra con el menor esfuerzo, el rasgo que se le antoje más destacado en el primer momento, y la asociación que surja de una manera casi automática en su mente, son, no cabe duda, los que mejor le servirán.

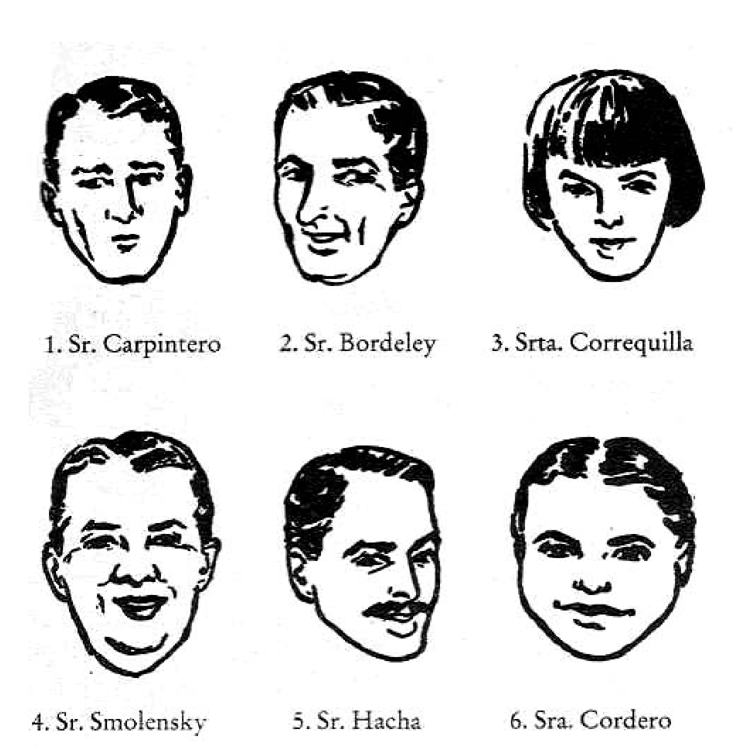
Algunas personas pensarán, al principio, que el encontrar una palabra sustitutiva para el apellido de alguien y el asociar luego esa palabra con un rasgo sobresaliente de su cara exigen demasiado tiempo. Puede que les parezca embarazoso que otros se percaten de que son observados con gran atención. Créame, por favor, no se necesita tiempo ninguno. Después de un mínimo de practica, verá usted que ha encontrado un pensamiento o palabra sustitutivos (si ello es necesario) para el apellido y los ha asociado a la cara de la persona a la cual quiere recordar en menos tiempo del que se tarda en decir «¡Hola!». Como en todo lo demás, en esto el esfuerzo más difícil es el primero. Claro, lo más sencillo sería continuar abandonándonos a la pereza y continuar olvidando apellidos y nombres, pero, pruebe usted mi sistema y pronto estará de acuerdo en que resulta muy fácil recordarlos.

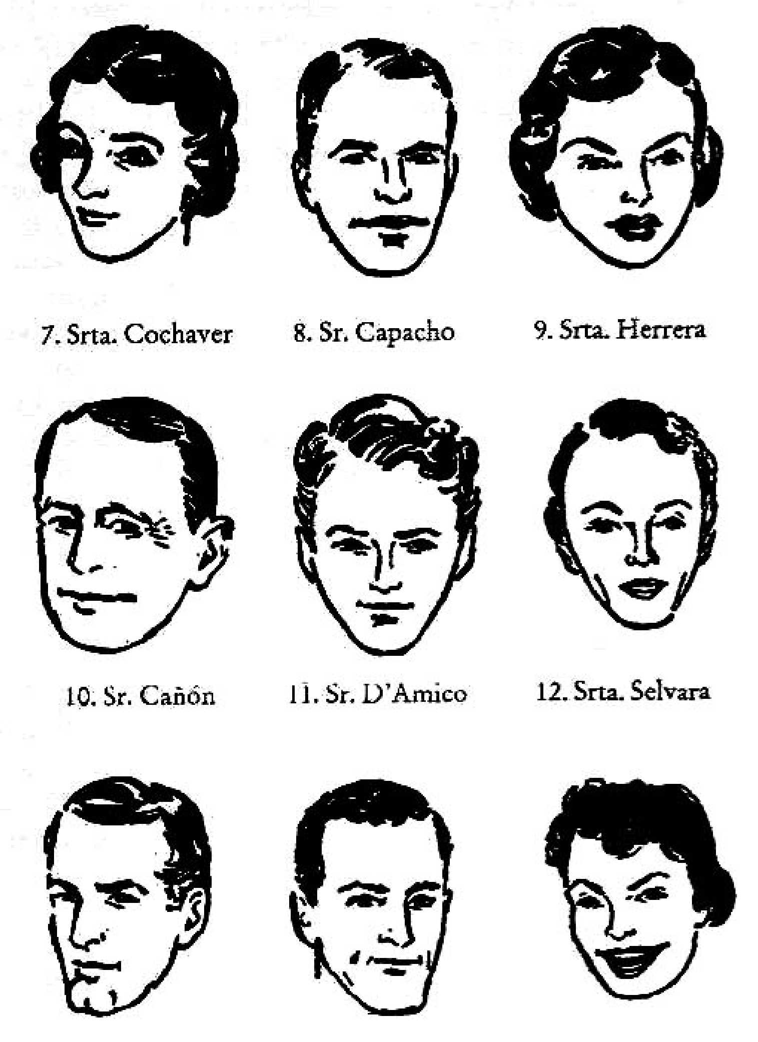
Y el mejor modo de practicar y entrenar la memoria para recordar nombres y caras consiste, sencillamente, en ponerse a ello. De todos modos, para infundirle a usted un poco de confianza, hagamos la siguiente prueba: estoy seguro de que antes de leer este libro, la mayoría de ustedes se creían perfectamente incapaces de recordar y retener los nombres o apellidos de quince personas si se las presentaban todas a un mismo tiempo. Si hizo usted la

prueba del capítulo 3, sin duda lo advirtió. Bien, permítame ahora presentarle los retratos de quince personas, sólo para demostrarle que puede recordar el apellido v la cara de todas, ayudado por mis sistemas. Por supuesto, con retratos no resulta tan fácil, porque uno no ve las caras, sino un plano, mientras que de ordinario, en la realidad, las ve en tres dimensiones. Acaso resulte un poco laborioso notar algún rasgo destacado en un retrato, pero voy a tratar de ayudarle con cada uno de los rostros aquí reproducidos.

El número 1 es el señor Carpintero. Este nombre no presenta problema ninguno, puesto que posee ya un significado propio. El paso siguiente es el de hallar un rasgo destacado en la cara del señor Carpintero. Podría usted decidirse por su boca pequeñita. También, si mira con detención, observará una cicatriz en su mejilla derecha. Escoja el que le parezca de estos dos rasgos (el que más resalte ante los ojos de usted y asocie a él la palabra «carpintero». Podría usted ver a un carpintero trabajando en el rasgo escogido (no olvide el representarlo manejando útiles propios de su oficio), la boca, por ejemplo, tratando de hacerla mayor, o bien en la cicatriz, tratando de repararla. Lo más importante de todo es que vea realmente el cuadro que se ha imaginado, que lo vea, mientras mira el retrato del señor Carpintero, trabajando afanoso en esa cara; de lo contrario, olvidará usted el apellido. ¿Lo ha visto ya? En caso afirmativo, ocupémonos del retrato número 2.

El número 2 es el señor Bordeley. Fíjese en los largos hoyuelos de sus mejillas. ¿No ve además las profundas líneas que van de la nariz a la boca? Lo mismo que en todas las caras, son varios los rasgos destacados que encontraríamos en ésta. Yo utilizo los hoyuelos, y los veo rebosando de tricornios de guardia civil. Recuerde que yo empleo «guardia civil» como sinónimo de «Ley». Si usted hubiera escogido otra imagen para esta palabra, utilice la suya. Lo que importa es que mire el retrato del señor. Bordeley y vea el cuadro que se ha forjado.





El número 3 es la señorita Correquilla. Yo me fijaría en su peinado en cerquillo. Podría usted ver a varias personas paradas en sus cerquillos, rascándose violentamente, porque el pelo de la señorita les hace cosquillas. «¡Corre que me hace cosquillas!» Por supuesto, si usted se imaginara la quilla de una barca que corre a partirle ese peinado (Corre, quilla), el resultado práctico sería el mismo. Ahora fíjese en el retrato de la señorita Correquilla, y vea por un segundo el cuadro que haya elegido usted.

El número 4 es el señor Smolensky. No le asuste el apellido en cuestión, será fácil encontrarle una palabra o pensamiento sustitutivos. Yo vería a una persona esquiando sobre su ancha nariz, y luego parándose para «moler un esquí» entre dicha nariz y la rueda de una muela. «Moler un esquí», Smolensky. ¿Ve cuan sencillo resulta? Yo me he fijado en su ancha nariz; acaso usted habría preferido elegir su retraída barbilla. Elija el rasgo que le parezca más notable y vea al esquiador haciendo cisco un esquí entre una rueda de afilar y el rasgo elegido.

El número 5 es el señor Hacha. Yo vería un hacha arrancándole de un solo golpe el bigote. Vea el cuadro dándole un matiz violento. Violencia y acción facilitan el recuerdo. Asegúrese de ver mentalmente el cuadro.

El número 6 es la señora Cordero. Para recordarla yo vería un cordero asomando la cabeza por la ancha raya de su peinado. Acaso a usted le parezca que son rasgos más salientes sus regordetas mejillas, o su ancha boca, o sus oscuros ojos. Si es así, utilice uno de estos rasgos en la asociación. Lo que importa de veras es que mire el retrato y vea realmente el cuadro imaginado, al menos durante una fracción de segundo. '

El número 7 es la señorita Cochaver. Lo primero que noto en ella son sus ojos muy salientes. Y vería coches y más coches saliendo de los ojos de la señorita Cochaver, todos de un lado para otro, como si buscaran, si quisieran ver algo. Salen, pues, los «coches a ver» (Cochaver). Importa representarse al cuadro en movimiento ¡Pero, sobre todo, asegúrese de no dejarlo en una mera suposición de cuadro; véalo realmente con los ojos de la imaginación!

El número 8 es el señor Capacho. Fíjese en que tiene la boca muy ancha. Yo me vería a mí mismo arrojando en esa boca, que es un capacho, un montón de ropa sucia. Acuérdese, al mirar al señor Capacho, de ver esta imagen con los ojos de la muerte.

El número 9 es la señorita Herrera. Se trata de un apellido sencillo y relativamente corriente; pero no espere recordarlo si no se forja una asociación. Apellidos como García, Fernández, Castillo y Herrera, se olvidan con la misma facilidad que otros más largos y complicados, y parece como si este olvido fuese menos perdonable. La señorita Herrera tiene unos labios muy gruesos, casi parecen hinchados. Yo vería a un herrero golpeando con un martillo grande los labios de esa señorita. Los golpes del martillo son la causa de que se hinchen los labios. Si usted prefiere fijarse en las largas cejas de la señorita Herrera, es igual. Lo que importa es que, al mirarla, vea mentalmente por unos momentos el cuadro o asociación que ha decidido adoptar.

El número 10 es el señor Cañón. Escoja algún rasgo notable de su cara. Acaso sea ese pabellón de la oreja que se separa de la cabeza, o las líneas que tiene en el ángulo del ojo, o los delgados labios. Luego puede usted ver el cañón disparando contra el rasgo elegido, o desde el mismo. Escoja la asociación que prefiera y véala con los ojos de la mente.

El número 11 es el señor D'Amico. Es imposible no fijarse en su espesa y ondulada cabellera. Véala como un gran chorro de su licor o refresco preferidos manando de un surtidor en forma de cabeza, y véase a usted mismo llenando una copa o vaso exageradamente grande en ese surtidor, al mismo tiempo que exclama: «¡Convite de amigo!» «¡De Amico!»

El número 12 es la señorita Selvara. Yo vería nacer árboles de esas líneas profundas bien marcadas de la parte inferior de sus mejillas. Y si quisiera recordar bien el nombre entero, vería unos árboles arando las mejillas de la señorita. «La selva ara.» Tenga buen cuidado en pintarse este cuadro en su mente.

El número 13 es el señor Pimentel. Lo primero que me salta a la vista es la hendidura de la barbilla del señor Pimentel. Yo me representaría un chorro de pimentón manando de aquella hendidura. Con ello me bastaría para recordar el apellido Pimentel, a pesar de que el nombre de la cosa asociada no sea «pimentel» sino «pimentón». Pero, si quisiera concretar y asegurarme más, entre el chorro del pimentón vería saltar de vez en cuando unos paquetitos del mismo producto con una etiqueta: «Pimentón Tel.» Vea usted este cuadro.

El número 14 es el señor Montargente. Desdoblemos el apellido en dos palabras: Monte y argente. Ahora recordemos que en latín *argentum* es plata, y que de ahí se han derivado otras palabras, como el adjetivo *argentino* (de plata), etc. Con ello, en este caso, la similitud de sonido nos puede hacer identificar «argente» con «plata». Por lo demás, el rasgo que me llama la atención en la cara de Montargente es su prominente mentón. De ahí que lo vea como un montículo de plata, argentino. Véalo usted también; véalo brillante, lanzando destellos blancos. Aunque no sea el rasgo más notable de esa cara, quizá le diese buen resultado a usted ver un monte de plata en cada mejilla, blanco y brillante, descendiendo hasta las líneas contiguas a las comisuras de los labios. Utilice el cuadro que mejor le parezca, pero recuerde que lo más importante es que lo vea claramente con los ojos de la imaginación.

El número 15 es la señorita Triguero. Yo vería millones (con esto introduzco el factor exageración) de sacos de trigo, algunos desatados y soltando chorros de dicho cereal, cayendo de la boca de la señorita Triguero. Asegúrese de que, al mirar a la señorita Triguero, ve usted el cuadro en su imaginación.

He seleccionado a propósito una amplia variación de apellidos para demostrar que la singularidad o rareza de la palabra a recordar importa poco. Acaso usted desee repasar rápidamente las antedichas caras para reafirmar en su mente las asociaciones formadas. Bien, aquí tiene ahora los mismos rostros, colocados en orden distinto, y sin los apellidos respectivos. Vea si es capaz de escribir debajo de cada rostro el apellido correspondiente. Cuando haya terminado, compruebe el porcentaje de aciertos ¡y pásmese al ver los progresos conseguidos en el arte de recordar nombres y caras!

Si se le presentase alguna dificultad para recordar uno de los nombres, sería porque no ha establecido usted una asociación suficientemente vivida; porque en realidad no ha visto el cuadro en su imaginación. En este caso, contemple otra vez la cara cuyo nombre no recuerda, fortalezca la asociación formada y pruebe otra vez. Casi seguro que, al segundo intento, recuerda ya todas las caras con sus nombres correspondientes. Y si se siente ya más seguro de sí mismo, ¿por qué no volver a intentar la prueba que hicimos en el capítulo 3 y confrontar la puntuación que obtenga usted ahora con la obtenida entonces? Mañana, e incluso dentro de un par de días, vuelva a mirar las caras de este capítulo y las del capítulo 3 ¡y verá que sigue recordando cómo se llaman todas esas personas!

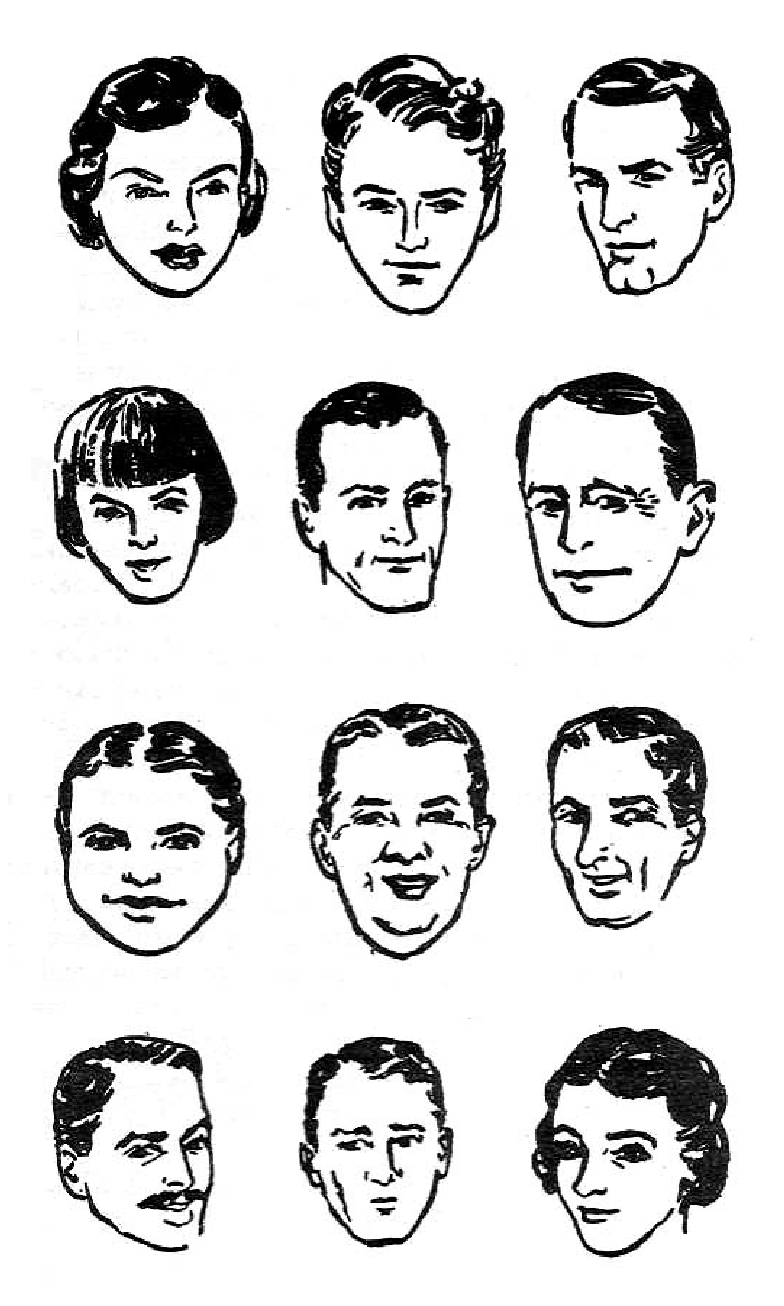
Y tenga presente que, si logra recordar los nombres de las caras reproducidas en dibujos o grabados, mucho más fácil será recordar las de las personas reales que le presenten. Además de que notará antes y mejor cuál es el rasgo destacado de cada una, hay otras muchas cosas que se pueden tomar en consideración, tales como el modo de hablar, los defectos de pronunciación, la actitud, el aire de aquella persona al andar, su porte, etc.

Si se encontrase usted en una fiesta familiar, en una reunión de amigos o en parecida circunstancia y quisiera presumir memorizando los nombres de todos los asistentes, podría hacerlo utilizando los sistemas recién aprendidos. Con todo, sentiría probablemente la necesidad de repasar los apellidos de aquellas personas alguna que otra vez. Para ello, cada vez que mire a una de ellas, debe hacer de modo que su nombre le venga al pensamiento. De esta forma lo rememora usted y lo graba con mayor firmeza en su memoria. Si tuviera

que dirigirse a una persona a la cual ha saludado ya, y no recordase cómo se llama, pregúntele su nombre otra vez, o pregúntelo a otro. Luego trate de reforzar la asociación que hizo la primera vez. ¡Haga la prueba! Dejará pasmados a sus amigos, y usted mismo se quedará sorprendido.

A quienes les interese aplicar lo aprendido a efectos prácticos, los que tengan que conocer a me nudo caras nuevas y les convenga recordarlas y recordar cómo se llaman, pueden emplear el recurso de escribir sus nombres, con finalidades de repaso. Según dije ya en un capítulo anterior, escribir el nombre al mismo tiempo que se emplea un sistema de asociación para recordarlo está muy bien. Al conocer o saludar a determinado número de personas, naturalmente, usted habrá puesto en práctica los sistemas aprendidos aquí. Luego, al final de la jornada, piense en cada una de las personas a las cuales ha conocido durante el día y a medida que sus respectivos nombres le acudan a la mente, anótelos. Al día siguiente repase esta lista de nombres. Mientras esté leyendo cada uno de ellos, en su mente se reproducirá una imagen de la cara de persona.



Retenga esta imagen un momento en su pensamiento y vea otra vez la asociación que formó para relacionar el nombre con la cara. No es preciso más. Repita la maniobra unos días después, luego una semana después, y luego unas pocas veces más, hasta que los nombres y rostros hayan quedado grabados en su cerebro.

Este procedimiento casi podríamos considerarlo adecuado para utilizarlo en un terreno experimental, porque en la realidad cotidiana, si usted quiere recordar a determinadas personas, será sin duda porque espera o se propone volverlas a ver. Y si las vuelve a ver, volverá a nombrarlas, con lo cual realizará un excelente repaso; de modo que el escribir los nombres casi era completamente innecesario.

Ahora bien, uno tiene que proceder como mejor le convenga, dadas las circunstancias de su caso particular. Lo que sí puedo asegurarle es que, si se decide a realizar el esfuerzo que puede significar, al principio, el poner en práctica mis métodos, éstos actuarán diligentemente en beneficio de usted.

18
ES CONVENIENTE RECORDAR DETALLES RELATIVOS A LAS PERSONAS

Es cosa que maravilla a todos los hombres que, entre tantos millones de caras, no haya dos exactamente iguales.

SIR THOMAS BROWNE

Sí, afortunadamente, todos los rostros son distintos, no hay dos exactamente iguales. Si todas las fisonomías fuesen iguales, con sistema o sin sistema, nos sería absolutamente imposible recordarlas y recordar sus nombres. Varias veces me han invitado —a guisa de reto— a recordar los nombres de pila de una pareja de gemelos idénticos. Hasta la hora presente, siempre he logrado encontrar una diferencia, si bien algunas veces realmente pequeña, entre la cara del uno y la del otro. Y a esa diferencia ha sido a lo que asocié sus nombres. Así, pues, como dicen los franceses: *«Vive la différence!»*

Si ha estudiado usted los capítulos anteriores sobre cómo recordar nombres y caras, y si ha puesto en práctica mis métodos, en estos momentos tiene que haber realizado grandes progresos. Aunque en la mayoría de los casos el nombre que jamás nos interesa recordar es el segundo, o sea, el apellido, es posible que alguno de ustedes esté interesado en recordar también los nombres patronímicos, o los apodos. También esto puede lograrse mediante el recurso de las asociaciones conscientes. El procedimiento a emplear consistirá en utilizar una palabra sustitutiva para el nombre patronímico, e introducirla en la asociación antes formada, o también uno puede representarse mentalmente a una persona a la cual conozca muy bien y que lleve el mismo nombre de pila, relacionándola con la persona cuyo nombre queremos recordar.

Encontrar palabras sustitutivas para los nombres patronímicos es fácil. Enrique podría ser «neo»; Carlos podría ser «cardos»; por Guillermo yo me represento siempre a un hombre con un arco y una flecha, en recuerdo de Guillermo Tell; al paso que Ricardo también me sugiere la idea de riqueza, pero para distinguirlos de los Enriques, a los Ricardos les añado un árbol que por frutos produce monedas de oro. Gloria podríamos representarla por una bandera; Mariano, por un marinero; etc. En muchos casos utilizaremos los mismos símbolos con que los imagineros distinguen a un santo de otro. Así unas llaves nos indicarán a los Pedros, unas saetas a los Sebastianes, una parrilla a los Lorenzos. También nos serán útiles en ciertos casos las advocaciones de los santos para recordar a los que llevan su nombre. Por ejemplo, para recordar que uno se llama Cristóbal de nombre de pila, podemos asociar a la imagen o cuadro formado con el apellido, un chofer con la cabeza rodeada por la aureola de la santidad; a un Isidro lo veremos con el arado en la mano, etc.

Si se habitúa usted al procedimiento de buscar palabras sustitutivas para recordar nombres de pila, al cabo de un tiempo dispondrá de una para cualquiera de los nombres que pueda tener que recordar.

El sistema de representarse a un amigo que lleve el mismo nombre de la persona en cuestión puede darle idénticos resultados. Si le presentaran a un señor llamado Juan Citrón, podría utilizar la palabra «cítrico» (ácido cítrico, contenido en los limones) para recordar el apellido, asociándola con el rasgo más notable de la fisonomía de dicho señor, y luego introducir en el cuadro, de una manera estrambótica, a un amigo que se llame Juan, y luego recordará que el nombre de pila del señor Citrón es Juan.

De nuevo debo advertirles que no he de ser yo quien le diga qué procedimiento ha de seguir, o si le conviene seguir los dos, según requieran las circunstancias. Esto queda a elección de usted. Si nota que un sistema le resulta más que el otro, no vacile ni un momento, aquél es el que debe utilizar en toda ocasión.

Si al principio el recordar los nombres patronímicos le cuesta demasiado esfuerzo o le produce confusiones, no se apure por ello; limítese de momento a recordar los apellidos. Siga una temporada así, y pronto descubrirá que sabe recordar los nombres de pila tan bien como los de familia, y viceversa. Nadie se sentirá ultrajado por el hecho de que usted recuerde solamente su apellido. Benjamín Disraeli tenía un recurso incluso para cuando había olvidado ambos nombres. Una vez lo reveló él mismo: «Cuando encuentro a un hombre cuyo apellido no logro recordar, me concedo dos minutos para ver si me viene a la memoria, y en caso negativo, pregunto invariablemente: "¿Y qué, cómo va su antigua dolencia?"» Y como casi todos sufrimos alguna enfermedad más o menos crónica, es muy probable que " Disraeli halagase en extremo a todos aquellos con los cuales empleó semejante recurso, haciéndoles creer que los recordaba muy bien. De todos modos, no es preciso recurrir a subterfugios; utilice usted mis sistemas y recordará perfectamente nombres y caras.

Se me antoja, empero, que mucho más que los nombres de pila interesa recordar hechos o detalles relativos a las personas con las cuales nos relacionamos. Esto resulta cierto lo mismo en el mundo de los negocios que en la vida de sociedad. En el terreno de los negocios, particularmente, pues en determinado momento podrá serle a usted muy útil recordar qué género o qué calidades o números de catálogo de una determinada mercancía le vendió a un cliente; o, si fuese usted médico, le interesaría recordar los síntomas y dolencias de sus pacientes, etc. Por lo demás, resulta en verdad muy halagador encontrar a una persona a la cual hace algún tiempo que no hemos visto y que nos pregunte cosas que nos interesan de cerca, y que a ella no le afectan para nada en absoluto. Si usted consiguiera hacer esto, no solamente se granjearía el aprecio de las gentes (a la gente siempre le gusta que uno se interese por lo que a ellos les interesa), sino que, en el terreno comercial, podría reportarle buenos beneficios.

El método es el mismo que para recordar nombres de pila: basta con introducir el detalle que interese recordar en la asociación que formemos al memorizar el nombre y la cara. Sí, por ejemplo, yo saludase por vez primera a un señor apellidado Campanero, al cual quisiera, otro día, causarle una excelente impresión, y supiera que es un coleccionista apasionado de sellos, asociaría, seguramente, «campana» o «campanero» a un rasgo sobresaliente de su rostro, y luego asociaría «sellos» a esa «campana» o a ese «campanero».

Quizás alguno de ustedes piense que este procedimiento le expone a uno a confundirse y creer luego que aquel señor se llama Campanisello, o cosa por el

estilo; pero no es así; también en este caso la memoria normal nos dirá la diferencia. Sabremos que el apellido es Campanero y podremos darle una satisfacción hablándole de su colección de sellos, o preguntándole pormenores de la misma.

En mis actuaciones ante el público, saludo con frecuencia a doctores, jueces, militares, y a otras muchas personas a las cuales corresponden otros tratamientos que los habituales de «señor» o de «don». Importa mucho que, al dirigirme a ellos, emplee el tratamiento indicado, puesto que aun cuando recuerde sus apellidos, las personas que tienen un título pueden sentirse ofendidas si no lo empleo, o si lo olvido. El recurso que utilizo es el mismo de antes; simplemente, introduzco algo en la asociación primitiva que me recuerde el título o el tratamiento correspondiente. Cualquier cosa sirve; lo mejor suele ser el primer objeto que le viene a la mente a uno cuando escucha el título o tratamiento. Para acordarse de «doctor», me imagino siempre un fonendoscopio, porque es el primer objeto que se me pinta en la imaginación cuando me hablan de un médico. Naturalmente, lo mismo servirían bisturí, jeringuilla de inyecciones, mesa de operaciones, etc.

Al saludar a un juez introduzco siempre en mi cuadro mental un birrete y una toga. Con ello me basta para dirigirme a él tratándole siempre de «señor juez». Quizás usted prefiriese verle con un gran libro de leyes debajo del brazo. Años atrás vi un retrato del alcalde de Nueva York Jimmy Walter con sombrero de copa. Por no sé qué causa aquel rostro se me quedó grabado en la memoria. Ahora, siempre que en alguna reunión me presentan al alcalde de una ciudad, tengo buen cuidado de introducir un sombrero de copa en la asociación que se me ocurre.

Muchas veces me han requerido para hacer pasar un rato agradable a una reunión de militares, y he tenido que prepararme de antemano palabras sustitutivas que me recordasen a quién había de dirigirme dándole el grado de sargento, teniente, cabo o comandante… A medida que los iba saludando iba introduciendo la palabra sustitutiva correspondiente en la asociación que formaba entre el nombre y la cara de cada uno, y luego me dirigía a cada cual sin equivocarme.

Ya ve usted que, para acordarse de detalles relativos a una persona, además de su nombre puede asociar con su fisonomía cualquier otra palabra. Una y otra vez he mencionado que debe emplear estos procedimientos para que ellos actúen en beneficio de usted. Y lo he mencionado porque el hecho tiene suficiente importancia para justificar toda repetición. Si adopta la actitud de que nada logrará remediar su pésima memoria, nada lo logrará, en efecto, puesto que usted mismo no permite que nada la remedie. Adopte, en cambio, una actitud positiva; ensaye estos procedimientos y experimentará una agradable sorpresa. Si ha leído desde el principio del libro hasta esta página, y si ha ensayado todos los procedimientos y sistemas que llevo expuestos, estoy seguro de que ha quedado ya convencido.

Le he dicho también que todos estos procedimientos y sistemas actúan como meros auxiliares de su memoria verdadera. Si, para empezar, no poseyera usted la capacidad de recordar, no recordaría, por muchos sistemas y métodos que emplease; ni siquiera sería capaz de recordar siempre dichos sistemas y métodos. Si usted se encontrara en el caso de tener que realizar un esfuerzo supremo para recordar, lo realizaría; no cabe la menor duda. El problema está en

que todos somos demasiado perezosos para realizar tal esfuerzo. Los sistemas contenidos en este libro no hacen otra cosa que facilitarle el esfuerzo mencionado. La necesidad de establecer asociaciones le exige prestar atención a aquello que quiere recordar; lo demás viene casi por sí solo.

Requeriría un tiempo y un espacio excesivos explicarle cuan útil me ha sido tener la memoria entrenada, aun dejando aparte mis actuaciones en público. Por supuesto, siempre hay personas que llevan las cosas a un extremo exagerado. Yo acostumbro a saludar y recordar de mil a tres o cuatro mil personas cada semana, y a veces más. Sería bastante estúpido por mi parte si me propusiera retener todos esos nombres y caras. Sin embargo, jamás sé si de pronto no me parará alguno por la calle, o en el cine, o mientras guío mi coche, o en alguna ciudad pequeña en la que acaso actuara hace dos o tres años, y me preguntara de sopetón: «¿Cómo me llamo?»

Esas personas esperan que las reconozca, a pesar de haberlas saludado casi al mismo tiempo que a otras cuatrocientas. Lo realmente pasmoso es que del 29 al 30 por ciento de los casos, las asociaciones formadas quizá dos años antes vuelven a mi memoria después de haber reflexionado unos segundos... Y entonces sé cómo se llama aquella persona. En el caso de usted, no se presentaría un problema parecido porque estoy seguro de que pocos de mis lectores estarán expuestos a tener que conocer de tres a cuatrocientas mil caras nuevas al año.

Creo que este libro jamás hubiera salido a la luz de no haber sido porque recordé el nombre de una persona. Había hablado del libro con el señor Fell, el editor, la primera vez que le vi. Él me dijo que meditaría mi proyecto, y en eso quedó la cuestión. Cinco meses después, período en el que conocí a varios millares de personas, quiso el azar que actuase yo ante un grupo de hombres solos en un almuerzo benéfico. De pronto se me acercó un caballero y me preguntó si le recordaba. Al cabo de unos instantes de meditación me di cuenta de que se trataba del señor Fell, quien, habiendo oído que actuaría en aquella fiesta benéfica, había ido para someterme a prueba. Le dije su apellido; y unas semanas más tarde reconoció implícitamente que, si no le hubiese recordado, mi obra no le hubiera entusiasmado ni la mitad de lo que le entusiasmaba ahora. Naturalmente, el buen señor quería comprobar si mis sistemas daban un resultado verdaderamente positivo.

Ésta fue una de las ocasiones en que el recordar cómo se llamaba determinada persona tuvo para mí una importancia grande. El recordar el nombre de una persona en el momento preciso puede tener un día para usted una importancia mayor todavía. Acaso sea el punto de apoyo que le abra las puertas de un empleo mejor, o de una oportunidad extraordinaria, o de un contrato de venta más ventajoso.

En consecuencia, ensaye estos sistemas, utilícelos, y estoy seguro de que sus esfuerzos quedarán cumplidamente recompensados.

19
ES ÚTIL RECORDAR NÚMEROSDE TELÉFONO

La chiquilla estaba tratando de comunicar con «Informaciones» para que le proporcionasen determinado número de teléfono.

EMPLEADA: Encontrarás ese número en el anuario telefónico.

CHIQUILLA: Oh, no puedo abrirlo. ¡Estoy subida encima para poder llegar al aparato!

Aunque la mayoría de ustedes no tendrá que subirse a la guía telefónica para llegar al aparato, sin duda tienen que utilizarla con frecuencia para buscar en ella números que ha olvidado. Cierto, muchas personas no creen necesario recordar números de teléfono, porque precisamente para eso está la guía; lo cual no impide que las compañías telefónicas tengan que mantener a una serie de empleadas en la sección de Información. A continuación de los lamentos sobre la imposibilidad de recordar nombres y caras, creo que la queja que se oye más a menudo acerca de la memoria es ésta: «¡Ah, simplemente, me es imposible recordar los números de teléfono!» Como dije ya en un capítulo anterior, la mayoría de memorias huérfanas de entrenamiento resultan unilaterales. Las personas que por lo común saben recordar números de teléfono, no recuerdan nombres, y viceversa. Naturalmente, yo me propongo que usted recuerde los unos y los otros, y todos con igual seguridad.

Mi buen amigo Richard Himber, famoso mago musical, dándose cuenta de que la mayoría de personas no logran recordar números de teléfono, quiso hacer algo por remediarlo. Consiguió que a todo el mundo le resultase muy sencillo recordar el que él tenía; le decía a la gente que le bastaría con señalar su nombre, R. Himber. No sé cómo se las arregló, pero el caso es que consiguió que las letras para su línea telefónica fuesen R H. El resto del número es 4-6237, que es el que resulta señalando í-m-b-e-r en el disco. Y ahora les suplico que no corran todos a llamar para ver si es cierto; ¡no duden de mi palabra!

Naturalmente, esto resolvería el problema para todo el mundo tratándose de recordar el número del señor Himber (con tal que uno recordase su nombre), pero, por desgracia, no todos podemos tener números así. No; ustedes tendrán que aprender a recordar números de teléfono y las empleadas de Información se lo agradecerán entrañablemente.

En Nueva York, los números de teléfono consisten en una palabra y un número para determinar el ramal de línea que le corresponda, y cuatro cifras para indicar el aparato correspondiente dentro de aquel ramal. Por ejemplo: Columbus, 5-6695. Formando una asociación estrambótica entre dos o tres palabras u objetos, uno puede memorizar cualquier número de teléfono; y añadiendo luego un pensamiento a esta asociación, puede recordar a quién pertenece dicho número.

La mayoría de teléfonos actualmente en uso son de disco giratorio, por lo

cual todo lo que nos es preciso recordar son las dos primeras letras de la palabra que nos da la central telefónica correspondiente, puesto que son las únicas que tendremos que señalar. Esas dos letras centrarán nuestra atención. Ahora, lo primero que debemos aprender es la manera de formar una palabra que nos ayude a recordar inmediatamente esas dos primeras letras del nombre y además el número del ramal de línea. Claro está, debería encontrar una palabra que podamos recordar fácilmente. Como ejemplo, podemos tomar el mismo número citado antes: CO-5-6695. ¿Cómo encontraremos una palabra que represente CO 5? ¡Muy sencillo! La palabra debe empezar por las letras «con» y el primer sonido consonante que siga debe ser el que le corresponde a la cifra 5 según nuestro alfabeto fonético. En este caso, es el sonido de «1» el que representa al 5.

Cualquier palabra cumpliendo estas condiciones, y que sea fácil de pintar en la imaginación, nos servirá perfectamente, sean las que fueren las letras que sigan a la «1», puesto que haremos caso omiso de ellas. Lo único que importa es la palabra que uno escoja con las dos primeras letras, y el primer sonido consonante que las siga. Por ejemplo, la palabra «columna» representaría muy bien CO 5; de las consonantes «mn» que siguen a la «1» prescindimos en absoluto. También las palabras colegio, coloquio, coliseo, cola, color, colmado, colcha, etc., llenarían las condiciones impuestas. Si se le ocurre a usted una palabra de la cual se forme fácilmente una imagen y que no tenga ninguna letra más después de la consonante que representa el número para la conmutación del ramal, úsela. La palabra «col» se adapta a la perfección al ejemplo propuesto.

De todos modos, recuerde que no es preciso que emplee una palabra que tenga solamente las dos primeras letras y el sonido consonante correspondiente al número de conmutación. La primera que se le ocurra suele ser la mayoría de las veces, aunque no siempre, la más recomendable. Si el número que desea usted grabar en la memoria empieza por BEchview 8, podría utilizar la palabra BEchuana. Pero yo advierto ahora que, acaso, sean pocas las palabras españolas que después de las dos letras B y E tengan como primera consonante una «CH». Otras direcciones telefónicas pueden situarnos en el mismo caso: es decir, en el caso de que nos resulte difícil encontrar una palabra que cumpla exactamente, como sería de desear, las dos condiciones impuestas, o sea, empezar con las dos primeras letras de la palabra correspondiente y tener luego como primer sonido consonante que las siga —podrá haber alguna vocal en medio— el que corresponda a la cifra de la conmutación. Este pequeño inconveniente no debe arredrarnos ni invalida el sistema. Una vez más repetimos que los sistemas y métodos enseñados en este libro no hacen otra cosa que ayudar a nuestra memoria normal o verdadera y colaborar con ella, y que ésta cuidará siempre de resolver las dificultades y colocar los detalles en su puesto con tal de que nosotros le hayamos proporcionado el modo de recordar lo principal. Así, pues, si no se me hubiera ocurrido la palabra «bechuana», que ya sabe usted que designa a una tribu negra del África y al territorio que ocupa, hubiera empleado yo la palabra «bache» o la palabra «pecho». ¡Ah —dirá usted—, pero la primera empieza por BA, y la segunda por PE! Es verdad, pero si hubiera empleado la palabra «bache» habría visto un profundo bache en una carretera, y sobresaliendo de él una «E» muy grande, como si un vehículo hubiese caído allí y hubiese quedado empotrado verticalmente; y de haber empleado la palabra «pecho», me habría representado el pecho desnudo de un atleta que llevase pintada una «B» muy grande. En los dos casos, la letra representada en la imagen

mental me habría recordado que, con aquella palabra, ocurría alguna anormalidad y la memoria verdadera me hubiera dicho en qué consistía la anormalidad. Hecha esta aclaración, aquí van unos ejemplos más para asegurarse de que comprende usted bien el procedimiento:

REgent 2 — reno — renta

ESplanade 7 — esfinge— esófago

GRaneary 8 — griego —gregario

DElaware 9— depósito — devoto

GOrdon 5 — gol — golpe

CLover 3 — clamor — clima

He dado sólo dos palabras por cada número, pero hay muchas otras que servirían igual.

¿Ve cuan sencillo resulta? No hay motivo para que no encuentre al momento la palabra que represente cualquier dirección telefónica. Permítame recordarle que dicha palabra debe tener significado para usted únicamente; para otras personas puede tenerlo o no tenerlo, esto a usted le importa poco. Si les propusiéramos un mismo número a diez personas, probablemente cada una de ellas utilizaría una palabra distinta para recordarlo. Aunque generalmente lo mejor es utilizar nombres sustantivos, no es preciso que debamos limitarnos a ellos, podemos utilizar cualquier otra palabra. Muchas veces algunos de ustedes encontrarán más cómodo emplear una palabra extranjera que conozcan que no andar buscando con disimulo una en el propio idioma, y harán muy bien procediendo de este modo. Lo único que importa es que aquella palabra les recuerde el principio del número que quieren memorizar. Yo podría darles una lista de todas las palabras indicando las centrales principales de Nueva York y de los números de conmutación de dichas centrales, y podría proporcionarles también una lista de palabras para representar a unos y otras. Podría dárselas, pero no quiero. No creo que con ello les hiciese ningún favor. Es mucho mejor que cada uno de ustedes se forje las palabras a medida que las necesite, en lugar de memorizar una larga lista de ellas.

Aun a riesgo de repetirme demasiado, debo decir otra vez que la imagen que se forme en su mente depende por entero de usted mismo; yo no puedo ayudarle. Una misma palabra suscitará en su mente una imagen o un cuadro completamente distintos de los que suscitaría en la mía. En realidad, a veces yo ni siquiera utilizo ninguna palabra, sino un pensamiento. Por ejemplo, para Regent 2, yo emplearía la palabra «Reynard». «Reynard», para mí, es el zorro. Reynard el Zorro era uno de mis personajes favoritos en mi niñez. Claro, si no leyó los cuentos infantiles que yo leía entonces, la palabra Reynard no significaría nada para usted. Pero, evidentemente, esa palabra suscitaría en mi cerebro la figura del zorro. La memoria verdadera se encargaría de indicarme que el número de teléfono empezaría por RE 2, y no por ZO 0 (siendo la «R» la representación del número 0). Le cuento todo esto para que vea usted que hasta en el caso de que no se le ocurra en el momento ninguna palabra apropiada para un determinado número, además de aplicar la norma de modificar palabras con sentido que le di antes, puede recurrir a formarse una palabra o frase sin sentido y éstas le ayudarán luego a recordar el número. Lo mismo podría advertirle no solamente tratándose de números de teléfono, sino en toda ocasión en que se vea precisado a formar una palabra para asociarla con algo.

Pasemos ahora al resto del número telefónico. Una vez comprendida la manera de formar una palabra para el nombre y el número de conmutación, el resto es sencillo. Ya no nos queda otra cosa que las cuatro cifras finales. Lo más sencillo consiste en partirlas en grupos de dos, y luego enlazamos las dos palabras colgadero que les corresponden. Para el número 4298 asociaríamos cuna (42) a bache (98); para el 6317, sima (63) a tufo (17); para el 1935, tubo (19) a mulo (35), etc. Y ahora que ya tenemos todos los ingredientes necesarios para recordar números de teléfono, lo único que falta es mezclarlos. Utilicemos, para ejemplo, CO 5-6695. Para recordar este número nos bastará asociar col (CO 5) a seso (66) y a bala (95). Para el número AL 1-8734, emplearíamos la siguiente asociación: altar a chufa y a Meca, y para OX 2-4626, formaríamos una palabra en realidad sin sentido, y le atribuiríamos uno, o, si sabemos inglés, escogeremos *oxen* (que significa bueyes) y enlazaríamos con cazo y con nuez.

Y ahora, antes de enseñarle la manera de recordar a quién corresponden los números de teléfono que está usted grabando en su memoria, permítame hacerle notar que el procedimiento estudiado presenta un bache de consideración. Supongamos que memoriza usted uno de los ejemplos anteriores: AL 1-8734, y ve un altar comiendo chufas y cada chufa se hincha y estalla dejando salir una gran mezquita, con la media luna y la tumba de Mahoma. Evidentemente, como usted sabe ya las centrales principales, no tendrá dificultad en establecer que el principio del número es AL 1, y que las dos parejas de cifras son 87 y 34. ¡Ésta es la pega que envuelve al procedimiento! Cabe la posibilidad de que en un momento dado no sepa usted decidir qué pareja va delante y cuál detrás, y se quede en la duda de si ha de marcar el 8734 o el 3487. Por supuesto, la memoria verdadera correría probablemente en su auxilio; recordemos siempre que todos estos sistemas son auxiliares de la memoria verdadera, y que, a pesar de las deficiencias que podamos reprocharles, son buenos, puesto que sin ellos casi seguro que no hubiéramos recordado ninguna de las cuatro cifras. Por otra parte, si queremos recordar un número de teléfono, será sin duda porque tenemos que utilizarlo, y al utilizarlo ayudamos a nuestra memoria, y pronto quedará perfectamente establecida en ella cuál es la pareja de cifras que va delante.

Con todo, podemos aceptar el caso teórico de querer aprender un número de teléfono que tardaremos algún tiempo en utilizar. Entonces disponemos de varios métodos para evitar la posible confusión, unos buenos y otros no tan buenos. Voy a proponerle en seguida tres o cuatro de dichos métodos, y usted escogerá los que le parezcan mejores.

El primer método consiste en sujetarse de un modo riguroso al sistema de la cadena, para enlazar las palabras, y no contentarse con formar un cuadro estrambótico. En el ejemplo dado para AL 1-8734 he seguido en realidad el sistema de la cadena, y quizás a causa de ello no haya visto usted tan fácilmente la posibilidad de confusión. Pero de seguro reconocerá que las tres imágenes que uno baraja en este caso le exponen a caer en la tentación de «ver» el altar dentro de esa mezquita que para nosotros representa la Meca, saltando de contento por comer chufas. ¡Ya esta el orden alterado! Y aun cuando el conocer de antemano las diversas centrales, y el auxilio de la memoria normal, nos recuerden que el principio es AL 1, queda la alteración entre Meca y chufa, o sea, entre 34 y 87. En cambio, si nos sujetamos rigurosamente al sistema de la cadena, asociando el primer elemento con el segundo y éste con el tercero, como luego recordamos la cadena en el mismo orden, sabremos que tenemos el

número también en el orden adecuado.

Otro procedimiento —y precisamente uno que yo utilizo con frecuencia— consiste simplemente en formar un cuadro estrambótico, pero estableciendo en él un orden de prioridad lógico. Por ejemplo, supongamos que tuviéramos que asociar los tres elementos siguientes: taco, lazo y mono, los cuales van colocados por este orden. Si nos figuramos al taco cogiendo con un lazo al mono (y para mejor establecer el orden vemos al mono chillando y haciendo muecas de enfado y gestos por soltarse) habremos establecido un orden lógico (lógico en cuanto a la sucesión, no en cuanto a la posibilidad de la imagen), gracias al cual no tendremos confusión alguna para recordar que lazo es el segundo elemento y mono el último. Y como las palabras se traducen en números, señalaremos el que nos interesa en su orden correcto. Permítame que le ponga todavía otro ejemplo. Para el número DE 5-3196 las palabras delantero, mito y buzo bastarían para ayudar a la memoria. Pero si, además, se imagina a un delantero de fútbol de pie sobre las olas del mar disparando balones contra Venus (recordará que por mito escogimos a Venus naciendo de la espuma del mar), la cual los coge y entrega a un buzo que sobresale del agua, habrá formado usted una asociación delante de la palabra mito, y ésta delante de la palabra buzo; con lo cual usted conoce que el número es 3196 y no 9631.

A continuación del procedimiento expuesto, el que empleo más a menudo es el siguiente: procuro encontrar una palabra que reproduzca más de dos de las cuatro cifras últimas. Si las reproduce todas, mejor, si solamente reproduce tres sé de todos modos que aquella palabra va delante de la que sólo representa una cifra. Por ejemplo, con el número ST 3-4918 posiblemente me figuraré un enorme estambre en el centro de una flor que no es una flor, sino un capote torero y que por tallito tiene un señor, el «amo». El lector comprenderá que para la combinación de letras ST en español no hay más recurso que poner una E delante; la memoria verdadera nos dice que esta E debe suprimirse. De esta forma, como capote representa las tres cifras 491 y amo solamente la cifra 3, no puede haber confusión, 491 va delante y 3 es la última.

Me figuro que la mayoría de ustedes resolverán aprovechar uno o varios de estos tres procedimientos. No obstante, para que puedan elegir más a placer, aquí van dos o tres recursos más para evitar la posibilidad de entremezclar las cifras del número. Para el primer par de ellas puede usted emplear la palabra colgadero establecida, y para el segundo par puede emplear otra que no sea la palabra colgadero, pero cuyas consonantes cumplan los requisitos exigidos por nuestro alfabeto fonético. Por ejemplo, el número a recordar es el 6491; para las dos primeras cifras, como forman el número 64, usaremos *saco,* pero no usaremos *pito* para 91 sino *bota.* Con ello, al cabo de un tiempo recordará usted muy bien que las dos primeras cifras son 64, puesto que *saco* es una palabra colgadero, y *bota* no. Para el número IN 1-4084 podríamos asociar *indio, corro* y *choque.* Y como *choque* no es una palabra colgadero, las cifras que forman el número 84 han de ser las últimas.

Este último procedimiento se me ocurrió recientemente y he visto que da un resultado estupendo. Con él se acabó la posibilidad de confundir el orden de las cifras.

Todavía podríamos ensayar otros recursos, como el de imaginarnos uno de los objetos mucho mayor que el otro; pero no me inspiran demasiada confianza.

He dedicado tanto espacio a explicar estos procedimientos porque no sólo sirven para números de teléfono, sino también para recordar precios, direcciones, horarios, números de catálogo y cualquier otra cosa que nos exija memorizar números de cuatro cifras. Y volviendo a los números de teléfono, lo peor que podría ocurrir en caso de confusión es que se equivocara usted la primera vez al marcar el número, pero la segunda vez, indudablemente, lo haría bien.

Ah, de paso, si se diera el caso de que la primera cifra del par fuese cero, debería usted formarse una palabra con las consonantes correspondientes. Claro, la primera siempre sería la R. Así 01 podría ser rata; 02, rana; 03, remo; 04, roca; 05, rollo (cilíndrico); 06, rosa; 07, rifa; 08, racha (de viento); 09, robo. Y si encuentra la cifra 0 repetida (00) puede representar la pareja por rorro. Yo le recomendaría que aprendiese de memoria estas diez palabras colgadero y las asociase, para mayor seguridad, con las que ya sabe correspondientes a números de dos cifras (para lo cual no tiene más que prolongar la cadena que en su momento formó con aquéllas; y así, al mismo tiempo, la repasará) porque pueden serle muy útiles cuando trate de recordar números de muchas cifras.

¡Bien, ahora ya sabe usted cómo memorizar cualquier número de teléfono! Para saber de quién es la persona en cuestión ya sólo falta añadir una palabra a la asociación formada. Si es el de una persona con la cual trata usted habitualmente, por ejemplo, el sastre, el carnicero, el médico, el abogado, o cualquiera que por su profesión pueda representarse mentalmente, introdúzcalo en la asociación originaria. Por ejemplo, el número del sastre es FA 4-8862. Simplemente, asocie las palabras *sastre, foca, chacha y zona.* Si utilizara usted el procedimiento de no emplear la palabra colgadero para el último par de cifras, podría emplear *seno o sueno* en lugar de *zona.* Podría ver a un sastre tomándole las medidas a una foca enorme con cabeza de sirvienta (chacha) y un cesto en un brazo y una escoba en la otra (para ayudar a darle el carácter de sirvienta), todo ello teniendo por escenario un globo terrestre con la zona tropical marcada según dijimos al hablar de la palabra colgadero *zona.* Si le gusta a usted el procedimiento de encadenar ordenadamente (sistema de la cadena), y quizás en el caso presente sería lo mejor, encadene los cuatro objetos.

De parecido modo introduciríamos en nuestras asociaciones a personas de otros oficios, puesto que es fácil forjarse una imagen que nos lo recuerde. Pero si usted quiere recordar apellidos en combinación con sus números de teléfono, debe emplear el sistema de las palabras sustitutivas aprendido al estudiar el capítulo 16. Si el señor Hayes (un amigo americano) tiene el número OR 7-6573, usted podría imaginarse a una llorona (¡ay!, ¡ay!, ¡ayes!), dirigiendo un orfeón (or, para OR, y la «f» para la cifra 7) formado por sacos (saco=65) que cantan, mientras encima de cada saco toca su trompeta la Fama (73). Aunque la imagen nos ha salido casi de acuerdo con el sistema de la cadena, si queremos sujetarnos a éste para no alterar las cifras, podemos ver la llorona dirigiendo un orfeón, luego los cantantes del orfeón en el acto de meterse cada uno dentro de un saco y luego un saco del que sale la cabeza y el clarín de la Fama. En cambio, si usted prefiere el procedimiento de no emplear la palabra colgadero para la última pareja de cifras, sustituya fama por fiemo.

Figurémonos que quiere usted recordar que el número de teléfono del señor Montargente es JU 6-9950. Podría usted «ver» un brillante monte de plata sentado en el estrado en calidad de juez (JU 6), fumando una *pipa* gigante de la cual cuelga una *lira.* Y esto formaría una sucesión lógica en un cuadro

estrambótico.

Utilizaré el mismo número para demostrarle cómo hay que manejarlo empleando cada uno de los distintos métodos de recordar las cuatro cifras últimas en su orden debido.

Método de la cadena. Asociar monte de plata a juez (el monte de plata lleva birrete y toga y el libro de las leyes), luego juez a pipa (ahora es una pipa gigante la que lleva los atributos de juez) y por fin pipa a lira (veamos una pipa tocando la lira).

Si quiere usted emplear menos objetos en su asociación para este número particular, ¡puede representarse a un monte de plata actuando de juez que acusa a una papelera (9950)!

Y, para emplear el último método simplemente, cambiemos lira por otra palabra que nos represente el número 50, como loro, alero, etc.

Le he propuesto ejemplos de memorización de números de teléfono utilizando los diferentes procedimientos convencido de que ha de ser usted quien decida cuál le resulta más fácil. Como en todo lo demás que explica el presente libro, yo sólo puedo ponerle ejemplos teóricos; su imaginación debe encargarse del resto, porque usted es el único que puede decidir cuáles métodos le convienen más.

Dudo de que jamás crea necesario memorizar un número de teléfono que no piense utilizar muchas veces y durante cierto tiempo. El simple hecho de que quiera recordarlo indica que piensa utilizarlo. Como dije ya anteriormente, la asociación formada se lo traerá a la mente sólo las primeras veces nada más, precisamente porque después ya recordará usted el número sin necesidad de recurrir a ninguna asociación; se habrá grabado con firmeza en su memoria.

Lo mismo que en otros casos, también en esto requiere más tiempo la explicación detallada del método que el ponerlo en práctica. Es cosa de pocos momentos memorizar un número de teléfono. Por otra parte, a menos que usted quiera hacerlo en plan de exhibición, por lo común siempre le sobrará tiempo para buscar las palabras apropiadas. Y por de pronto, el mismo hecho de que deba pensar usted en el número a fin de encontrar esas palabras para formar la asociación contribuye a grabarlo en su memoria. Aun suponiendo que con este libro yo no consiguiera otra cosa que hacerle pensar en aquello que quiera usted recordar y concentrar en ello su atención, me daría por satisfecho y consideraría haber logrado mucho, porque, indudablemente, esto bastaría para acrecentar notablemente su memoria.

Y aquí otra vez mete baza por su parte el traductor español. ¿Para qué este capítulo sobre la manera de recordar números de teléfono, si en España no los tenemos tan complicados? Primero por lo mismo que ya señala el autor, es decir, que este procedimiento no solamente puede aplicarse a números de teléfono, sino a números de serie en producción de piezas, por ejemplo, modelos, direcciones, etc. En segundo lugar, porque todo puede llegar con el tiempo. No es imposible que dentro de unos años nuestra red telefónica sea tan complicada como la de cualquier otro país.

Entretanto, quizá convenga señalar que para recordar números de teléfono en España basta formar un cuadro o imagen con las tres palabras colgadero correspondientes a los tres pares de cifras que tienen los aparatos en las ciudades grandes, o con los dos pares de las ciudades menores. A esta

asociación añadiremos el nombre del propietario, de la misma forma antes estudiada. Y para recordar el orden de las parejas de cifras podemos emplear los mismos recursos antes expuestos. Si bien hemos de tener en cuenta que si empleamos una palabra que no sea la palabra colgadero —pero que cumpla los requisitos del alfabeto fonético— para el último par de cifras, debemos poner un cuidado especial en asociar bien el primer par —habiendo ahora tres pares— con el apellido del titular del teléfono, a fin de evitar confusiones entre el primer par y el segundo. De todos modos, yo le recomendaría que, hasta que no esté usted muy versado en estos métodos, se sujete al sistema de la cadena, el cual le hace recordar los objetos (y, por lo tanto, los números) en un orden establecido e invariable.

Y ahora podría usted comprobar los progresos realizados en la memoria para números de teléfono repitiendo la prueba número 6 del capítulo 3 y comparando las puntuaciones obtenidas.

20
LA IMPORTANCIA DE LA MEMORIA

A un hombre de negocios que viajaba por el Medio Oeste de Estados Unidos le hablaron de un indio que vivía en aquella población y que poseía una memoria fantástica. Nuestro viajero había terminado recientemente un curso para el mejoramiento de la memoria, y sintiéndose muy orgulloso de las habilidades aprendidas, decidió visitar al indio con objeto de ver cuál de los dos tenía mejor memoria. ¿Luego de haberse presentado, empezó a someterlo a pruebas. Pero el indio contestaba a todas sus preguntas con rapidez y precisión. Su mente parecía un almacén de conocimientos, lleno de datos tales como el número de habitantes de casi todas las ciudades de Estados Unidos, fechas notables, teorías científicas, etc. El hombre de negocios no conseguía ponerle en aprietos. Por fin, decidió probar con una última pregunta: «¿Qué tomó para desayunar la mañana del 5 de abril de 1931?»

El indio, sin vacilar un segundo, contestó: «¡Huevos!»

El hombre de negocios se despidió completamente atónito por aquella memoria prodigiosa. Al llegar a su casa contó el caso a todos sus amigos, y éstos se burlaron de él y replicaron que es muy corriente tomar huevos para desayunar, y que cualquiera hubiera respondido lo mismo.

A medida que pasaron los años, el viajante empezó a creerlo así, hasta que un día volvió a encontrarse de viaje por el Medio Oeste, y una tarde la casualidad le puso delante del mismo indio con el que había hablado años atrás. Queriendo hacer gala de su excelente memoria para las caras, levantó la mano en el saludo indio tradicional, y lanzó la igualmente tradicional exclamación de «¡Hau!», que en inglés puede confundirse fonéticamente con la pregunta «¿Cómo?».

El indio reflexionó sólo un momento, y luego respondió: «¡Revueltos!»

Si bien la anécdota anterior es perfectamente tonta, puesto que nadie le pediría a otra persona que recordase lo tomado para desayunar años atrás, le sorprendería a usted oír las preguntas que a veces me hace la gente. Si hablé con alguien tiempo atrás, éste es capaz de pedirme que repita la conversación palabra por palabra; o si me sorprenden leyendo un periódico, a lo mejor me lo arrebatan de un tirón e insisten en que demuestre que me lo he aprendido de memoria, también palabra por palabra. Tales personas no se dan cuenta de que lo más hermoso de tener la memoria entrenada está en que sé recordar aquello que quiero recordar.

Sería una estupidez memorizar palabra por palabra el periódico del día.

No hay necesidad de hacerlo. Sin embargo, puedo recordar y recuerdo todas aquellas noticias e informaciones que me parecen dignas de ser recordadas; simplemente, sin dejar de leer, formo asociaciones que me las recuerden. Hay ciertas cosas que todos queremos olvidar; por ejemplo, es norma de una excelente diplomacia acordarnos del día del cumpleaños de una señora, pero no de los años que cumple.

Cuando hayan terminado de leer detenidamente este libro, confío en que todos ustedes sabrán recordar todo lo que lean, si es que les interesa recordarlo. Lo advertí ya anteriormente, para retener algo en la memoria, lo primero es desear que quede en ella. Los sistemas aquí expuestos llenan la finalidad de facilitarles a ustedes esta retención. Acaso en este momento alguno de ustedes todavía no quiera reconocerlo así. Quizás opinen que resulta mucho más sencillo pararse un momento para tomar nota de un número de teléfono que entretenerse formando una asociación del modo que yo les he enseñado. Bien, debo admitir que puede resultar más fácil y rápido... al principio; pero con ello no aumentará usted la potencia de su memoria.

También es posible que se diga usted que habiendo millones de libros que consultar cuando necesita determinados datos, no es preciso molestarse por recordarlos. Y, por supuesto, cabe añadir que la mayoría de hombres de negocios tienen secretarias que cuidan de recordar lo que ellos no deben dejar olvidado. Sí, es cierto que los hombres de negocios tienen secretarias; pero probablemente su posición no les permitiría tenerlas si como premisa previa no hubiesen empezado por poseer una buena memoria. Además, ¿cuánto tiempo le parece a usted que conservaría el empleo la secretaria si ella por su parte no supiera recordar?

Aunque es cierto que hay millones de libros de consulta, y ciertamente nos prestan un excelente servicio, el abogado que defienda un caso ante un tribunal gozará de mucha mayor ventaja si tiene los detalles de un precedente en la memoria que si ha de pararse para consultarlos. Si se muestra capaz de citar páginas y artículos de los libros de leyes, el juez y el jurado quedarán, en verdad, muy favorablemente impresionados. Un carpintero no tiene que pararse a consultar un libro cuando debe emplear una determinada herramienta, simplemente sabe cómo debe manejarla. Si se presenta una complicación inesperada en la mesa de operaciones, el cirujano actúa inmediatamente. Si él no supiera lo que tiene que hacer, todos los textos médicos del mundo no bastarían para salvar la vida del paciente. Cuando usted consulta a su médico y le explica los síntomas de la dolencia que sufre, él no ha de recurrir a los apuntes tomados cuando estudiaba la carrera, recuerda ya qué enfermedades se manifiestan por estos o aquellos síntomas. Los hombres que descubren cosas nuevas sobre materias antiguas han de empezar por conocer primero todas las teorías viejas. ¿Habría podido un hombre como Einstein hallar teorías y fórmulas nuevas si no hubiese conocido y recordado las tradiciones? Claro que no. El teléfono habría quedado sin inventar si Alexander Graham Bell no hubiese sabido y recordado todos los medios entonces existentes para transmitir el sonido. Sin la memoria jamás hubiera tenido lugar ningún descubrimiento nuevo.

Así podría seguir hasta el infinito demostrando el cómo y el porqué de la importancia de la memoria, y que no siempre es factible o conveniente el ponerse a consultar libros o anotaciones. Casi todas nuestras acciones son posibles a causa de la memoria. Lo que solemos decir que hacemos por «instinto» lo hacemos en realidad gracias a la memoria.

En sí, el tomar nota por escrito de las cosas no basta para ayudarnos a recordarlas. ¿Por qué algunos muchachos quedan rezagados en sus estudios por más que tomen notas en clase? ¡No es porque sean tontos! Es porque no se acuerdan de su trabajo. En la escuela les mandan que recuerden determinadas enseñanzas, pero, por desgracia, no le enseñan cómo pueden recordarlas.

Ello nos permite superar el primer obstáculo, que siempre resulta el más difícil, en toda disciplina nueva que aprendamos. El primer esfuerzo requerido para entrenar debidamente la memoria consiste en aplicar real y verdaderamente mis sistemas. Úselos, y ellos actuarán por usted. El conocerlos, pero seguir anotándose los números de teléfono en un papel o en un cuaderno, es lo mismo que no conocerlos.

Si sabe usted escribir a máquina con una velocidad aceptable, ¿recuerda la sensación que experimentaba cuando empezó a aprender? Se figuraba que no llegaría jamás a dominar el teclado, y que aquellas personas que escribían bien era porque poseían mayores aptitudes para ello que usted. Probablemente ahora no comprenda cómo pudo hacerse aquella idea; nada le parece más natural que sentarse ante la máquina y escribir rápidamente. Pues lo mismo ocurre con una memoria entrenada. Yo creo que soy capaz de memorizar un número de teléfono en menos tiempo del que otra persona necesita para anotarlo; y cada vez que aprendo un número nuevo vigorizo aún más mi memoria. Al principio, cuando empecé a utilizar estos sistemas, tema la misma sensación que acaso experimente usted ahora, o sea, que es más fácil tomar nota de lo que interese y luego olvidarlo que molestarse formando asociaciones. Pero siga usted sin desanimarse y pronto le ocurrirá con esto lo mismo que con el escribir a máquina. Al cabo de un tiempo se maravillará de que al principio le costase un pequeño esfuerzo.

Pero, ante todo, tenga bien presente que lo que más importa es que forme siempre asociaciones estrambóticas e ilógicas. La mayoría de los sistemas enseñados hoy, y todos los del pasado, no encarecen bastante este detalle. Y hasta se da el caso de que algunos recomiendan establecer asociaciones lógicas. Por lo que a mí se refiere, tales sistemas no tienen sino un defecto: no sirven. No creo que en ningún momento sea usted capaz de recordar tan bien ni tan fácilmente una asociación lógica como una estrambótica. Algunos de los sistemas antiguos enseñaban al estudiante a correlacionar dos objetos, cuando quisiera recordar uno en conjunción con el otro. Correlacionar significa unir los dos objetos mediante otras palabras que sonaran igual, o significaran lo mismo, o fueran exactamente lo contrario, o fueran traídas a la mente por un proceso cualquiera. Y como esto resulta un excelente ejercicio de imaginación, permítame que se lo explique. Si, por algún motivo, usted quisiera recordar «lápiz» y «lámpara», podría razonar de este modo: Lápiz..., plomo..., pesado..., ligero..., raudo..., luz..., lámpara.

¿Ve usted el proceso? El lápiz le induce naturalmente a pensar en el plomo; el plomo es muy pesado; lo opuesto a pesado es ligero; ligero (por su doble acepción de poco pesado y de rápido) le lleva a pensar en raudo, y «raudo... como la luz» le lleva a pensar en lámpara. ¿Cómo establecería usted una correlación entre diamante y cigarrillo ?

Ahí tiene una manera: diamante..., anillo..., anillo de humo..., cigarrillo. En realidad, es posible establecer una correlación entre dos objetos, hasta entre los más dispares. Por supuesto, resulta mucho más fácil recordar lápiz y lámpara

asociándolos en la imagen de verse a uno mismo escribiendo con una lámpara en vez de lápiz. En lo tocante a diamante y a cigarrillo, si usted sabe verse fumando un diamante en lugar de fumar un cigarrillo, sin duda lo recordará mejor que estableciendo una correlación. Si he mencionado las correlaciones ha sido porque constituyen un excelente ejercicio para la imaginación y porque usted puede divertirse haciéndolo ensayar a sus amigos. El secreto está, naturalmente, en utilizar la menor cantidad de palabras posible para establecer una correlación entre dos objetos. El formar correlaciones es un procedimiento corriente para entrenar la memoria; pero es que, como le dije ya antes, los sistemas para recordar se remontan hasta los tiempos de la civilización griega. Creo que fue Simónides, el poeta griego, el primero que empleó un sistema análogo al del colgadero allá por el 500 a.C. Simónides utilizaba las diferentes habitaciones de su casa y los muebles de cada habitación como colgaderos. Resulta un procedimiento limitado, pero sirve. Si usted resolviese emplear las habitaciones de su casa y los muebles de cada una siempre en un orden invariable, tendría con ello una lista de palabras colgadero. Estos serían los objetos ya conocidos y recordados, y todo lo nuevo que tuviera que recordar lo asociaría a ellos.

Parece que a Simónides el procedimiento le daba buen resultado, porque se cuenta de él que mientras estaba recitando en un banquete, se hundió el tejado de la casa. Murió todo el mundo menos el rapsoda, y los cadáveres quedaron tan desfigurados que no lograban identificarlos. Simónides pudo decir quién era cada uno porque se había grabado en la memoria el orden en que estaban sentados a la mesa.

Retornando a los tiempos modernos, el general George Marshall consiguió una publicidad favorable por una ocurrencia que tuvo en una de las conferencias de prensa que celebró. Les dijo a los periodistas que quedaban autorizados para interrumpirle y preguntarle lo que quisieran mientras estuviese hablando. Los periodistas lo hicieron así, preguntándole detalles relativos a las materias que enfocaba en su charla. El general Marshall escuchó las preguntas, pero no las respondió de momento, sino que, siguiendo el hilo de su discurso, continuó hasta el final. Cuando hubo terminado, fijó la mirada en uno de los reporteros que le había dirigido una pregunta y se la contestó. Luego miró a otro y le respondió según la pregunta que le había formulado. Así continuó hasta haber contestado a todos. Este alarde de buena memoria dejó pasmados a los periodistas, pero es muy fácil llevarlo a cabo con la ayuda de un sistema para recordar.

Es fama que James Farley, el que fue administrador de Correos, conoce a veinte mil personas por sus nombres. En un reciente artículo publicado en el *New York Times,* Farley calificaba el recordar nombres como «la más efectiva de todas las maneras de halagar al prójimo». Ciertamente, su maravillosa memoria para los nombres le ha sido de mucho provecho. Se dice incluso que durante la campaña electoral el hecho de llamar a muchos oyentes por sus nombres influyó no poco en el triunfo de Franklin Roosevelt al presentarse por primera vez para la presidencia. Yo no espero que todos ustedes influyan en la elección de presidente, pero no cabe duda de que podrán mejorar su memoria más allá de lo que nunca hubieran osado prometerse si aprenden y emplean los sistemas que les enseña este libro.

21 NO SEA DISTRAÍDO

> Hacia el final de su conferencia sobre los maravillosos panoramas que pueden verse en este mundo, el famoso viajero exclamó: «¡Hay cuadros que uno no olvida jamás!»
>
> Al oírlo, se levanta en la última fila una señora menudita y, con aire tímido, le pregunta: «¡Oh, señor! ¿Tendría la bondad de indicarme dónde los venden? He comprado ya tres para el comedor y, antes de llegar a casa, siempre me los dejo olvidados en alguna parte.»

¿Sufre usted el contratiempo de dejar siempre ciertas cosas donde no deben estar? ¿Malgasta un tiempo precioso buscando las gafas o el lápiz que suele llevar sobre la oreja? ¿Pertenece usted a la clase de personas que están exclamando continuamente: «¡Pero si hace un momento lo tenía en la mano!»? ¿Esconde siempre sus joyas con tal cuidado que luego no logra encontrarlas? Señoras, ¿llegan constantemente tarde a las citas por el simple motivo de no saber encontrar el lápiz labial que prefieren? Y caballeros, ¿acaso sus respectivas esposas chillan y patalean mientras ustedes buscan laboriosamente ese gemelo del puño de la camisa que no saben dónde dejaron?

Si la respuesta a cualquiera de estas preguntas es afirmativa, corra, no se contente andando, corra hasta la librería más próxima…

Si se tratara de un programa de radio o de televisión patrocinado por una casa comercial lo dirían más o menos así, ¿no es cierto? Pero, bromas aparte, ¿no habré puesto el dedo en la llaga con alguna de las preguntas anteriores? Casi afirmaría que sí, porque pocos son los que tienen la buena fortuna de no sufrir distracciones en determinados momentos.

Muchas personas cometen el error de confundir la tendencia a la distracción con la falta de memoria. Yo creo que deberíamos considerarlas, en realidad, dos cosas completamente distintas. Personas poseedoras de una memoria excelente pueden ser distraídas. Todos ustedes habrán oído contar chistes y anécdotas del profesor distraído; con todo, pueden estar seguros de que para ser profesor lo primero que se precisa es una buena memoria. El centenar de chascarrillos sobre los sabios distraídos que antes de acostarse le dan cuerda a la mujer, sacan el despertador a evacuar aguas menores y besan al gato dándole las buenas noches, por todo lo que a mí me consta quizá sean ciertos, y no obstante, esto no significa, que dichos señores tengan mala memoria.

Estoy persuadido de que con un ligero esfuerzo y con las indicaciones contenidas en el presente capítulo, es posible corregir el defecto de la distracción. Le ruego, sin embargo, que no se figure usted que conseguirá tan apetecido resultado con el solo trabajo de leerlo. Será preciso que se empeñe en aprovechar los datos y consejos que le doy. Así y únicamente así le serán útiles. A veces pienso que muchas personas se limitan a leer de cabo a rabo un libro similar a éste, que luego jamás ponen en práctica las enseñanzas e indicaciones

contenidas en sus páginas y después se quejan de que no les ha servido para nada. Por supuesto, esto será verdad si usted se da por satisfecho leyendo el presente libro sin poner en práctica los sistemas que le enseña. Muchas personas mayores alegan que son demasiado viejas para aprender. Opino que lo que quieren decir es que son demasiado perezosas; ¡nadie es demasiado viejo! Ed L. Thorndike, una autoridad en materia de educación de los adultos, dijo que «la edad no es ningún impedimento para aprender un oficio o una profesión nuevos, o cualquier cosa que uno *quiera* saber en cualquier momento de la vida». La palabra «quiera» la he puesto en bastardilla yo; si usted quiere de veras aprender, puede; por tanto no saque la edad como pretexto.

En realidad, la distracción no es otra cosa que la j falta de atención. Si cuando uno deja las gafas en algún sitio fijara su atención en lo que hace, luego, cuando las necesitase, indudablemente, sabría dónde están. ¡Los diccionarios dan la palabra «preocupado» como uno de los equivalentes de «distraído», y sobre todo si tomamos la palabra «preocupado» en el sentido de «ocupado previamente», o sea, «ocupado en otra cosa», la equivalencia resulta exactísima, indiscutible. Las acciones intrascendentes que realizamos de continuo, como el dejar las cosas que tenemos entre manos, no son bastante importantes para ocupar nuestro pensamiento, con lo cual nos volvemos distraídos.

Y natural que si uno deja una cosa sin pensar, con un gesto mecánico, olvide dónde está, puesto que lo cierto es que jamás lo recordó, o lo supo. Unos momentos después de haber salido de casa es corriente que uno se pregunte si cerró o no la puerta, y la causa está en que la cerró inconscientemente, sin prestar atención a lo que hacía.

De modo, amigos míos, ¡que he resuelto ya su problema! Para evitar las distracciones piensen en lo que están haciendo. Sí, sé muy bien lo que de veras piensan ahora: «¡Caramba, ya lo sabía! ¡Si cada vez que dejo algo en un sitio o cierro la puerta, fuese capaz de fijarme en lo que estoy haciendo, no sería un distraído!» Tienen razón, pero, en este caso, ¿por qué no utilizan las asociaciones conscientes, con e! objeto de que les ayuden a recordar las cosas triviales? Pueden y saben hacerlo, y es fácil.

Por ejemplo, una cosa que nos fastidia a todos es que nos olvidamos de echar las cartas al buzón. O se olvida uno de llevárselas cuando sale de casa, o, si se las lleva, se le quedan en el bolsillo días y más días. Si quiere usted estar seguro de que se llevará las cartas al salir de casa, proceda de este modo: primero vea qué es lo último que suele hacer o ver al salir de su casa. Por mi parte, lo último que yo veo es la empuñadura de la puerta, porque siempre compruebo si la he cerrado. Y como esto es lo último que hago, establezco una asociación estrambótica entre empuñadura de la puerta y carta. Al salir de casa a la mañana siguiente y coger la empuñadura para ver si he cerrado, recuerdo la asociación estrambótica formada el día antes y me acuerdo de coger la carta. Lo último que hace usted al salir de casa puede ser otra cosa; acaso se despida de su señora, o (si es usted la señora) de su marido, con un beso... Pues bien, asocie este beso a la carta. Cuide de que la asociación resulte estrambótica e ilógica.



Y ahora, ¿cómo se asegurará usted de echar la carta al buzón? Uno de los recursos consiste en llevarla en la mano hasta que encuentre un buzón. Pero si prefiere llevarla en el bolsillo establezca una asociación entre el destinatario y el buzón de Correos. Vea la persona a la cual escribe sentada sobre el buzón, o sacando la cabeza por la rendija del mismo, etc. Si escribe a una persona a quien ya conoce bastante para verla mentalmente, emplee una palabra sustitutiva, según aprendió ya. Si escribiera a la Compañía Telefónica, asociaría usted un teléfono a un buzón. De este modo, cuando vea un buzón se acordará de que debe echar la carta. (¡Bueno, después de todo esto confío en que no habrá olvidado el pegarle un sello!)

Este recurso puede ser empleado para todas las cosas de poca monta que deba usted hacer y no quiera olvidar. Si tiene la costumbre de dejarse el paraguas en la oficina, asocie «paraguas» a lo último que hace al salir de ella. Si telefonea su esposa y le pide que al regresar a casa compre unos huevos, asocie «huevos» con la puerta de la calle, por ejemplo. Pero no, eso le expondría a no recordar el encargo hasta llegar a su casa; será mejor que asocie huevos a la tienda de comestibles, y de este modo en cuanto vea una, se acordará, entrará y los comprará.

Naturalmente, todo esto son ejemplos teóricos; en cada caso particular usted sabrá qué cosas tiene que asociar.

Llegamos ahora a las pequeñas molestias causadas por las distracciones, tales como el dejar las cosas en un sitio y después olvidar dónde están. El método para evitar esto es exactamente el mismo. Uno tiene que asociar el objeto con el sitio donde lo deja. Por ejemplo, si suena el teléfono y uno se pone el lápiz sobre la oreja, debe formar rápidamente una imagen mental con lápiz y oreja. Cuando haya hablado por teléfono y necesite el lápiz, recordará que se lo ha puesto sobre la oreja. Igualmente procederíamos para todo objeto pequeño, o para un encargo de poca importancia. Si tiene usted la costumbre de dejar las cosas en cualquier sitio, adquiera la costumbre de formar asociaciones que le recuerden dónde están.

Una de las preguntas que suelen hacerme al llegar a este punto es la siguiente: «Muy bien, pero ¿cómo recordaré el formar asociaciones para todas esas nimiedades?» La pregunta no admite sino una respuesta: al principio es preciso poner en juego un poco de fuerza de voluntad, y asegurarse de establecer las asociaciones. Cuando haya visto usted los resultados, estoy seguro de que cuidará de perseverar en la empresa y, antes de haberse dado cuenta, habrá adquirido ya el hábito.

No cabe duda alguna, este sistema ha de curar el defecto de la distracción. El motivo es obvio: con la mente en un sitio de un modo mecánico, automático, la mente le obliga a uno a pensar en lo que hace, al menos por una fracción de segundo, y con esto basta, no se precisa más. Si mientras cierra la puerta forma una asociación entre la puerta y llave, ya no es posible que la cierre mecánicamente. Y como está pensando en lo que hace, cuando más tarde se pregunte si ha cerrado la puerta, sabrá que sí. Cuando ponga el despertador, asocie el timbre con la mano, o con lo que le parezca más indicado. No importa lo que sea; lo que importa es que en aquel momento piense en lo que hace. Y de este modo se ahorrará el tener que levantarse de la cama más tarde para ver si ha puesto el despertador.

He dicho que la asociación no importa, y es cierto. En realidad, si

mientras hace girar la llave cerrase usted los ojos y se «viese» mentalmente realizando esta acción, no tendría que inquietarse luego en el cine sobre si ha dejado la puerta cerrada o abierta. Cerrar los ojos y representarse la acción que uno está realizando da tan buenos resultados como el formar una asociación, pues llena la misma finalidad: la de obligarle a fijar la atención en lo que hace en aquel instante.

He ahí todo el secreto del método. Sin embargo, jamás encareceré demasiado la necesidad de poner en práctica todo lo aprendido hasta aquí. Por favor, no se limite usted a leer estas páginas, a mover la cabeza afirmativamente diciéndose que es una gran idea y luego olvidarla por completo. Invierta el pequeño esfuerzo necesario al principio; después se alegrará, de haberlo hecho.

El capitán del barco habla con un marinero:

—No vuelvas a decir más «la parte trasera del barco». Eso que tú llamas «la parte trasera» es la popa, y aquello es babor; y la otra parte, estribor; y lo de allá, la canoa de tingladillo; y lo otro, el castillo de proa. Si vuelves a decir otra vez «la parte trasera del barco», te arrojo por…, por… ¡vaya, nombre!, ¿como lo diré?, ¡por aquel agujero redondo de allí!

Del mismo modo que se confunde la distracción con la mala memoria, también a menudo se la confunde con las obstrucciones mentales. Tampoco en este caso creo yo que tenga nada que ver una cosa con la otra. El tener una palabra o expresión bien conocida en la punta de la lengua y no poder recordarlas, no es distracción. La naturaleza de este hecho y el porqué se produce son cosas que ignoro; pero, desgraciadamente, ocurre; a mí lo mismo que a usted.

No puedo, por lo tanto, ayudarle mucho a vencer las obstrucciones mentales. No conozco ningún sistema que las evite. De todos modos, puedo recomendarle que cuando se encuentre afectado por una obstrucción mental procure pensar en cosas o acontecimientos relacionados con la cosa o el acontecimiento que quiere recordar. Si es el nombre de una persona conocida lo que no le viene a los labios, procure representarse la última vez que la vio, dónde estaban, qué hacían y qué otras personas se encontraban allí con ustedes.

La mente ha de trabajar según sus normas propias, indirectas, y muy a menudo el simple hecho de pensar en los detalles relacionados con aquello que uno desea recordar hace que el hecho principal surja de pronto en el campo de la memoria.

Si este recurso resulta infructuoso, lo mejor que puede hacerse es olvidar aquello, procurar no pensar en ello durante un buen rato, y lo más probable es que le venga a las mientes cuando menos lo espere. Es todo lo que puedo recomendarle en materia de obstrucciones mentales. Ponga en práctica estas dos indicaciones la próxima vez que sea victimare una obstrucción; ¡se quedará pasmado del magnífico resultado que dan!

22
DEJE PASMADOS A SUS AMIGOS

EL GRANJERO (enseñando sus posesiones a un amigo): ¿Cuántas ovejas dirías que hay en este rebaño? Veamos si echas un cálculo, a ojo, que resulte bastante exacto.

EL AMIGO (después de una breve pausa): Yo diría que hay unas cuatrocientas noventa y siete.

EL GRANJERO: ¡Caramba, chico, has dado en el clavo; ni una más ni una menos! ¿Cómo diablos has podido adivinarlo?

EL AMIGO: Ha sido muy sencillo, en realidad; he contado todas las patas ¡y luego he dividido por cuatro!

El alarde de memoria contenido en el presente capítulo quizá no sea tan pasmoso como eso de dividir las patas de las ovejas por cuatro, pero en cambio, es más fácil. Quizá le alegre a usted saber que no exige ningún cálculo, sino únicamente una memoria bien entrenada.

Un amigo mío que se dedica al negocio de tejidos en Nueva York me ha contado que se ganó una gran reputación recordando números. Casi cada día almuerza con algunas personas con las cuales sostiene relaciones comerciales, y tiene la costumbre de pedirles que le digan un número de cuatro o cinco cifras, que él lo aprenderá de memoria. El número de compañeros de mesa suele oscilar entre tres y seis, o sea que mi amigo ha de recordar de tres a seis números de cuatro o cinco cifras. Y los recuerda; durante el almuerzo cada uno de los comensales interrumpe cuando se le antoja para ver si continúa recordando el número que le ha dicho. En efecto; lo recuerda.

No menciono este hecho porque sea en sí una gran hazaña, sino porque representa un buen recurso para iniciar la conversación y porque ha prestado excelentes servicios a mi amigo, el cual me asegura que en su gremio todo el mundo habla de él y de su notable memoria. También lo menciono además para hacerle notar a usted hasta qué punto impresionan a la gente las demostraciones, sean cuales fueren, de buena memoria; y ello porque los que las presencian se figuran que ellos jamás serían capaces de emularlas. Si la gente se queda tan pasmada porque un hombre sepa recordar media docena de números de cuatro o cinco cifras, imagínese usted el fantástico efecto que podrá producir sobre el público en cuanto haya dominado la habilidad memorística contenida en estas páginas.

¿Le gustaría aprenderse de memoria la siguiente lista de números?

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
A —	3101	3262	6362	2356	9211	6066	5791	3212	6536	5106
B —	6108	4915	2014	4510	6435	4615	6652	9210	3965	3154

C —	6061	9612	9024	0950	6321	4614	9065	4010	4521	0121
Ch —	7195	4276	9636	6594	9721	7050	3042	1094	9091	64C1
D —	4061	1601	5120	3106	1062	1635	0265	4616	3863	6942
E —	5921	3611	3645	9526	6951	4590	3016	9530	7421	1050
F —	7350	6072	4556	8051	7263	3640	7532	7114	5326	3591
G —	7526	3526	5614	1324	8451	1566	3210	8592	7321	3510
H —	9610	9010	4092	8412	1061	7510	9105	5210	3561	1951
I —	9011	9619	3152	3111	4052	1096	5611	9592	2121	6562

¡Es cierto! ¡Usted puede memorizar fácilmente esta lista de cuatrocientas cifras! ¡Y no solamente recordará los números según su orden, sino también al azar! El procedimiento consiste en entregar a cualquiera una copia de la presente lista y dejar que le pregunte y compruebe la exactitud de sus respuestas. Acaso le pidan que diga toda la fila de cantidades que siguen a la letra G, o, descendiendo, todas las de la columna número 4. Quizá le pregunten el número correspondiente a E7, y usted contestará al momento 3016. ¡En resumen, usted les demostrará que aprendió de memoria toda la lista de números, y será cierto!

Mi buen amigo y perito en cuestiones de memoria, Bernard Zufall, fue el primero, según mis noticias, en emplear esta clase de habilidad. El la ha utilizado durante muchos años con números de tres cifras, en lugar de las cuatro cifras que aparecen aquí. Naturalmente, se valía de sus propios medios para memorizar la lista. Ahora voy a enseñarle a usted el método que empleo yo.

A estas alturas usted ya se habrá dado cuenta de que sin emplear el alfabeto fonético, sería casi imposible. En verdad, sin su auxilio resultaría imposible aprender esta lista y luego retenerla en la memoria. Y como en realidad parece y ha de parecer forzosamente al no iniciado una hazaña increíble, verá usted cómo muchas personas la examinan y vuelven a examinarla, buscando una ley o una norma matemáticas en su formación. Déjelos que miren; como las matemáticas no tienen nada que ver en esto, más confundidos quedarán.

Ninguno de los números de la lista viene repetido; cada uno es utilizado una sola vez. Los números, empero, no han sido cogidos al azar, sino que yo los he escogido uno por uno, de modo que encajen en el sistema. Y he aquí cuál es mi sistema. Si alguno me pidiera el número E7 mi mente trabajaría de este modo: la palabra clave para E7 ha de empezar por la letra E y ha de tener uno o varios sonidos consonantes. Tanto si tiene uno como varios, el último sonido consonante de la palabra ha de ser, en este caso concreto, el que representa el número 7, que es el de la F. Mi palabra clave para E7 es el nombre de la misma letra. Y al decir «efe»... con cierta pausa, dejando que vuelva a la memoria lo aprendido anteriormente, parece que de una manera automática viene a completarse una palabra, con la terminación «mérides»... «efemérides». Ahora bien, convirtiendo esa terminación en número, de acuerdo con las normas de nuestro alfabeto fonético, a «mérides» le corresponde el número 3016. Si hace usted el favor de comprobar mirando en la lista, verá que el número correspondiente a la fila E y a la columna 7 es el 3016. ¿Ve usted? ¡La palabra me ha dado el número!

Si me pidiesen el B5, yo sabría que la palabra clave ha de empezar con la letra B y el sonido consonante final ha de ser el de la «l», que es el correspondiente al número 5. La palabra clave para B5 es «boreal». Por una asociación de ideas, «boreal» me traerá a la memoria la palabra aprendida antes, «esquimal». ¡Esquimal... 6435!

¿Comprende la simplicidad del procedimiento?

No quiero engañarle, ya sé que le exigirá un poco de tiempo aprender y dominar todos los números, pero el sistema en sí es fácil. Déjeme repetir otra vez que esto no es únicamente una fantástica exhibición de buena memoria, sino un ejercicio maravilloso para fortalecer la misma. Cada vez que domine usted una de las demostraciones contenidas en este libro, tanto si se propone hacer gala de ellas en público como si no, mejora su memoria, fortaleciendo esta preciosa facultad, y aumenta con ello su capacidad mental.

De modo, pues, que ya sabe usted que cada vez que le piden letra y número determinados es preciso verificar una transposición y buscar la palabra clave. Sería lo mismo si primero le dijese la columna (el número) y luego la letra (la fila), siempre se sigue el mismo sistema. La letra siempre será la primera de la palabra clave; en la mayoría de los casos, está relacionada, o asociada, con otra palabra, que es la que nos da el número de cuatro cifras, según el alfabeto fonético. En algunos casos la palabra clave no es una palabra independiente, sino el principio de una palabra; entonces el número nos viene dado por el final de dicha palabra. Si alguno le pidiese, por ejemplo, el número correspondiente a C8, usted sabría que la palabra clave tiene por primera letra la «c», y por último sonido consonante, la «ch». La palabra clave sería «coche». El coche corre por la «carretera». Carretera nos dará el número. ¡Carretera... 4010!

A continuación va la lista entera para los cien números de cuatro cifras. Cuando la haya repasado usted bien, le explicaré los pormenores de la presentación de este alarde de memoria.

Abad - mitrado	Bota - estrecha	Coto –cercado
Adán – manzana	Berna - capital	Cono - bastón
Abraham – sumisión	Bruma – nórdica	Cima-pirenaica
Arca - animales	Barco – caldera	Coca – herbolario
Abel – bondad	Boreal – esquimal	Cal – cemento
Andrés – cruces	Burgos – castillo	Coz – cáustica
Alfa – alfabeto	Bufa – ciclón	Café – Brasil
Arocha – montaña	Brocha – pintor	Coche - carretera
Arpa – salmos	Bobo – imbécil	Capa – caliente
Ara - altares	Boro - metálico	Cero – redondo

Chut - fútbol
China – Confucio
Chusma-chismosa
Checo – Eslovaquia
Chuzo – farolero
Chai – bufanda
Sheriff – americano
Chicha – trópico
Chivo – barbudo
Churro – azucarado

Dote - crecida
Duna – desierto
Dama – altanera
Deca – metros
Dolo – traición
Diez – decimal
Dife – rencial
Dicho – castigo
Debe – muchísimo
Duro – sevillano

Este – levante
Ene – mistad
Eme – mayúscula
Equi – valencia
Ele – esbelta
Ese – culebra
Efe – mérides
Elche – palmera
Eva – fecunda
Era – trillar

Foto – familiar
Fina – Serafina
Fuma – colillas
Foca – charolada
Filo – finísimo
Faz – máscara
Fifí – Filomena
Fecha - fatídica
Febo - luminoso
Fiera – malvada

Gato – felino
Gana – millones
Goma – elástica
Greco – Doménico
Gula – chocolate
Gozo – delicioso
Gafa – montura
Gachí – chulapona
Guapo – afeminado
Gorro – militar

Hato – pastor
Heno – pradera
Humo – carbón
Hueco – chiquitín
Hilo – torcido
Huso – filatura
Haifa – petróleo
Hacha – leñador
Hipo – molesto
Hierro - doblado

Ida – partida
Ión – positivo
Islam – media luna
Inco – modidad
Isla – coralina

Iso – tropos
Infe – licidad
Icho – boliviano
Impe – nitente
Irre – solución

Notará usted, sin duda, que o bien utilizamos dos palabras, o una partida en dos. Hay sin embargo, una excepción, y es la de «Islam – media luna», en donde usamos tres palabras. El mismo hecho de ser una excepción le ayudará a recordarlo. Por lo demás, a la palabra Islam parece que responde automáticamente media luna. En cuanto a las relaciones o asociaciones que unen cada pareja de palabras las habrá visto usted sin la menor dificultad. Permítame de todos modos puntualizar que Arocha es precisamente una montaña; que el arpa siempre me hace pensar en el rey David y sus salmos; que asocio cono y bastón porque las células de la retina que reciben la luz y forman las sensaciones

que irán al cerebro son precisamente los conos y bastones; que un golpe fuerte, como la coz de un mulo, deja como una sensación de quemadura; que en la «ch» tomo la palabra americana «sheriff», según su pronunciación, es decir, con una «ch» suave; que chicha lo tomo como abreviación de la expresión calma chicha.

Y ahora, vistas las sencillas asociaciones formadas entre la palabra clave y la que representa el número, estoy seguro que si usted repasa dos o tres veces esta lista, concentrando en ella su atención, recordará la mayoría de palabras que la forman. Cada palabra clave le ha de traer, lógicamente, su palabra asociada. Coca, que nos indica el C4, siendo una planta, le ha de traer la palabra herbolario. Lo mismo ocurre en las palabras partidas. La primera parte trae automáticamente la segunda.

Antes de hacer esta demostración ante sus amigos, es preciso que sepa bien esta lista de palabras y que se haya preparado suficientemente en traducirlas a números. En cuanto sepa hacerlo con bastante rapidez, podrá lucir su habilidad.

Podría tener la lista de números impresa en una tarjeta, a fin de poder entregarla a sus amigos para que comprueben sus aciertos. Y luego de haberles demostrado su prodigiosa facultad de recordar y re-: tener cosas en la memoria, podrá regalarles la tarjeta como recuerdo. ¡Invítelos a que intenten aprender de memoria la lista de números, si se ven capaces!

Con semejante tarjeta podría hacer toda una serie de demostraciones. Además de permitir que sus espectadores digan la letra y la columna que se les antoje, podría usted, por ejemplo, decirles los números en diagonal. Para ello le bastaría ir recordando los números correspondientes a A1, B2, C3, etc. Si a alguno se le ocurriese pedirle, pongamos por caso, que diga la fila F desde el final al principio, usted recordaría F10, F9, F8, etc. Y si llegase su curiosidad a preguntarle si es usted capaz de nombrar las cuatro cifras de cada número al revés, o sea, empezando por la última, también en esto podría complacerlos. Pongamos un ejemplo. Usted sabe que la palabra asociada a F10 (fiera) es malvada. En lugar de decir el número 3591, diga el 1953. F9 es «luminoso»; diciendo el número al revés sale: 6235, etc.

Si le piden que diga la columna 6 desde abajo para arriba, recuerde I6, H6, G6, y así hasta llegar a A6. Sé cuan dificultoso es para casi todas las personas decir el alfabeto al revés, o sea, empezando por la «z». Yo le ayudaré a resolver el problema fácilmente. Aprenda usted el número representativo de cada letra, utilizando las primeras treinta palabras colgadero en conjunción con un adjetivo adecuado que empiece por la letra que usted quiera recordar. He aquí lo que quiero decir:

Zozobrante – mar
Yacente – nube
Excavado – nicho
Washingtoniano – naife
Verde – nuez
Ufano – Nilo
Tímido – eunuco
Simpático – nomo
Repetido, redoblado-niño
Rígido – nido

Módica – tela
Llevadero – taco
Leído – tomo
Kilolítrica – tina
Jugosa – teta
Inexpugnable – torre
Hermosa – ave
Gorda – hucha
Fementida – fea
Espantoso – oso

Quejicosa – nuera
Pavonado – tubo
Oscuro – techo
Ñoño – tufo
Nívea – tez
Dogmática – ley
Chillona – oca
Codicioso – amo
Bondadoso – Noé
Ardiente – tea

Observe usted que el adjetivo para la palabra colgadero del número 3 (amo) es codicioso. Codicioso empieza por «c» y la «c» es la tercera letra del *A* alfabeto. El adjetivo de «ave» (9) es «hermosa», una palabra que empieza por «h» y la «h» es la novena letra del abecedario. ¿Verdad que comprende el ardid empleado? Figurémonos que usted quiere saber de pronto el lugar que ocupa la «o». La asociación formada entre el adjetivo y nombre, le trae inmediatamente a la memoria la frase «oscuro techo». Techo es la palabra colgadero para el número 18; luego, la «o» es la letra que ocupa el lugar decimoctavo en el alfabeto.

Aunque usted habrá comprendido por sí mismo lo que voy a decirle, permítame puntualizar que como tenemos en nuestro alfabeto dos letras (la K y la W), que en realidad no son españolas, pero que se incluyen siempre y se utilizan con frecuencia en palabras extranjeras, me he creído en el caso de buscar un adjetivo, o una cosa que lo pareciese, empezando con ellas. En el caso de la K me he fabricado el adjetivo *Kilolítrica,* derivado de «kilolitro». El hecho de corresponderle a la «k» la palabra colgadero «tina» ha favorecido esta decisión. En este caso «kilolítrica» equivale para mí a muy grande. Es una tina que se mide por kilolitros. En el caso de la «w», correspondiéndole a esta letra la palabra colgadero «naife» (que nosotros tomamos en su acepción de diamante de valor extraordinario), he fabricado el adjetivo «Washingtoniano» porque Washington es la capital de EE. UU., y parece que hoy EE. UU. es el punto de reunión de la riqueza y el esplendor del mundo entero. En el caso de la «rr» he querido usar un adjetivo que diese la idea de repetición, sin preocuparme por si le cuadraba el nombre. Lo hice así puesto que la inicial es la misma de «r» simple. Ya sabe usted que a la «x», si bien siendo muy española, la podríamos calificar de letra interior. Es una señorita pudorosa que ni siquiera sale a la calle, casi jamás la encontrará siendo la primera o la última letra de la palabra. Por tal motivo he tenido que cometer la ligera irregularidad de usar un adjetivo en el cual la «x» no es la primera letra, sino la segunda. Con todo, confío en que nos resolverá el caso sin mayores tropiezos. Y todavía he topado con otros obstáculos con la «ñ», otra letra pudorosa que se deja ver muy poco. ¿Quiere usted hacer el favor de abrir un diccionario y ver cuántas palabras empiezan por «ñ», y cuántas de estas palabras son adjetivos? ¿Quiere intentar hallar un adjetivo que tenga como segunda y hasta tercera letra la «ñ» y que cuadre a «tufo»? No diré que no lo consiga, pero ¿verdad que no es del todo fácil? Además, ñoño a mí se me antoja que le cuadra a «tufo». El olor, el hedor, pueden ser penetrantes, vivos, atrevidos; el tufo uno se lo imagina extendiéndose despacio, con torpeza...

Puede usted emplear el procedimiento que acabo de exponer, o también el que encontrará en otra parte de este libro, en el capítulo 12, concretamente, y que consiste en utilizar las mismas letras del alfabeto para formar otra lista secundaria de palabras colgadero. Aquellas palabras puede asociarlas a los colgaderos fundamentales, y habrá obtenido el mismo resultado. Conocerá ya la posición numérica de todas las letras.

Tanto el uno como el otro de los dos métodos le permitirá utilizar las letras del abecedario con mayor ventaja. Si se pone a pensar en sentido regresivo desde el colgadero de la «z» hasta el de la «a», podrá recitar fácilmente el abecedario al revés. Lo cual es ya de por sí toda una hazaña, pues la mayoría de personas no sabría hacerlo sin un gran esfuerzo. La importancia del presente recurso está en que podrá emplearlo siempre que tenga que enumerar los objetos de una fila en sentido inverso, o bien los elementos de un cuadro en diagonal, como, por ejemplo, en el cuadro de números formado antes, desde A1 hasta J10, o desde J10 hasta A1.

¡Y cuando lleve algún tiempo practicando la habilidad aquí descrita, verá usted que ya ni siquiera tiene que rememorar las palabras clave de las asociaciones establecidas! Apenas le habrán nombrado una letra y un número, las cuatro cifras correspondientes emergerán en la superficie de la memoria.

En esto está la gracia de los recursos nemónicos; son, simplemente, un auxiliar de la memoria normal. ¡Son medios conducentes a un fin, y cuando uno ha logrado aquel fin puede prescindir ya de los medios!

23
ES INTERESANTE RECORDAR CITAS Y HORARIOS

—Uno nunca pierde nada acudiendo siempre puntualmente a las citas.

—No; sólo pierde la media hora de estar aguardando a que llegue el otro.

Yo no puedo hacer nada por remediar el vicio de aquellos de ustedes que, aun recordando que tienen una cita, llegan a ella tarde. Pero creo poder ser útil a los que se olvidan por completo de las citas acordadas. En un capítulo anterior usted ha visto ya cómo puede recordar las diligencias que tenga que llevar a cabo durante el día y las citas a que deba acudir. El procedimiento es bueno, y puede usted seguir empleándolo; pero si, por sus ocupaciones particulares, o por sus compromisos sociales, se encuentra en la necesidad de celebrar numerosas entrevistas durante la semana, a ciertas horas del día, el presente capítulo le interesa de un modo especial. El sistema descrito aquí le pone en condiciones de formar una asociación consciente en el mismo momento de concertar una cita. Con esta asociación podrá recordar todas las de la semana sin la molestia de tener que consultar un cuaderno de notas.

A aquellos que no tengan por qué recordar citas ni horarios, les recomiendo de todas formas que estudien y aprendan el procedimiento en que se basa este método. Porque no saben si en un momento dado no podrá serles útil. Les ruego que no se asusten si la exposición de dicho método les parece larga; en cuanto lo entiendan y lo empleen verán que es la sencillez misma.

Lo primero que deberemos hacer será dar un número a cada día de la semana. Y como los días de la semana son siete, los numeraremos del 1 al 7. Según el calendario que usábamos en otro capítulo, el primer día de la semana era el domingo, pero ahora caigo en la cuenta de que la mayoría de las personas entienden que el primer día es el lunes. Esto, imagino, se debe a que hemos nacido en un mundo de trabajo, y el primer día de trabajo es el lunes. En consecuencia, para la exposición que sigue voy a considerar el lunes como el primer día de la semana. Si se hubiera habituado usted a considerar como primero el domingo, le bastará ir modificando la explicación a medida que lea. Desde ahora en adelante, recuerde los días de la semana de este modo:

Lunes – 1	Jueves – 4
Martes – 2	Viernes – 5
Miércoles – 3	Sábado – 6
Domingo – 7	

En cuanto conozca bien el número correspondiente a cada día de la semana, usted puede transferir cualquier hora del día de uno cualquiera de los días a una de sus palabras colgadero. En efecto, las palabras colgadero que ya sabe le ayudarán a recordar horarios y citas. Cada día en cada una de sus horas vendrá representado por una palabra colgadero, y usted no deberá recordar muchas cosas para saber estas palabras: el sistema actúa por sí solo.

Un día determinado y una determinada hora, pueden traducirse en un número de dos cifras de la manera siguiente: el número correspondiente al día será la primera cifra, y la hora será la segunda. Por ejemplo, si usted desea recordar una cita para el miércoles a las cuatro de la tarde, la primera cifra será 3 y la segunda el 4. El número formado por las dos, 34, tiene como palabra colgadero «Meca». Por lo tanto esta palabra representará las cuatro de la tarde del miércoles.

Las dos de la tarde del lunes sería «tina». El lunes es el primer día y la hora son las dos. Por el mismo procedimiento representaríamos los siguientes casos:

Jueves a la 1 — (41) codo

Domingo a las 6 — (76) fosa

Viernes a las 8 — (58) lucha

Martes a las 9 — (29) nube

Sencillo, ¿verdad? Y, por supuesto, si podemos traducir el día y la hora en una palabra colgadero, con la misma facilidad podemos traducir la palabra colgadero en un determinado día a una determinada hora. «Nuez», por ejemplo, es la palabra colgadero para el número 26; por lo tanto debe representar el martes (2) a las 6 de la tarde.

Hay dos horas que no se dejan traducir en una palabra colgadero, porque están compuestas de dos cifras. Me refiero, naturalmente, a las once y a las doce. Las diez no entran en este caso, porque si bien el número 10 también consta de dos cifras, resolvemos la papeleta considerando únicamente el cero. Así, pues, el sábado a las diez vendría representado por el número 60 (suero), porque el sábado es el día número 6 y de la hora (10) tomamos solamente el cero. «Corro» (40) representará el jueves a las 10. El lunes a las diez, sería «torre», etc.

Le ofreceré ahora dos métodos para resolver el caso de las once y las doce horas; ambos han sido ensayados y comprobados. El primero es el que parece más indiscutible (aunque no es el mejor), pues sigue la misma norma dada por las otras horas. Las once o las doce de cualquier día deberán traducirse, según su método, en un número de tres cifras, la primera de las cuales sería la correspondiente al día y las siguientes 11 o 12, según convenga. Entonces será cuestión de formar una palabra colgadero para las once y otra para las doce por cada uno de los días de la semana, siempre de acuerdo con las normas del alfabeto fonético.

Las palabras escogidas deberán emplearse invariablemente para los días y horas que representen, con exclusión de cualquier otra. Por si decidiese usted seguir este procedimiento (no tome ninguna decisión hasta haberse enterado del segundo método), voy a darle algunos ejemplos de palabras que podría utilizar. Usted puede elegir la que prefiera, o buscar otra.

Lunes	11 —	nítido, notado
	12 —	ondina, antena
Martes	11 —	medida, mitad
	12 —	metano, Medina, mitón
Miércoles	11 —	cadete, cateto
	12 —	cadena, Catón
Jueves	11 —	latido, litote
	12 —	latino, latón
Viernes	11 —	ciudad, sudete
	12 —	sotana, sótano
Sábado	11 —	fétido
	12 —	fotón, fitina
Domingo	11 —	dotado, tatuado
	12 —	duodeno, teutón

El segundo método se me antoja el mejor de los dos. En primer lugar, con él traduzco el día que sea a las 11 o a las 12 en un número de dos cifras solamente y no de tres. Lo consigo considerando que las 11 es un 1 y las 12 un 2. Claro, si utilizara entonces la palabra colgadero que uso siempre confundiría estas horas con la una y la dos; lo que hago es utilizar otras que cumplan los convenios del alfabeto fonético. De este modo, el viernes a las 11 será el número 51; el viernes a las 12 será el 52; el sábado a las 11, será el 61, y el sábado a las 12 será el 62, etc.

Permítame poner algunos ejemplos: para el martes a las 11, podría usted emplear la palabra «nata». Cuando, más tarde, utilice usted la asociación formada, sabrá que «nata» no puede representar el martes a la una, porque para esta hora habría utilizado usted la palabra colgadero «nido». Por lo tanto, «nata» ha de representar el martes a las 11.

El jueves a las doce podríamos representarlo por «lana». La palabra colgadero de la serie fija, «luna», representa para nosotros el jueves a las dos; por lo tanto, «lana» ha de representar el jueves a las doce. ¿Comprende usted ahora? En resumen, el procedimiento es éste: para las once y las doce de cualquier día usaremos los mismos sonidos consonantes que para la una y las dos del mismo día, pero no usaremos las palabras colgadero de la serie fundamental.

Si todas las citas que usted concierte tuvieran que ser a una hora exacta, sin minutos de más ni de menos, no sería preciso que continuara leyendo usted este capítulo; con lo dicho hasta aquí le bastaría. Supongamos que el dentista le ha dado hora para el martes a las 9 y que usted quiera estar seguro de no olvidarlo. Muy bien, traduzca martes a las nueve por la palabra colgadero «nube» y asocie esta palabra con «dentista». Podría imaginarse una nube en forma de dentista, o a un dentista arrancándole nubes de la boca. Si tuviera que acordarse de depositar una cantidad en el banco el lunes a las dos, asociaría «tina» a banco. ¿Tiene usted que tomar el avión el viernes a las once? Asocie «latido» o «lata» (según sea el método que emplee para las once y las doce) a

ese avión. El miércoles a las diez ha de visitar usted a un amigo: asocie «mar» a su amigo, etcétera.

Si ha de celebrar entrevistas con personas a las que no conoce mucho, o a las cuales no sabe cómo representarse mentalmente, emplee una palabra sustitutiva de su apellido.

No tiene que hacer nada más. Si usted ha establecido una asociación para todas las citas de la semana y quiere recordar las correspondientes, digamos, al martes, simplemente, repase las palabras colgadero para ese día concreto. Martes: nido, niño, nomo, eunuco, Nilo, nuez, naife, nicho, nube, nuera, nada o nota y nena o neón. ¡Y en cuanto diga una de las palabras anteriores con la cual ha establecido alguna asociación, lo notará al momento! Acaso en el momento de decir o pensar «nata» recuerde que asoció esta palabra con hospital. Esto le recordaría que tiene que visitar a un amigo en el hospital, el martes a las once. ¡Qué simple! Y en verdad, no necesita sino probarlo para convencerse de que da resultado.

Yo, personalmente, no empleo otro método para recordar mis obligaciones de la semana. Algunas de las citas que tengo, acaso estén fijadas para una hora exacta, y otras no. Algunas acaso sean para las tres quince, las tres treinta o las tres cuarenta y cinco, supongamos, pero encuentro que no importa. Si asocio el día con la hora exacta —las tres en este caso—, la memoria verdadera me recuerda luego que la cita es para quince, treinta o cuarenta y cinco minutos después. Sin embargo, acaso los haya entre mis lectores que deban recordar la hora exacta, el minuto, para ciertas cosas, como la partida de un tren. Para ello tendrían que añadir otra palabra a su cuadro mental. Lo que ocurriría es que en lugar de recordar un número de dos cifras habrían de recordar uno de cuatro.

El segundo par de ellas representaría los minutos, mientras que los dos primeros representan el día y la hora. Por ejemplo, si tuviera usted que ir al dentista el martes a las nueve y cuarenta y dos minutos, después de traducir el día y la hora por «nube» (29), añadiría «cuna» a la asociación para representar los minutos. Claro, usted advertirá que lo mismo que al recordar números de teléfono se le presenta el problema de saber qué pareja de cifras va delante.

En el ejemplo anterior, ¿cómo sabría usted con certeza que la consulta era para el martes a las nueve cuarenta y dos y no para el jueves a las dos veintinueve? Es lo que podría ocurrir si no estuviera seguro de qué par va delante y qué par detrás. El problema se resuelve del mismo modo que para los números de teléfono. La solución mejor consiste en establecer una asociación «ilógica lógica» de forma que, aun tratándose de un cuadro estrambótico, un colgadero haya de seguir lógicamente al otro.

Si usted representase al dentista en forma de nube (o sea, una nube en forma de dentista), arrancándole la muela y echándola en una cuna, sabría que «nube» es primero que «cuna». Cualquier otra de las indicaciones que le di para los números de teléfonos sirve también. Si utilizase para formar el cuadro mental el sistema de la cadena, asociaría dentista a nube, y luego, nube a cuna. El procedimiento de emplear una palabra colgadero que no sea la habitual para el último par de cifras (en este caso son las cifras que representan los minutos), es igualmente aplicable aquí. Tal procedimiento no sería el mejor cuando la hora de la cita sea las once o las doce, puesto que entonces no usamos la palabra colgadero para el día y la hora, y por lo tanto la confusión entre los dos pares de

cifras volvería a ser posible.

Usted mejor que nadie puede decidir cuál de los procedimientos prefiere emplear. Yo le indicaría que los pruebe todos. Insisto en que no considero necesario molestarse queriendo recordar los minutos; pero si, de todos modos, yo quisiera fijar en mi mente el minuto exacto de una cita, procedería de este modo: supongamos que el lunes a las tres veinticinco he de ir a recoger un aparato de televisión. Me representaría un aparato de televisión en forma de libro —«tomo»—, y en su pantalla aparecerían vistas del Nilo.

Como ve usted, sigo el procedimiento de formar un cuadro ilógico. La asociación anterior no deja duda alguna acerca de que «tomo» —libro— viene antes que «Nilo»; es decir, que se trata del lunes a las tres y veinticinco minutos. Otro ejemplo. El viernes a las doce diez he de reunirme con una persona para ir a nadar. Me represento a mí mismo nadando y dando un puntapié a una «mina» que crece hasta convertirse en un «toro». Luego, al repasar las palabras colgadero para el miércoles de aquella semana, mar, mito, mono, mamá, Meca, malo, mesa, mofa, mecha, mapa, mata y mina (es conveniente representar las once y las doce de cada día de la semana siempre con las mismas palabras colgadero, lo mismo si se forma un número de tres cifras como si se sigue el procedimiento —el del caso presente— de formarlo de dos; si lo quiere formar de dos cifras, yo le propongo que para el miércoles utilice las palabras «mata» y «mina» como colgaderos respectivos de las once y las doce), surgirá en mi mente la estrambótica asociación formada. Y como «mina» sé que no es una palabra colgadero de la serie principal, ha de representar las 12 y no las 2. La última parte de la asociación, «toro», me dirá los minutos. En resumen, la fecha y la hora exacta de reunión para el baño será el miércoles a las 12 y 10 minutos.

Estos son los procedimientos que yo empleo; pero permítame insistir otra vez en que lo que a mí me da buenos resultados no ha de dárselos forzosamente a usted. Repito que usted ha de elegir según su criterio; y ahora estoy convencido ya de que no se equivocará, puesto que conoce lo suficiente los principios fundamentales en que se basan mis procedimientos.

Es posible que usted se esté preguntando desde hace un rato: «Bien, ¿y cómo diferenciaré las 7 de la mañana de las 7 de la tarde?» Bien, en el terreno teórico, la pregunta no está mal, pero si usted se para a pensarlo un poco, se dará cuenta de que es difícil que surja ningún conflicto por este motivo, siempre que use mi sistema en la realidad cotidiana y no como exhibición ante un público. Por lo común, las reuniones y entrevistas que tenga que celebrar por la mañana serán de carácter tan diferente de las que tenga que celebrar por la tarde que casi resultaría perfectamente imposible confundirse. En verdad, usted sabrá con toda certeza si acostumbra acudir al dentista por la mañana o por la tarde. También sabrá sin lugar a dudas que está invitado a comer a las siete de la tarde y no a las siete de la mañana. Y si se hubiera citado con un amigo para almorzar en un establecimiento público y llegase usted allí a la una de la madrugada, habría de tener ciertamente, un hambre atroz.

Ya ve, pues, que no hay problema alguno por esta parte. Ahora bien, si fuera preciso podría introducir en la asociación formada una palabra que le indicase si la hora en cuestión era de la mañana o de la tarde. Para la mañana podría utilizar la palabra «misa,» por ejemplo, y para la tarde, la palabra «ópera». O también podría valerse del nombre de un color. Así, para la mañana podría utilizar «blanco» y para la tarde, «negro». Con todo, créame, no hay

necesidad de meterse en complicaciones; jamás se produce la confusión entre mañana y tarde; y si he mencionado estos dos recursos, ha sido solamente para demostrarle que recurriendo a una asociación consciente podemos recordar cualquier cosa que sea.

Desde hoy puede usted prescindir definitivamente de notas y listas para recordar citas y encargos y horarios, con tal de que utilice los sistemas explicados en el presente capítulo. Pero recuerde bien que para que tales sistemas le presten un verdadero servicio es preciso e indispensable que los emplee, y cuanto más, mejor. Repasemos, pues, los pilares del sistema:

Al dar o aceptar una cita, traduzca usted el día y la hora (y los minutos, si es necesario) a palabras colgadero.

Asocie la cita en sí a estas palabras.

Todos los días al levantarse por la mañana (o al acostarse el día anterior, si lo prefiere), repase las 9 palabras colgadero para aquel día.

Al nombrar un colgadero que haya empleado para una asociación, lo advertirá al momento, y esto le recordará lo que tenga que hacer en aquella hora determinada.

Mientras transcurre el día no estaría mal que repasase alguna que otra vez las palabras colgadero; no estaría de más que convirtiese esta precaución en un hábito. Le serviría para el caso de que se le hubiera olvidado de nuevo alguna cita o entrevista, o algún encargo, aun en el caso de haberlos rememorado por la mañana.

En el capítulo siguiente le enseñaré la manera de recordar fechas importantes en el transcurso del año, tales como cumpleaños, aniversarios, etc.; pero por el momento, y con sólo que se sujete usted a las normas dadas hasta ahora, ya no debería olvidar ninguna de las reuniones, entrevistas o encargos señalados para la semana.

Por lo demás, los procedimientos aprendidos aquí puede lucirlos ante un público, como una demostración de buena memoria, de la manera siguiente:

Pida a un amigo que le ordene diversos encargos a realizar en diferentes días y horas de la semana. No es preciso que se los digan en orden, puesto que, al fin y al cabo, en la vida real tampoco surgen las citas, entrevistas o gestiones que atender según un orden cronológico. Pídale que vaya tomando nota de lo que le ordena. Cuando el amigo le haya ordenado una veintena de encargos, usted repase las palabras colgadero del lunes, y dígale todo lo que le ha mandado para el lunes. Luego haga igual con cada uno de los restantes días de la semana. O puede ser él quien le diga el día y la hora y usted quien cite entonces el encargo correspondiente.

Luego concédale a su amigo media hora para aprenderse de memoria la misma lista. ¡Todas las probabilidades indican que fracasará estrepitosamente!

24
ES CONVENIENTE RECORDAR ANIVERSARIOS, CUMPLEAÑOS Y OTRAS FECHAS IMPORTANTES

—¿Se olvida su marido de la fiesta onomástica de usted?

—Nunca. En junio se la recuerdo y en enero vuelvo a recordársela, ¡y de este modo, cada año tengo dos regalos!

Si alguno tiene una memoria tan infiel que es posible hacerle creer que su esposa celebra el santo cada seis meses, entonces merece el castigo de tener que comprar dos regalos.

Pero hablando ya en serio, el sistema del colgadero podemos aplicarlo para recordar no solamente aniversarios importantes, sino fechas señaladas de la Historia. Es útil también para memorizar direcciones, precios y números de catálogo.

En lo referente a las fechas, si usted quiere recordar las fiestas onomásticas o los cumpleaños de algunas personas, le bastará asociar en cada caso a la persona en cuestión con la fecha. Hágalo de este modo: supongamos que el señor Gordon cumple los años el 3 de abril. Si usted asocia a dicho señor o a la palabra «gordo» con «cama», puede estar seguro de que lo recordará. «Cama» representa el número 43, ¡y este número le dirá que el cumpleaños del señor Gordon es el cuarto mes del año y el tercer día de dicho mes! Claro, no todas las fechas podrán ser traducidas por una de las palabras colgadero de la serie fundamental. Sólo podremos proceder así con los nueve primeros meses y con los nueve primeros días de dichos meses. Todos los otros días formarían un número de tres cifras: de modo que deberemos emplear un procedimiento diferente. Claro, también podría recomendarle a usted que forme una palabra para representar este número de tres cifras, y en la mayoría de los casos se lo recomendaré, efectivamente. Pero si fuera éste el procedimiento único, si no tuviéramos otros recursos, podríamos caer en confusiones.

Si la palabra que entrase en la asociación fuese «titán» (112), ¿cómo sabría usted si se trata del 12 del primer mes (enero), o el 2 del mes decimoprimero? Ciertamente, no habría modo de saberlo, y si usted mandase su tarjeta de felicitación el dos de noviembre a una persona que celebrase su fiesta el 12 de enero, hemos de reconocer que el felicitado la recibiría demasiado tarde, o con unos dos meses de anticipación, según se mire.

En consecuencia, hay que establecer una distinción clara y concreta para evitar errores semejantes. Yo me inclinaría a pensar que la manera más cómoda de evitar toda posible confusión consiste en utilizar una palabra que represente un número de tres cifras sólo para los nueve primeros meses del año. Para octubre, noviembre y diciembre utilizaremos dos palabras colgadero: la fundamental, que nos recordará el mes, y otra que nos recordará el día del mismo. Y si teme usted que no sabrá cuál de las dos ha de ir delante, use una palabra colgadero que no pertenezca a la serie fundamental para designar el día

del mes. De este modo sabrá que la palabra colgadero fundamental representa siempre el mes.

En realidad, esto no es necesario si decide usted emplear una palabra sola para representar el mes y el día en los nueve primeros meses.

Si tiene en la asociación dos palabras que representen dos cifras cada una, y una de ellas designa un número superior a 12, ésta habrá de designar forzosamente el día del mes. Únicamente en los pocos casos en que la fecha del mes sea el 10, el 11 o el 12, y el mes correspondiente sea octubre, noviembre o diciembre, tendrá usted que emplear los procedimientos indicados en el capítulo sobre números de teléfono. Entonces tendría que valerse de una asociación «ilógica lógica» para saber qué par de cifras van delante, o utilizar siempre la palabra colgadero habitual para el primer par de cifras y formar otra que cumpla las normas del alfabeto fonético, pero que no forme parte de los colgaderos habituales, para representar el segundo par, el día.

Si, como ocurre a veces con las fechas históricas, le conviene a usted recordar el año además del mes y el día, sencillamente emplee una palabra que introduzca el año en la asociación. Por ejemplo, la declaración de independencia de Estados Unidos fue firmada el 4 de julio de 1776. Si usted se representase una «foca» saliendo de una «fosa» y llevando en la boca un papel con la palabra «declaración», o una bandera de Estados Unidos, recordaría bien la fecha.

Porque «foca» representa el número 74, el cual en este caso significa el mes séptimo (julio), y el día 4, y «fosa» representa el número 76. Hemos de puntualizar que casi nunca es necesario molestarse por las dos primeras cifras del año, pues el siglo en que ocurrió el acontecimiento, uno suele saberlo ya. Pero si no lo supiese, habría que introducir en el cuadro una palabra que representase aquel par de cifras.

Los estudiantes, por lo común, sólo tienen que recordar el año en que se produjo un determinado acontecimiento. Esto es una gran ventaja, puesto que en tal caso lo único que se precisa, aparte del acontecimiento en sí, es una palabra que represente el año. Napoleón fue coronado emperador en el año 1804. Si usted estableciese una asociación estrambótica entre el acto de la coronación y la palabra «roca» (04), seguro que recordaría perfectamente la fecha. Podría ver a Napoleón sentado sobre una puntiaguda roca que le pincha las posaderas, o bien podría ver la corona mal esculpida en un pedazo de roca, que le dejan caer de golpe en la cabeza.

El incendio de Chicago se produjo en 1871. Basta asociar fuego a «foto» (71). Si usted forma un cuadro estrambótico en el que se vea a un transatlántico gigante hecho pedazos y hundiéndose porque era de tierra cocida lo mismo que una «tina», y sobre todo si ve los trozos pintados lo mismo que las tinas, mostrando en los cortes el material poroso que da la arcilla cocida, recordará sin duda que el *Titanic* se hundió en 1912.

A veces es necesario recordar el año del nacimiento y el de la defunción de personas importantes. Digamos como ejemplo que si usted se representase a toda una espesura de cajas saliendo disparadas de la luna, y yendo a caer en la Meca, sin duda le serviría para recordar que don Santiago Ramón y Cajal nació en 1852 (52: luna), y murió en 1934 (34: Meca).

¡Ahora ya no se portará usted como el chiquillo que, cuando le

preguntaron qué tal le iba en la escuela, se quejó de que su maestro se empeñaba en que le contase cosas que habían ocurrido antes de venir él al mundo!

Y puesto que hablamos de la escuela, en Geografía a menudo interesa saber qué productos exporta un país. ¿Por qué no emplear, pues, el método de la cadena para recordarlos? También si uno desea recordar la silueta de un país puede utilizar el procedimiento que se emplea invariablemente para recordar la forma de Italia.

Italia tiene la forma de una bota, por lo cual resulta fácil recordarla. Con un poco de imaginación, si usted mira atentamente el mapa de un país siempre conseguirá que se parezca a un objeto que puede representarse mentalmente. Basta entonces asociar aquella imagen al nombre del país, y uno tiene ya una idea general de su contorno.

Ahora, amigos, si quieren están ya en condiciones de arrojar lejos de sí esos oscuros cuadernitos de notas llenos de direcciones. Recuerde las direcciones de las señoritas valiéndose de asociaciones. Para ello se aplican los mismos métodos. Si tiene usted amistades en las grandes ciudades americanas donde las calles en lugar de tener nombre llevan un número, le bastará trasponer estos números en sones, los sones en palabras y luego asociar éstas con la persona que viva en aquella dirección. Si usted se viera a sí mismo cabalgando sobre una bala cayendo sobre una alfombra, ello le ayudaría a recordar que el señor Alfamara vive en el número 421 (cayendo) de la calle 95 (bala).

Por supuesto, el mismo procedimiento sirve para modelos, números de catálogo y precios. Si usted se dedicase al negocio de confecciones y quisiera saber los números de catálogo de los vestidos, por ejemplo, asociaría el número de cada modelo a una característica destacada del mismo. Si el modelo 351 fuese un vestido con una aplicación en la espalda, podría usted «ver» la aplicación aquella hinchándose hasta tomar la forma de una maleta (maleta: 351). Al vestido con las mangas de bollo le corresponde el número de modelo 3.140; asocie, pues, «motocarro» a las mangas de bollo, etc.

Los precios de los vestidos pueden ser introducidos en cada asociación. Le doy solamente uno o dos ejemplos de cada procedimiento, porque le conviene a usted mismo poner en juego su propia imaginación. Usted debe decidir qué método elige para recordar fechas, y de qué modo asociará números de catálogo y precios, etc. Estos procedimientos pueden aplicarse en toda clase de negocios y actividades.

Es posible memorizar los precios, lo mismo que se memoriza todo lo relacionado con los números. Basta asociar luego el precio al objeto. Si el precio viene dado en pesetas y céntimos, puede emplear un método cualquiera de los expuestos para distinguir qué cantidad indica las pesetas y qué cantidad indica los céntimos. Claro, la confusión sólo será posible con cosas de poco valor; en las demás, la cantidad de pesetas siempre tendrá más de dos cifras. La aplicación práctica en estos métodos siempre es más fácil que los supuestos teóricos que puedan presentarse, puesto que, en la realidad, uno suele tener ya una idea aproximada de los precios medios, y así, si el precio de unas zapatillas viene dado por los dos pares de cifras 35 y 95, nadie confiará que sean 35 pesetas con 95 céntimos, sino 95 pesetas con 35 céntimos. Y aun en este caso, hemos procurado que el número de las pesetas acabase en cinco para que por esta parte fuese posible la confusión; puesto que ya sabe usted que, en muchos casos,

el pequeño detalle de que los céntimos siempre acaben en cero o en cinco resolvería una gran parte de las posibles dudas o confusiones que pudieran producirse. Tampoco sería posible creer que un par de zapatillas fueran a costar 9.535 pesetas. Y por idéntica deducción, si hubiésemos representado el precio de un televisor con la palabra «matrimonio», no nos haríamos la ilusión de poderlo comprar por menos de 31.032 pesetas. Si a este número le quitaran una o dos cifras, el número de aparatos de televisión extendidos por nuestro país crecería notablemente.

Después de lo dicho, ya no debería olvidar más ni fechas, ni precios, ni números de catálogos, ni nada por el estilo. Debo insistir en que quizás algunos crean más fácil, al principio, apuntar esta clase de datos; pero al cabo de un tiempo usted será más rápido en formar asociaciones que en escribir.

Más importante todavía, no tema atiborrar su mente con todas esas asociaciones. Quiero recordarle una vez más que, en cuanto haya memorizado un dato determinado mediante asociaciones y lo haya utilizado algunas veces, ese dato quedará firmemente grabado en su memoria. Las asociaciones han llenado entonces su propósito y usted puede olvidarlas ya.

25
ALARDES DE MEMORIA

Unos cuantos agentes teatrales se habían reunido en un festival para presenciar un número que entusiasmaba a todo el mundo. Mientras todos los espectadores miraban en medio de un silencio sepulcral, Bosco el Grande subió por una escalera hasta plantarse encima de un estrecho pedestal a cien metros de altura. Una vez allí, inspiró profundamente y empezó a batir los brazos con furia. Los tambores se pusieron a redoblar con un ruidoso crescendo, y en el preciso momento en que alcanzaron la mayor intensidad Bosco el Grande se lanzó al vacío y ¡empezó a volar!

Moviendo los brazos con furia loca, como las aves baten las alas, dio una vuelta por encima de la arena, se remontó, descendió, fue y vino en todas direcciones. Y entonces uno de los agentes se volvió hacia el otro y le preguntó:

—¿Y eso es todo lo que sabe hacer? ¿Imitar a los pájaros?

Me figuro que algunos de ustedes se estarán preguntando por qué saco a la luz los métodos que me han permitido realizar espectaculares demostraciones de memoria. Quizás ustedes piensen que yo me dedico a divertir al público y que al publicar este libro me creo competidores. Bueno, quizá sea cierto, pero no me inquieta demasiado. Sé que si alguien quiere actuar en público tendrá que ingeniarse para reunir un cierto número de habilidades y formar con ellas un programa ameno.

La mayoría de los que actúan en espectáculos, se dan cuenta de que no son los números en sí lo que le da el éxito, sino la manera de hacerlos y presentarlos. Las especialidades de cada artista no son sino medios para conseguir un fin. Poco importa que uno cuente chistes, o baile, o cante, o haga demostraciones de memoria, o acrobacias, o imite a los pájaros, con tal que sepa entretener al público.

Aunque el motivo más poderoso que me ha inducido a enseñarles a ustedes estas habilidades memorísticas sea el convencimiento de que es posible emplearlas con provecho en la vida cotidiana, se me antoja también que la mejor manera de hacerles aprender mis sistemas consiste en proporcionarles una manera de presumir, de «actuar» delante de sus amigos. Por lo tanto, si piensa usted aprovechar las demostraciones aquí explicadas para divertir a sus contertulios en las reuniones de la sociedad recreativa o cultural a la que pertenece, no se abstenga de hacerlo, considérese en su perfecto derecho. Sólo le ruego que se asegure primero de dominarlas sobradamente, a fin de acreditarse usted mismo y acreditar de paso mi sistema.

En el campo del espectáculo, lo mismo que en los otros, hay sujetos sin escrúpulos capaces de cualquier cosa con tal de abrirse paso. Existe un «delincuente» que apenas deja pasar un año sin robar los números de otro

artista. El año pasado se me hizo el «honor» de robarme el programa entero, exceptuando únicamente los números más difíciles.

En el mundo del escenario es corriente «robar» materiales; pero poquísimas veces se habrá visto que alguno se apropie de todos los números de otro. Sin embargo, aquel sujeto lo hizo; y lo que más me fastidia ahora no es que se haya apropiado de mi espectáculo, sino que no lo hace bien. Era de esperar, claro está, porque si fuese un buen artista, no habría tenido necesidad de recurrir a un programa o a un procedimiento ideado y puesto en marcha por otra persona.

No, no me importa crearme competidores enseñando estas habilidades memorísticas..., con tal de que los competidores sean de calidad. Precisamente, el resto del presente capítulo lo forman algunas demostraciones que he empleado, y varias de las cuales sigo empleando todavía alguna que otra vez.

Una que puede usted realizar consiste en recordar objetos e iniciales. Primero diga a sus amigos que nombren el objeto que quieran, y a continuación, las dos iniciales que se les antojen. Deje que sigan nombrando objetos e iniciales mientras comprenda usted que sabrá desenvolverse bien con ellos. Luego diga que nombren un objeto y usted repetirá las iniciales que corresponden al mismo o viceversa.

Es una habilidad que aparte de causar mucho efecto, resulta muy fácil. Basta formar una palabra que empiece con la primera inicial y termine con la última, y asociar esa palabra con el objeto nombrado.

Por ejemplo: si las iniciales son R. T. y el objeto es un candelabro, podría asociar «robot» a candelabro. En el caso de las iniciales B. D. y el objeto botella, asociaríamos «bondad» a botella. Si las iniciales fuesen P. S. y el objeto un abanico, asociaríamos «París» y abanico, etc. Imaginemos el caso de que no se le ocurriese de momento ninguna palabra cuyas primera y última letras coincidiesen con las iniciales que le han dado. Entonces podría formar una asociación con tres palabras: la primera, una que empezase con la primera inicial; la segunda, el nombre del objeto, y la tercera, una palabra que empezase con la segunda inicial.

Aquí tiene otro ejemplo de cómo puede variar los sistemas y manipularlos; la demostración de la «carta perdida» puede hacerla con números, si lo prefiere. Pida que uno de los presentes escriba la serie de números desde 1 hasta 48 o hasta 52, o hasta una cantidad más elevada, si se ve con fuerzas para ello. Luego pídale que nombre a su capricho los números que quiera de los anotados y que para facilitar la comprobación, los tache a medida que los vaya nombrando. ¡Y luego usted le dirá los números que han quedado sin tachar!

Proceda exactamente igual que con «la carta perdida». Mutile las palabras colgadero de los números que el otro vaya nombrando. Luego repase mentalmente la serie de palabras colgadero desde «tea» hasta la correspondiente al último número de la lista. Cuando tope con una que no esté mutilada, corresponderá a uno de los números que faltan, es decir, que no han sido nombrados.

Otra demostración de mucho efecto que se realiza con naipes es la de «la carta escondida». Y el efecto sube de punto cuando se actúa entre un grupo que pase de cincuenta y dos personas (o de cuarenta y ocho, si actuamos con la baraja española). Para menos personas emplearíamos menos naipes. Entregue la

baraja a los espectadores y diga que cada uno coja una carta. Luego indique que cada uno diga el nombre de su carta, añadiendo el de un sitio donde esconderla.

Lo que usted hace es asociar la palabra colgadero del naipe con el sitio indicado como escondite. Así, si uno dijese que tiene la sota de espadas escondida en una máquina de escribir, usted se imaginaría ensartando máquinas de escribir con una espada.

Cuando ya están «escondidas» todas las cartas, en cuanto le digan el nombre de una, usted responderá revelando el escondite. O, si le dicen el escondite, usted dirá qué carta se refugió allí.

¿Quiere impresionar a sus amigos con su habilidad en recordar números? Pues mire, si ha aprendido una serie secundaria de colgaderos hasta el 16 o el 20, según le enseñé en un capítulo anterior, puede hacer lo siguiente.

Pida que alguien escriba en columna en una hoja de papel desde el 1 al 16 o al 20. Indíquele luego que al lado de cada uno de estos números escriba un número de dos cifras, diciendo en voz alta, claro está, qué número escribe y al lado de cuál. Cuando haya terminado, usted podrá decirlos todos, desde el uno hasta el último; o podrá indicarle que nombre él cualquiera de los números de dos cifras y usted le dirá el número de orden que le corresponde, o sea, al lado de qué número está escrito, o viceversa.

Basta para esta demostración emplear la lista secundaria de palabras colgadero para los números de orden, y las palabras colgadero de la serie principal para los números de dos cifras. Por ejemplo, al lado del número 3, escriben el 34. Si emplea usted el alfabeto como lista secundaria, puede asociar «heces» (3) a «Meca» (34). Le nombran luego el número 14 y escriben a su lado el 89. Asocie usted «llave» (14) a «chopo» (89).

Si tiene usted confianza en sí mismo, puede permitir que sus amigos, además de nombrar junto a cada número de orden un número de dos cifras, nombren también un objeto. Usted memorizará el número y el objeto formando una asociación estrambótica de las tres palabras. El número de orden sería, supongamos, el 9; el objeto nombrado una parrilla, y el número de dos cifras, el 24. En este caso podríamos combinar las asociaciones del modo que se nos antojase; podríamos ver a un eunuco tostándose en una parrilla picoteado por un ave. En los ejemplos anteriores he empleado el procedimiento del alfabeto. Por supuesto, también podríamos emplear la lista en que los colgaderos tienen una forma parecida al número que representan, o nos lo recuerdan de algún modo. En este caso, 9 sería «cinta métrica», 8 sería «trébol», 14 sería «masía y río», etc. Cualquiera de los sistemas de este libro puede ser utilizado para realizar alguna habilidad; del mismo modo que los procedimientos en que se fundan las exhibiciones y habilidades aquí contenidas pueden adaptarse a una utilidad práctica. Si usted quiere emplear palabras sustitutivas en una demostración, puede memorizar nombres y naipes de baraja, nombres y objetos, etc. Puede utilizar el sistema para recordar números de muchas cifras en una demostración bastante espectacular. Pida a otras personas que le digan cómo se llaman y luego lean el número de serie de un billete de banco. Luego usted ha de saber dar el número cuando le digan el nombre, o de dar el nombre cuando le digan el número. Para ello le basta tomar una palabra sustitutiva del nombre, en caso de ser necesario, asociarla a la palabra colgadero para las dos primeras cifras del número y luego formar una cadena hasta el final del mismo.

Aunque lo que voy a exponer ahora no entra en el terreno de las

habilidades espectaculares, el procedimiento nació del número de escenario que expliqué hace poco de los objetos y las iniciales. Cuesta mucho recordar el alfabeto Morse porque es completamente abstracto. Los puntos y rayas carecen de todo significado y no es posible formarse una imagen directa de ellos que los represente.

No creo que sean muchos entre ustedes los que hayan de encontrarse alguna vez en la necesidad de recordar el alfabeto Morse. No obstante, quiero que vean que lo que se puede hacer y lograr con las asociaciones conscientes no tiene límites, y que se convenzan de que lo desprovisto de sentido se recuerda fácilmente si se hace de modo que lo tenga. El único límite con que uno topa es el de su propia imaginación.

Como los puntos y rayas no tienen significado, yo decidí dárselo acordando que la letra «R» equivaldría a un punto y la «T» o la «D», a una raya. Debo hacer notar que aquí, al revés de lo convenido en el caso de las palabras colgadero para los cien primeros números, la RR vale por dos R sencillas, es decir, vale por dos puntos consecutivos. Vea esta lista:

A	. —	red	Ñ	— — . — —	tutor dado
B	—...	terror	O	— — —	tatuado
C	—.—.	tortura	P	. — — .	radiador
D	—..	tierra	Q	— — . —	titirita
E	.	ara	R	.—.	radar
F	..—.	herradura	S	...	horror
G	— — .	títere	T	—	tía
H	....	hierro raro	U	..—	hórrido
I	..	ahorro	V	...—	re arreado
J	.— — —	reeditado	W	.— —	rédito
K	—.—	dardo	X	—..—	terrado
L	.—..	retraer	Y	— . — —	tortada
M	— —	dedo	Z	— —..	destierro
N	—.	toro			

Ya no queda sino asociar la palabra o la letra misma, a fin de que la una nos recuerde la otra. Podríamos emplear las palabras colgadero que tienen un sonido parecido al de las letras, y entonces asociaríamos ala a red, boa a terror, haces a tortura, tía a tierra, Eva a cara, faz a herradura, guía a títere, y así hasta llegar a zebra y destierro.

O también podríamos usar el procedimiento de los adjetivos asociando a cada palabra uno que empiece por la letra correspondiente. La dificultad de encontrar palabras con los puntos y rayas de las letras según el convenio establecido de que la R equivaldría a un punto y la D o la T a una raya, ha hecho que en el caso de la H del alfabeto Morse, hayamos tenido que valemos de dos palabras («hierro raro») para reunir las cuatro R correspondientes a los cuatro puntos; en el caso de la J, la O, la U y la V, en lugar de emplear nombres hemos empleado adjetivos (y aún en la V poniendo la partícula «re» indicadora de repetición, que no suena demasiado bien delante de esta palabra), y en el caso de la Z hemos utilizado una palabra que además de las consonantes precisas, tiene la S. Todavía, en el caso de la L y de la Q, hemos empleado formas

verbales, y no en función de adjetivo*. Por lo tanto, al llegar a las palabras que son adjetivos y no nombres, en lugar de juntarles un adjetivo, deberíamos juntarles un nombre sustantivo o un adverbio, y al llegar a los verbos, deberíamos juntarles un adverbio. Para evitar toda confusión posible, podemos tomar el convenio de posponer siempre la palabra añadida, que es precisamente la que empieza por la misma letra que queremos recordar, a la que indica los puntos y rayas de dicha letra en el alfabeto Morse. Así diríamos: red Alada, terror Bestial, tortura Corrosiva, tierra Dadivosa, ara Esplendorosa, herradura Férrea, y así hasta llegar a destierro Zozobrante. Si usted estuviera bien seguro del número de orden que corresponde a cada letra, entonces podría utilizar las palabras colgadero de la serie fundamental y asociarlas a las que indican las rayas y puntos de cada letra.

La manera de asociar una palabra con otra, queda al buen criterio de usted. La base del sistema consiste en hacer que los puntos y rayas no sean ya ininteligibles. Con este sistema no debería necesitar usted más de media hora para aprenderse el alfabeto Morse. Claro, esto no significa que después pueda considerarse ya un telegrafista. La rapidez al transmitir mensajes sólo se adquiere con mucha práctica y experiencia, pero el sistema facilita mucho las primeras transmisiones, cuando uno tiene que fijar las señales en su memoria.

Ha tenido usted con esto un ejemplo más de cómo los sistemas expuestos en la presente obra pueden ser transformados y aprovechados de tal forma que nos ayuden a resolver cualquier problema que se nos presente en lo tocante a la memoria. En este capítulo y en todos los del libro he tratado de enseñarle numerosas demostraciones y habilidades; estoy seguro de que usted sabrá inventarse otras nuevas. Aunque...

Verá usted, había un agente teatral que estaba contemplando un número de circo en compañía de un amigo. El artista realizaba su demostración sobre un alambre, a considerable altura. Y no había ninguna red para detenerle si se caía.

El artista colocó una pelota de golf sobre el alambre, consiguiendo que no se cayera; después una silla patas arriba sobre la pelota de golf, de modo que también conservase el equilibrio. Y por fin apoyó su propia cabeza sobre una pata de la silla y levantó los pies en el aire. En tan inestable posición, el artista cogió un violín y se puso a tocarlo con los pies.

El agente teatral se volvió hacia su amigo y exclamó con desprecio:

—¡Bah, nunca será un Sarasate!

---

* Cosa curiosa: el autor ha tenido que tomarse en inglés casi las mismas libertades. Es decir, ha tenido que incurrir en idénticas irregularidades, en relación al convenio establecido. *(N. del T)*

26
EMPLEE LOS SISTEMAS

Un virtuoso del violín, que vivía en Estados Unidos, estaba convencido de que tocaba tan bien que su música era capaz de embelesar a un animal salvaje. Y, a pesar de las advertencias y los ruegos de sus amigos, decidió irse al corazón de África, sin armas, sin otro instrumento de defensa que su violín.

Al llegar a un claro de la selva, se detuvo y empezó a tocar. Un elefante que había percibido su olor, vino corriendo con ánimo de cargar contra él, pero al oír la música, se sentó a escuchar, deleitándose con ella.

Una pantera saltó de un árbol, enseñando sus colmillos, pero también sucumbió al mágico efecto de aquella música. Pronto apareció un león, que se reunió con los anteriores oyentes.

Al cabo de poco rato, el músico se encontraba rodeado de animales salvajes, sentados o tendidos en el suelo, escuchándole. Y él seguía tocando.

Pero de pronto un leopardo que estaba en un árbol vecino saltó sobre el violinista, ¡y lo devoró! Mientras se relamía el hocico, los otros animales se acercaron y le preguntaron:

—¿Cómo has hecho eso? ¡Con lo hermosa que era la música que interpretaba ese hombre!

El leopardo se llevó la pata a la oreja, intentando oír mejor, y preguntó:

—¿Eh? ¿Qué decís?

De modo que ya lo ve usted, por hermosa que sea la música, si uno no la oye no sirve para nada. De parecida manera, por muy útiles y provechosos que sean los sistemas contenidos en este libro, si usted no los emplea, no le reportarán beneficio alguno.

Confío, empero, en que la mayoría de mis lectores han invertido algún tiempo meditándolos y ensayándolos. Si lo han hecho así, es casi seguro que se sienten muy satisfechos de los progresos realizados. Lo mejor que tienen estos sistemas es su flexibilidad. Yo, personalmente, todavía no he encontrado nada relacionado con la memoria que no admitiese la aplicación de mis sistemas.

Tómese usted el tiempo necesario para aprender a formar asociaciones conscientes, y en cuanto domine este arte, verá cómo las forma de un modo casi automático. Con mucha frecuencia encontrará usted datos que querrá recordar y que le darán la oportunidad de formar asociaciones. Si quisiera recordar que determinada mercancía importada de EE. UU. vale allá 17 dólares con 76 centavos, podría, claro está, servirse de las palabras colgadero, tal como le he enseñado. Sin embargo, es posible que haya oído hablar del «Espíritu del 76».

Esta expresión americana suscita el recuerdo de un famoso cuadro titulado así, en el que aparecen un hombre con un tambor, otro con un pífano y el tercero levantando la bandera estadounidense. Si se le ocurriese a usted asociar la mercancía en cuestión con este cuadro, no le quepa duda, recordaría que su precio es de 17,76 dólares.

El volcán japonés Fujiyama tiene 3.771 m, usted podría utilizar palabras colgadero para recordarlo. Pero si usted fuese inglés o norteamericano, vería que, en pies, dicho volcán tiene 12.365. Con lo cual quizá le bastase asociar la palabra volcán a una palabra sustitutiva de Fujiyama, a «calendario». Y digo a calendario porque, si se fija usted, el número que expresa los pies de altura del citado volcán está formado por el número de meses del año (12), seguido del número de días (365). Sin duda, la palabra calendario, asociada a volcán o a una sustitutiva de Fujiyama, bastaría para recordárselo.

No quiero indicarle con ello que maniobre así con todos los números; el sistema del colgadero es el único infalible. No obstante, cuando tope con cantidades de categoría similar a la citada, el buscarle interpretaciones como ésta enriquecerá su imaginación y su finura de observación, y le ayudará a fijar el interés en los números.

Los recursos nemotécnicos son inagotables, y tienen la ventaja de poner en juego los conocimientos anteriores que uno posee, con lo cual contribuyen a fijarlos aún más en la memoria. Si usted ha leído el romancero y recuerda aquellos versos que dicen: «Non es de sesudos homes / ni de infanzones de pro / facer defecho a un fidalgo, etc.», sabe que la forma antigua de *hombres* en castellano era *homes.* Y acaso sepa que en catalán *hombres* sigue siendo *homes.* Pues bien, si se imagina a unos hombres vestidos con trajes medievales —para que el traje le recuerde que debe tomar la palabra *hombres* en su forma anticuada— braceando desaforadamente en medio de un lago, quizá recuerde para siempre el nombre de aquellos grandes lagos americanos que casi tienen tanta superficie como España: Hurón, Ontario, Michigan, Erie, Superior.

Si ha aprendido usted a formar rápidamente palabras sustitutivas, ello llegará a ser el mayor paso que haya dado para lograr una memoria mejor. La verdad es que no debía decir «palabras», sino pensamientos sustitutivos, o sea, cuadros, imágenes; a estas alturas usted ya sabe que lo que importa es el cuadro formado en su mente, y no la palabra en sí.

¿Sabía usted que la capital de Nuevo México es Santa Fe? Bien, imagínese a un ángel o un santo que sea para usted el símbolo de la fe (para mí, la fe viene representada por un ángel con las manos juntas y arrodillado en actitud de orar) y véalo llevando un sombrero mejicano, y difícilmente volverá a olvidar este conocimiento geográfico. Si fuese usted inglés o norteamericano y se «viese» a sí mismo arrojando piedrecitas contra un arco, como piedrecita es lo mismo que pequeña piedra, lo cual se traduce en inglés por *little rock,* y arco es en inglés *ark,* recordaría para siempre que Little Rock es la capital de Arkansas. Y ahora que se lo hemos contado, quizá lo recuerde también, y más si junto al arco ve a un negro colgando con las manos cogidas a las «asas» que le han salido a un enorme arco iris (o a otro arco cualquiera). Es decir, la imagen del negro le ayudará a recordar si siguió en la prensa el conflicto racial habido no hace mucho en Little Rock. ¿Conoce usted alguna chica que se llame Elena? Represéntesela trepando a la cima de una montaña, y así se acordará mejor de que la capital de Montana es Helena. Y por el mismo procedimiento puede usted

grabarse en la memoria las capitales de todos los Estados de la Unión, o los nombres de otros Estados cualesquiera y sus capitales.

Confío en que usted se hará cargo de que me es completamente imposible dar ejemplos directos y concretos demostrando que mis sistemas son aplicables a toda clase de profesiones y actividades. Permita, pues, que me limite a repetirle que, en efecto, son aplicables a todo aquello que de cerca o de lejos tiene alguna referencia con la memoria. Los problemas que se presenten en un caso particular, acaso exijan alguna transformación o adaptación de dichos sistemas; esto usted lo conocerá y lo llevará a cabo mejor que yo.

Hoy en día, mucha gente se preocupa mucho de su dieta; yo he visto a muchas personas consultando estadillos de calorías para ver qué debían y qué no debían comer. Nada tengo que objetar contra ello, pero si usted es una de tales personas, podría emplear el sistema del colgadero para aprender de memoria la cantidad de calorías contenida en los alimentos que suele ingerir. Si formase un cuadro estrambótico, asociando un huevo frito con un torero, sabría que un huevo frito contiene 100 calorías. ¿Sabía usted que una cucharada sopera de mayonesa contiene 92 calorías? Pues si viese salir un pino de la cucharada de mayonesa, no lo olvidaría ya más. Si engorda usted sin cesar y le gusta beber cerveza en grandes cantidades, debería recordar que un vaso grande de ciertas clases de cerveza llega a contener hasta 176 calorías; y para recordar este número, debería asociar «Teófilo» (175) o «déjala» a cerveza.

Si queda todavía alguien que crea que el empleo de mis métodos exige demasiado esfuerzo o da demasiado trabajo, permítame repetirle que los llamo «la manera de recordar de los perezosos». El método realmente difícil es el llamado «natural», o sea, el de aprender las cosas a fuerza de repeticiones. Y no sólo es difícil, sino que no resulta tan eficaz, ni hace que la memoria retenga tanto las cosas, ni proporciona tantas satisfacciones, ni resulta tan divertido. Detalle importantísimo: mis métodos no tienen límite. Aun a riesgo de cansarlos, quiero repetirlo una vez más: «El único límite que encuentra uno es el de su propia imaginación.»

Al hablar de repeticiones he recordado cuántas veces los escolares siguen escribiendo mal una palabra después de habérsela corregido los profesores varias veces. Son palabras que llevan «h» (o que no la llevan, y el escolar la pone), o tienen un sonido que se puede escribir de dos modos. Si tuvieran la ocurrencia de escribir aquella palabra que se les resiste en una hoja de papel y pusieran la letra motivo de dificultad de doble o triple tamaño que las otras y con trazos más fuertes, o de colores, para que destacase bien, y luego fijasen la mirada en ella durante un rato, casi seguro que no volverían a escribirla mal.

He tenido un interés especial en presentarles varios de los procedimientos contenidos en este libro bajo la forma de demostraciones o habilidades. He obrado así por varios motivos. En primer lugar, porque creo que de este modo se aprenden más fácilmente, dado que uno ve en seguida la meta que se propone. He visto ya a demasiada gente empezando el estudio de algo y dejándolo a mitad de camino porque no tenían ante los ojos el beneficio o la utilidad que el aprender aquello podía reportarles. La proximidad de la meta le estimula a uno, aumenta el incentivo. Y el hecho de que uno pueda utilizar los procedimientos para el cultivo de la memoria, a fin de divertir o pasmar a sus amigos, añade todavía un incentivo más.

Si usted sabe hacer, o comprender por lo menos, una demostración, es

que se ha hecho cargo del procedimiento y del principio que lo inspira; y esto es lo que a mí me importaba.

Porque en cuanto conozca el principio y domine el procedimiento, estará en condiciones de aplicarlo cuando lo necesite. Ahí es donde entra en escena su imaginación, para saber cuándo debe aplicar un determinado procedimiento. Recuerde sólo que todo problema relativo a la memoria puede ser resuelto empleando uno o varios de mis métodos y sistemas, lo mismo si se los he expuesto bajo la forma de habilidades espectaculares que bajo otra forma cualquiera.

El propósito que me ha guiado al escribir este libro ha sido el de darle a usted una base, un punto de apoyo para conseguir una memoria cultivada. Los sistemas aquí expuestos tienen un alcance y un campo de acción mayores que los aquí señalados. Pero el espacio de que dispongo no me permite extenderme más. No obstante, confío en haberle dado una pequeña idea de lo que puede lograrse con ellos.

¡El resto depende de usted!